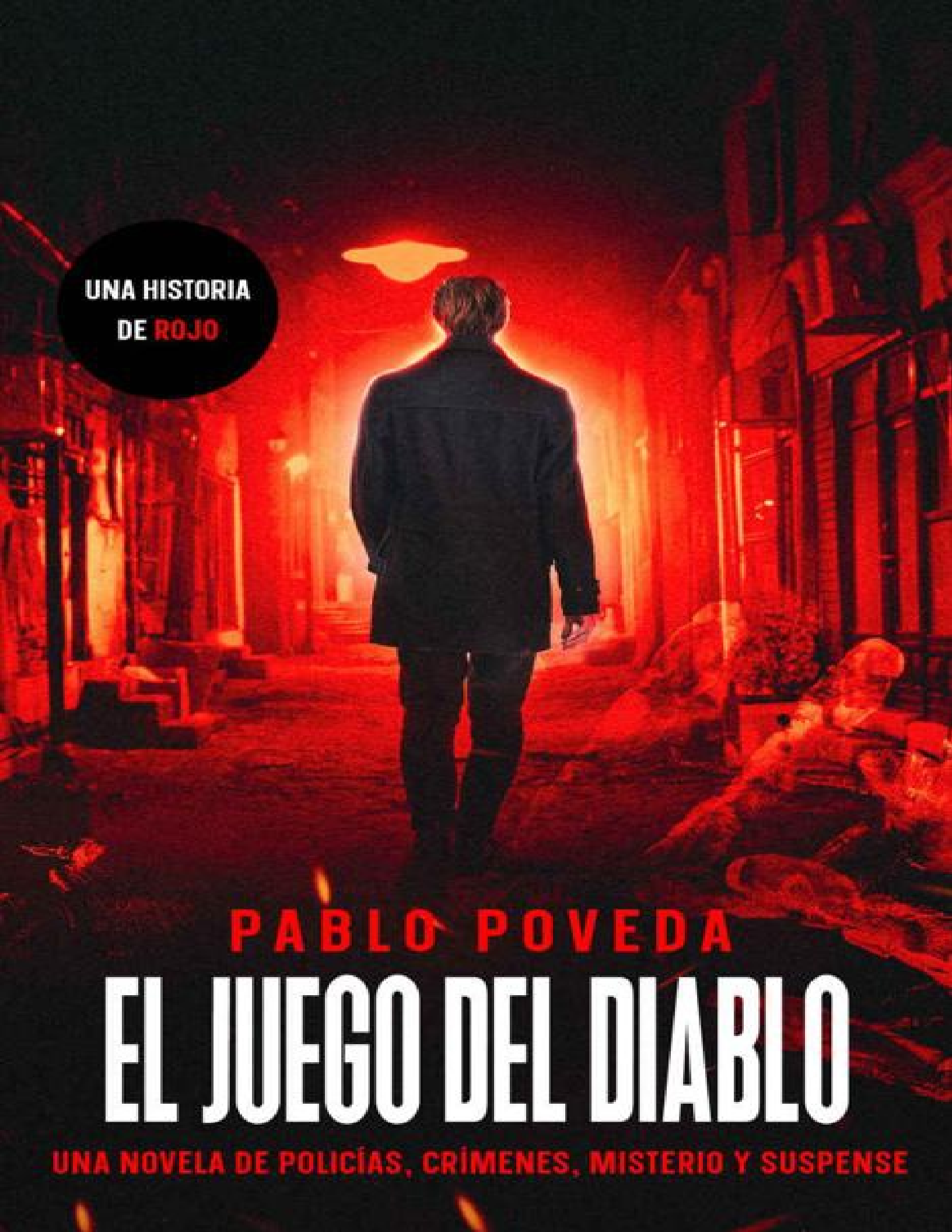

UNA HISTORIA
DE ROJO
PABLO POVEDA
EL JUEGO DEL DIABLO
UNA NOVELA DE POLICÍAS, CRÍMENES, MISTERIO Y SUSPENSE

El juego del Diablo

Pablo Poveda

Copyright

Copyright © 2023 por Pablo Poveda
Portada: GetCovers
Corrección: Ana Vacarasu
ISBN: 9798862752427
Imprint: Independently published
Pablo Poveda Books
Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Tabla de Contenido

Título

Derechos de Autor

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

Sobre el autor

Libros

1

Despertó sobresaltado por una pesadilla que le perseguía: un rostro escondido entre las sombras, una noche de lluvia implacable y él perdido bajo la tormenta. A pesar de sus esfuerzos por avanzar a través de la densa niebla, la figura espectral se distanciaba soltando carcajadas que resaltaban la imposibilidad de alcanzarla. A sus pies yacía un expediente policial, testigo mudo de la sangre vertida para proteger su verdadera identidad.

Al abrir los ojos se topó con la inmutable blancura del techo. Un sudor frío bañaba su piel y su corazón marcaba un ritmo frenético. Aunque luchara por evadir la recurrente visión noche tras noche, esta persistía, incluso dos años después. Para agravar su situación, los rumores en la comisaría cobraban fuerza. Si no lograba mantener la compostura, su carrera estaría en juego.

La mañana lo saludó con su cruda realidad. Alicante ardía bajo un sol abrasador al inicio del verano y la humedad asfixiante no daba tregua. Para empeorar la situación, se esperaba que la ola de calor se prolongara por semanas.

En el tercer día consecutivo de una migraña implacable, las aspirinas parecían ineficaces. Mientras algunos atribuían su malestar a una peculiar fase lunar y otros al cambio climático, él desestimaba las causas. Sin duda, el exceso de cafeína y las noches en vela eran parte del problema, pero prefería no indagar más en el asunto. Ansiaba encontrar una solución que le devolviera la lucidez y le librara de esa tortura nocturna. El agotamiento se reflejaba en su apariencia y en su trato con los demás. Su malestar era evidente, afectando su desempeño laboral. El comisario Maruenda ya había sugerido un descanso, especialmente tras resolver el caso de Miguel Díaz, el carnicero de Monóvar, y el de los jóvenes que emulaban sus crímenes. Si no tomaba medidas, cinco años de esfuerzo y dedicación quedarían en el olvido, sin reconocimiento ni gratitud. Pero Rojo era reacio a buscar ayuda profesional. No había entrado al Cuerpo para confiarse a un terapeuta, ni para renunciar mientras aún hubiera criminales en las calles.

Aparcó justo enfrente de la Comisaría Provincial de Alicante, cuando el día apenas comenzaba y el sol ya amenazaba con hacer del asfalto una lámina ardiente. Sus gafas de aviador reflejaban la luz del amanecer mientras se encaminaba hacia el bar que se erguía frente a la comisaría. Ordenó un café negro y potente. Mientras aguardaba, deslizó la mirada por un periódico que descansaba en la barra, hojeando titulares que destilaban la sequedad noticiosa del verano. «Se aferran a cualquier nimiedad con tal de vender», reflexionó. Como era habitual, se abordaban temas de calor extremo, turismo, economía y promesas políticas incumplidas. No tardó en dirigir su atención hacia la sección de sucesos, exactamente en el momento en que el

café humeante se posó delante de él. Tras un sorbo de ese bálsamo amargo, sintió cómo la cafeína lo reanimaba, como el primer sonido mañanero de un reloj de cuco. El tema caliente del verano era el escándalo de Ramón Cascales, un profesor modélico, detenido por tráfico de pornografía de menores. El juicio estaba a punto de celebrarse, llamando la atención de los medios de comunicación gracias a la abogada que llevaba el caso. Siguió pasando las páginas con desinterés, hasta que llegó a un titular que le evocó viejos fantasmas: los medios no olvidaban el trágico caso de Miguel Díaz y su rastro de víctimas, aunque ya solamente fuera para alimentar un morbo desgastado por el tiempo. El dolor residual, pensó, únicamente lo sentían aquellos padres desconsolados y los agentes marcados por el caso.

En una imagen en escala de grises, identificó su figura de años atrás, rodeado de compañeros. Aquel recuerdo nítido y punzante lo atormentó de nuevo. Dejó el periódico a un lado, pagó y se encaminó hacia su oficina. Al subir los escalones, observó la habitual hilera de ciudadanos apresurados por completar trámites antes de sus vacaciones, mientras otros confiaban ciegamente en la tecnología. Ya en el interior, fue golpeado por el bochorno del edificio; la avería del sistema de ventilación no hacía más que añadir tensión al ambiente ya cargado.

Al cruzar el umbral, saludó con un cordial «Buenos días» al agente de la garita. —¡Buenos días, inspector! —respondió este. Rojo barrió con la mirada las oficinas antes de posarla en las escaleras que lo llevaban hacia su departamento. Entonces sintió un ligero tirón en su pantalón y al mirar hacia abajo, encontró a una niña con ojos curiosos observando la placa que colgaba de su cinturón. Su edad no parecía superar los tres o cuatro años.

—¿Necesitas algo, pequeña?

—¿Eres un policía? —dijo ella con una vocecilla dulce, señalando su cinturón—. ¿Puedo ver tu pistola?

Sonriendo, Rojo le mostró su placa.

—¿Qué te parece esto en su lugar?

La niña examinó la placa con asombro antes de devolvérsela.

—¿Dónde está tu mamá o papá? —preguntó Rojo.

La pequeña se encogió de hombros, con una expresión que denotaba cierta confusión.

—No sé...

De repente, una mujer emergió de entre la multitud, con evidente alivio y vergüenza en su rostro.

—¡Marta! Lo siento, agente. Marta, te dije que no te separaras de mí. Ven aquí, no molestes más.

La pequeña miró a Rojo con determinación.

—Quiero una placa. ¿Cómo consigo una?

Antes de que la madre pudiera reprenderla, Rojo se inclinó a su nivel.

—Si quieres ser policía, debes aprender a cuidar de los que amas, defender a quienes no pueden hacerlo por sí mismos y, ante todo, ser valiente siempre.

Ella lo miró con sus ojos brillantes y preguntó:

—¿Y la pistola?

—Si sigues esos consejos, el resto vendrá solo —dijo Rojo, guiñándole un ojo y encaminándose hacia las escaleras.

Mientras subía los escalones, reflexionó sobre el inesperado encuentro y se dijo que, tal vez esa era la lección que él mismo hubiera deseado aprender cuando era niño.

***

A pesar de que era verano, el frenesí en el departamento no disminuía en comparación con otros momentos del año. La policía se sumía en un caos constante intentando mantener el orden durante los abrasadores meses estivales. Se encontraban abrumados con múltiples operaciones, cada una nombrada sutilmente en relación con la temporada de vacaciones: «Operación Salida», «Operación Verano», «Operación Agosto», «Operación Turistas». Estos nombres, aparentemente inocuos, escondían investigaciones más profundas y siniestras relacionadas con el tráfico de drogas, asaltos a viviendas desocupadas durante las vacaciones y crímenes cibernéticos.

Julio y agosto eran meses frenéticos, con un incremento en los robos y crímenes, en gran parte impulsados por el turismo, el alcohol, peleas nocturnas y descuidos que las mafias callejeras aprovechaban con astucia.

La Brigada de Homicidios tampoco era inmune a esta tendencia, bautizando sus operaciones con eufemismos tranquilizadores. Los homicidios aumentaban en la región a medida que se acercaba la temporada de vacaciones, aunque muchos de ellos nunca encontraban su camino hacia los titulares de los periódicos. Muchos crímenes eran provocados por pasiones ardientes, ya fuera por venganzas, alcoholismo o celos enfermizos.

Rojo, por su parte, se encontraba en una etapa de su carrera en la que su función era más supervisora, brindando orientación y estrategia en cada caso. Después de los incidentes en Pinoso y Alicante, Maruenda lo había relegado a un papel más pasivo, una decisión que no había aceptado con agrado. Además, sentía que los de Asuntos Internos estaban de nuevo al acecho. Había logrado escapar de sus garras en el pasado, pero sabía que la lucha estaba lejos de terminar.

—Siempre hay alguien dispuesto a matar a otra persona —comentó Rojo a Robles, cerrando una carpeta marrón y dejándola en su escritorio. Su tono era fatigado pero firme—. ¿Los motivos? Pasión, dinero...

—Y poder —interrumpió con tono firme el subinspector, sentado frente al escritorio—. Sí, lo sé.

—De vez en cuando aparece algún descerebrado, pero eso no es lo habitual —continuó Rojo, su mirada perdiéndose en pensamientos distantes.

—Entiendo —asintió Robles, escrutando a su superior—. ¿Cómo estás, inspector?

Rojo se quedó unos momentos sin palabras y su con el rostro inexpresivo.

—Bien. ¿Por qué lo preguntas? —inquirió, recuperándose.

—Hay algo en tus ojos... Se te ve cansado —señaló Robles, con un toque de preocupación en su voz.

—Esta es mi cara. Acostúmbrate a ella —respondió Rojo, su tono tan inmutable como su rostro.

—Por supuesto, inspector.

—Envía la documentación al juez y comienza a revisar los casos que dejamos pendientes el año pasado.

—¿El año pasado? Pero hace más de un año que...

—Precisamente por eso, Robles. Es hora de que pasemos página —interrumpió Rojo, con una firmeza que buscaba que su subinspector también dejara atrás el trágico episodio. Se levantó, preparándose para salir de la oficina.

Por desgracia, Robles llevaba el peso del pasado peor que él, habiendo estado de baja por estrés durante un tiempo. A ojos de Rojo, Robles tenía potencial y podría llegar lejos, pero le faltaba resiliencia y aquel caso estaba erosionando su fortaleza. Ofrecerle una tregua, pensó Rojo, era lo menos que podía hacer por él.

Justo en ese instante, el teléfono de su escritorio rompió el tenso silencio. Los dos policías dirigieron la mirada hacia el aparato. Rojo se acercó con pasos decididos y descolgó.

—Inspector Rojo al habla —dijo, su voz firme y alerta mientras escuchaba atentamente el aviso que llegaba desde la centralita.

Colgó con un gesto enérgico y clavó los ojos en Robles.

—Ponte en marcha, tenemos un homicidio.

Las palabras resonaron en la habitación, llenándola de una urgencia inmediata. Era un nuevo caso, una nueva batalla en la interminable guerra contra el crimen. Y en ese mundo no había lugar para el cansancio o el pasado; solo quedaba seguir adelante, con la determinación y el temple que la situación exigía.

2

Rojo tomó las llaves de su Ford Focus y salieron rápidamente de la Comisaría Provincial de Alicante. A pesar de tener acceso a una flota de coches del Cuerpo, siempre optaba por su propio vehículo.

Se puso las gafas de sol, pisó el acelerador decididamente y se fundió en el tráfico de la avenida Oscar Esplá, dirigiéndose hacia el norte de la ciudad. El rugido de «Sabbath Bloody Sabbath» de Black Sabbath vibraba en el estéreo, marcando el tono del sombrío caso que se avecinaba. Robles intentó hacerse escuchar, pero el volumen de la música ahogó su voz.

Rojo bajó la intensidad y le pidió que repitiera.

—¿Qué detalles tienes del caso?

—Un hombre alrededor de los cincuenta, hallado muerto en la bañera de su apartamento...

—¿Suicidio?

—No. Lo han abierto en canal...

—Vaya. ¿Tiempo estimado del asesinato?

—Estamos en las mismas —respondió Robles, con una nota de exasperación—. Una vecina avisó.

—Habrá que entrevistarla.

—Correcto.

—Será tarea tuya.

—Espera, ¿por qué yo?

Zigzagueando por las calles, pasaron del mercado de abastos y ascendieron hacia la falda de la montaña bajo la sombra del castillo de Santa Bárbara. Al acercarse a la zona residencial, Rojo no tuvo que esforzarse para identificar el edificio del incidente. Una multitud se había congregado cerca de la entrada y varios coches patrulla acordonaban la escena. Usó el claxon para abrirse paso entre los mirones del bar cercano y estacionó con autoridad en un espacio restringido. Al bajarse, exhibieron sus credenciales a un agente local y cruzaron el perímetro de seguridad.

—Rojo —saludó Pérez, de la Científica, con una mueca amistosa.

—Deseaba no verte aquí —replicó el inspector, con una ironía velada, mientras se encaminaba hacia la puerta del edificio. No guardaba rencor hacia Pérez, pero su aparición siempre estaba ligada a algún evento trágico.

Pérez dirigió una mirada juguetona a Robles. «Vaya, finalmente te liberaron de tu escritorio».

Robles gruñó en respuesta, «No estás en posición de hablar».

El agente se aproximó y le dio una palmada amistosa en el hombro.

—Procura no dejar rastro en la escena, ya sabes... nada de vómito, ¿de acuerdo? Todavía tengo que recolectar pruebas.

Rojo le lanzó una mirada fría.

—Hoy no es el día para probarme, Pérez. No pongas a prueba mi paciencia.

—Sólo es un aviso.

—Gracias por el consejo.

—No hay de qué.

Pérez levantó las manos a modo de rendición, esbozando una sonrisa socarrona y alejándose de ellos.

—Insoportable —murmuró Robles.

—Has elegido un mal día para dejar de fumar...

Robles frunció el ceño.

—Nunca he fumado.

—Olvida lo que he dicho.

—¿Crees que alguna vez enterrarán aquello?

—Quizás nunca —admitió Rojo—. Todos cometemos errores. Es parte del trabajo.

—Y el tuyo, ¿cuál fue?

Con una sonrisa ladina, Rojo lo miró a través de sus gafas.

—Robles, enfrenta tu pasado y sigue adelante. Sólo preocúpate por ser un buen policía.

El recuerdo del carnicero de Mónovar todavía rondaba por la comisaría, especialmente el momento en que el asesino, en un arranque final, decidió terminar con su vida, volándose los sesos con una escopeta de caza. Un final que dejó huella en sus recuerdos.

Rojo alzó la vista hacia el edificio que tenían enfrente: un bloque antiguo con la típica fachada de ladrillo rojo que adornaba muchas estructuras en España.

—Pérez, infórmame —ordenó, alzando la voz para que regresara.

—Es un asesinato con arma blanca. Parece que lo despedazaron.

Robles exhaló con pesadez.

—Increíble.

—Sí, eso es lo que te acabo de decir.

—¿Cuánto tiempo lleva muerto?

—Aún no estoy seguro. Quizá un par de días. El calor no ha ayudado.

—¿Hay alguien más en el edificio? —interrumpió Rojo, dirigiéndose a un agente y mostrando su irritación por el ambiente bochornoso—. Quiero a todos fuera.

—La cuarta planta ya está vacía.

—Evacua el tercero y el quinto piso también. ¿Tenemos refuerzos?

—Presente —anunció una voz familiar desde atrás. Ambos se volvieron para encontrar al inspector Ramos, con su polo apretado en el que se mostraba su musculatura.

—¿Te ha enviado el comisario Maruenda?

Ramos lanzó una mirada a Robles y se encogió de hombros.

—Solo por precaución.

Rojo asintió, invitando a Ramos a seguirlo.

Pérez, con una sonrisa burlona, se adelantó y entró al edificio. Ramos, un hombre más experimentado y un poco mayor que Robles, tenía una relación laboral estrecha con Rojo. Habían trabajado juntos en casos difíciles, incluido el del carnicero de Mónovar, que Ramos recordaba especialmente por el desliz de Robles.

Desde la distancia, percibieron una voz chillona y persistente que resultaba molesta. Rojo identificó rápidamente a su emisora: una anciana, probablemente en sus setenta años, vestida con un camisón de seda y con el cabello rizado en rulos.

—¿Ella es la testigo? —preguntó Rojo.

—Sí —confirmó Pérez.

Con un gesto, Rojo indicó a Robles que se encargara de la mujer.

—Vamos, es tu turno.

Robles suspiró.

—Entendido.

***

Subieron por la escalinata hasta el cuarto piso. Con las altas temperaturas de los últimos días, el inconfundible olor a muerte comenzaba a filtrarse desde el rellano. Rojo reflexionaba que ciertos olores intensos, como era ese de la descomposición mezclado con notas de almidón, tienen la capacidad de adherirse a la memoria. Empezó a cuestionarse por qué el fallecimiento de ese hombre había pasado inadvertido por tanto tiempo.

Al llegar al umbral del apartamento, la densidad del olor aumentó. Pérez les proporcionó guantes y protectores para el calzado, esenciales para no contaminar la escena. A pesar de su extensa carrera, Rojo aún tenía que luchar contra el impulso de revolverse cuando ese hedor invadía sus fosas nasales. Tras unos segundos, exhaló profundamente para recuperarse.

—Dios mío... —murmuró, adentrándose con cautela—. Menuda pocilga... ¿A qué se dedicaba?

—Era cartero.

Primero, le sorprendió que un empleado de Correos, con una rutina tan marcada a lo largo del tiempo, fuera tan desordenado. Después, recordó que el trabajo no definía a las personas.

Un rápido vistazo le confirmó que el residente vivía en solitario; el espacio era limitado, compuesto por una cocina, un dormitorio y un sencillo salón. El desorden reinaba en toda la vivienda: se veían pilas de libros acumuladas en estantes y sobre sillas, un montón de latas de cerveza vacías por toda la casa, una vieja cámara de fotos, varias revistas amarillentas y desperdigadas por el sofá, una botella de ginebra Larios a medio consumir sobre una mesa de centro y un cenicero desbordante de colillas.

—Estoy seguro de que algún vecino escuchó o notó algo... Me cuesta creer que nadie notara nada raro... Este tipo vivía en la inmundicia...

—Pues nadie se ha quejado hasta la fecha.

—Curioso...

—La sorpresa está allí dentro —dijo Pérez señalando hacia la puerta semiabierta del baño, que revelaba parcialmente un cuerpo tendido en la bañera—. Tómalo con calma, ¿quieres?

—¿Por qué la puerta no está completamente cerrada?

Pérez encogió los hombros.

—Probablemente, haya sido por el viento. Hay una ventana en el baño.

Rojo soltó un suspiro exasperado y su expresión delataba incredulidad ante la obviedad del comentario. Cuidadosamente, se acercó sorteando un rastro de sangre en el suelo, posiblemente dejado por el perpetrador, y empujó la puerta del baño completamente.

3

La previa advertencia de Pérez había sido acertada. Al abrir la puerta del baño, Rojo se sintió sumergido en un vórtice temporal que lo transportó a recuerdos oscuros. Su pulso se aceleró y su boca se secó de inmediato. Primero, fue el abrumador olor de la muerte, seguido de la perturbadora visión. El cuerpo del hombre yacía en una bañera, sus brazos extendidos y su vientre violentamente abierto, tiñendo el agua de un carmesí profundo. Un malestar intenso amenazó con subirle por la garganta, pero lo reprimió. A pesar de las atrocidades que había presenciado a lo largo de su carrera, seguía sintiendo asombro ante la depravación humana, como una epidemia persistente. Agradeció internamente que Robles no estuviera allí para ser testigo de tal escena.

Ramos retrocedió instintivamente.

—¡Por Dios, qué asco! —murmuró.

Pérez, acostumbrado a tales horrores, mantuvo un semblante impasible.

—¿Estás bien, Rojo? El agua preservó el cuerpo por más tiempo, lo que retrasó el avance del olor a las viviendas contiguas...

Pero Rojo parecía estar en trance, su mirada clavada en el rostro del difunto, cuyos ojos vidriosos apuntaban al techo y cuya boca permanecía entreabierta, como un grito mudo de agonía.

Después de un momento, desplazó su atención, examinando minuciosamente el cadáver en busca de alguna marca o señal que pudiera servir de indicio, pero el cuerpo no tenía nada distintivo. Los ojos lo guiaron hasta los labios. De ellos salía un pequeño pedazo de algo que parecía un papel.

—Pérez, la boca —indicó con el dedo, sin llegar a tocarlo—. Tiene algo dentro.

El compañero se acercó y observó el rostro de la víctima.

—Eso parece —dijo y después miró a Rojo—. Intuyo que me obligarás a sacarlo...

—Esto no figurará en el acta.

Pérez asintió con pesadumbre.

—Lo suponía... —comentó y se animó a sujetar la cabeza del muerto.

En ese momento, la mirada del inspector se posó en los artículos de aseo que adornaban la repisa del espejo: una lata de espuma de afeitar, un frasco de Lloyd y un peine al que le faltaban varias púas.

Fue como un déjà vu de pesadilla para él. El anterior caso, con esos jóvenes, había dejado una huella indeleble en su espíritu. Sacudiendo la parálisis, liberó su mano del picaporte y se

dirigió hacia el forense. Había dejado de fumar hace años, pero ahí dentro, sentía una urgencia abrumadora por encender un cigarrillo.

Regresó al compañero y vio cómo este tiraba de la punta de un pliegue que se desprendía de la boca llena de líquido. Las mucosas y la saliva apelmazada por los días, complicaba la tarea.

—Maldita sea... ¿Me puedes acercar una bolsa plastificada?

Rojo le entregó una bolsa transparente para guardar la evidencia. Después, Pérez la metió dentro y la selló.

—¿Qué demonios...? —se preguntó Rojo, observando un pedazo de cartón en el que se veía la figura de una torre, por un lado, y lo que parecía un calendario, en el otro—. ¿Qué se supone que significa esto?

—Inspector... —dijo Ramos acercándose a él—. Deberías echar un vistazo al salón.

—Enseguida... —respondió y le entregó la evidencia al de la Científica—. Sacadlo de ahí. Y quiero un informe detallado.

—Por supuesto.

—¿Y el resto del lugar? —preguntó Rojo, avanzando hacia el dormitorio. Al entrar, encontró una estancia sencilla, dominada por un armario antiguo de madera con un espejo en el centro y un modesto escritorio al lado de la cama.

En el escritorio reposaban unos objetos: una radio anticuada, un flexo de color mostaza, con aspecto frágil, un ordenador de sobremesa que mostraba los signos del paso del tiempo y un cuaderno del tamaño de su mano. Al observar la antigüedad aparente del equipo, Rojo calculó que sería de, al menos, veinte años atrás. Intrigado, se inclinó hacia el cuaderno, encontrándose con un montón de frases escritas con tinta negra y una hoja suelta con lo que parecían cuentas bancarias y contraseñas escritas a mano.

Sin dudarlo, guardó el cuaderno en el bolsillo trasero del pantalón vaquero y se quedó con la hoja de las claves.

—Rojo, deberías guardar en bolsas todo lo que quieras que analice... —advirtió Pérez desde el umbral, pero el inspector continuó su camino, saliendo de la habitación y encontrándose con Ramos en el salón.

—¡Revisa esto! —le ordenó, pasándole la hoja suelta—. Necesito saber más sobre este hombre. Y echa un vistazo a las cuentas que figuran aquí.

Ramos asintió.

—Entendido. ¿Hay algo más?

—¿Qué has encontrado en la casa?

—Mayormente, trastos viejos —dijo Ramos, indicando con un gesto hacia la acumulación de libros y revistas que inundaban el espacio—. Lo más importante está en el salón, si es que se puede llamar así... A ver si Pérez descubre algo que nos facilite el trabajo.

—Yo no sería tan optimista —murmuró Rojo, echando una mirada rápida alrededor—. Esto es un maldito estercolero...

—No es la primera vez que vemos algo así.

—Ya. Volveremos una vez que hayan recopilado toda la evidencia. Si no hallan nada, revisaremos este lugar milímetro a milímetro. Ahora, procede.

Ramos asintió y se encaminó hacia la salida, pero Rojo lo detuvo.

—Una cosa más, inspector.

—Dime.

—No le digas nada a Maruenda —su tono era serio, refiriéndose no solo a los detalles del crimen, sino también a la ausencia deliberada de Robles en la escena.

Ramos asintió, la lealtad marcada en su mirada.

—No te preocupes.

—Agradezco eso.

Rojo se encontró solo, sumido en sus pensamientos, con el constante murmullo de Pérez de fondo, quien parecía trabajar al ritmo de una melodía interna. A Rojo le resultaba curioso cómo Pérez parecía abstraerse en su tarea como si fuera un pasatiempo. Y, sin quererlo, su mente divagó acerca de los pensamientos oscuros que podrían albergar aquellos que se dedicaban a ese tipo de profesión.

El inspector se perdió en la observación del lugar, convencido de que, a menudo, las pistas más valiosas se presentaban en las primeras interacciones con una escena del crimen.

—¿Qué opinas de este estilo vintage para tu sala? —bromeó Pérez, regresando al salón y cambiando sus herramientas—. Parece que este lugar está detenido en el tiempo.

—¿Era esto lo que querías que viera? —replicó Rojo, con una sonrisa.

La risa ligera llenó el espacio, aliviando momentáneamente el peso del ambiente. Sin embargo, la mirada del inspector se desvió repentinamente hacia la mesa, en la que una colilla flotaba en el interior de un vaso de agua.

Con paso cauteloso, se aproximó al vaso como si estuviera ante un hallazgo crucial. Desde su posición, Pérez lo estudió con interés.

—¿Qué te llama tanto la atención? —le preguntó.

—¿No te parece extraño, que haya una pila de colillas en el cenicero y decida apagar el cigarro en un vaso? —preguntó y el otro se encogió de hombros.

—No fumo. No sé cómo piensa un fumador.

—Yo sí... —murmuró y giró la cabeza hacia abajo. Su rostro se hizo más grande al otro lado del vaso, debido al reflejo del agua amarillenta. Con dificultad, logró leer la marca de cigarrillos que aún estaba escrita en la colilla casi deshecha. Vio que pertenecía a L&M lights y entonces un frío escalofrío recorrió su espina dorsal.

—Lo que sí sé, es que era un fumador crónico —observó Pérez, señalando el cenicero abarrotado—. Sería interesante examinar sus pulmones.

Rojo, absorto en sus pensamientos, contempló las colillas en el cenicero, tomando una entre sus dedos. Al reconocer la distintiva marca de Ducados en la colilla, un nudo en su estómago se apretó.

—¿Todo bien? —preguntó Pérez, detectando el cambio en el semblante de Rojo y su mano temblorosa—. Pareciera que acabaras de descubrir un fantasma...

—Como temía, la colilla del vaso no pertenece a la víctima.

Pérez lo miró con un aire escéptico.

—Quizás solo compró lo que había disponible en el bar de la esquina.

No obstante, pese a la explicación lógica y casual, Rojo no estaba convencido.

—Un acto de asesinato premeditado, como este, no acepta cualquier tipo de descuido en el momento de la ejecución —dijo y miró a su alrededor. Aún podía oír a Pérez tarareando la melodía—. Esto no me gusta.

—¿El qué?

—Nos ha dejado un mensaje.

—¿La víctima?

—No. El asesino. —Rojo se acercó a la estantería y se fijó en los libros. Después volteó el rostro hacia el resto de la habitación, pero allí únicamente veía a su compañero—. Nos falta algo... El calendario, la colilla... ¿Qué hacen esas revistas ahí?

—No lo sé, Rojo... —dijo y se acercó al sofá para comprobar los dos ejemplares viejos que había desplegados sobre la tapicería. Las cogió y algo cayó al suelo—. Son revistas viejas... Espera...

Era una tira de papel.

—¿Qué carajo? —se preguntó al agacharse para recogerla. La leyó y se la entregó al inspector—. Puede que tengas razón al fin y al cabo...

«Por tus palabras serás justificado y por tus palabras serás condenado».

—Esto lo cambia todo... —pensó en alto, sujetando entre sus dedos la nota que parecía haber sido arrancada de un viejo libro con las páginas amarillentas y luego avisó al compañero que estaba en la otra habitación—: Pérez, necesito pedirte un favor.

—Por supuesto, ¿qué necesitáis?

—Quiero que analices ese vaso y la colilla que hay en el interior. También que nos envíes las fotografías que recopiles del apartamento y un informe detallado del forense.

—Claro. Como siempre, ¿no?

—Esta vez, me gustaría que algunos detalles quedaran entre nosotros.

—No te sigo, ¿te refieres a...?

Ramos miró a su compañero y la presión sobre el tercero aumentó en la habitación.

—A ver, no me metáis en líos. Ya sabéis cuál es mi función en estos casos.

—No te pongas a llorar todavía, nadie te va a meter en un lío —añadió Ramos.

—Simplemente, quiero asegurarme de que los análisis del vaso y de la colilla no concuerdan con el de los cigarrillos del cenicero, pero eso no debe figurar en el informe.

Pérez lo miró con asombro.

—No puedo hacer eso. Es contrario al protocolo, Rojo.

El inspector fijó su mirada en él, desafiante.

—¿Crees que eso me preocupa?

Un silencio pesado se instauró entre ellos. Después de unos segundos, Pérez asintió lentamente.

—¿A qué viene tanto secreto?

—No lo sé... Saca tus propias conclusiones —murmuró Rojo y le entregó el pedazo de papel.

Con sumo cuidado, el otro comenzó a desplegar la nota.

A pesar del evidente deseo de Pérez por intervenir y ofrecer su experiencia, respetó el silencio.

Finalmente, la nota reveló el mensaje. Aunque Rojo sospechaba de su origen, escuchar las palabras en voz alta cementó una terrible certeza.

«Por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado», repitió para sus adentros.

Y Rojo sabía que la oscuridad del pasado no había quedado atrás.

4

Guardando cuidadosamente la nota, Rojo le entregó el vaso a Pérez antes de abandonar el apartamento. Descendió las escaleras del edificio, cada paso resonando en su mente atormentada. Su rostro parecía moldeado en una máscara de determinación. Al alcanzar la calle, se colocó unas gafas de sol sobre los ojos y se enfrentó a la multitud que se aglomeraba a lo largo de la acera.

La identidad de la víctima aún no se había filtrado a los medios, pero Rojo sintió en sus entrañas que pronto lo haría. En el siguiente momento, la hipótesis se concretó cuando la vio.

«Esa maldita mosca cojonera».

Allí estaba la presentadora de Mediterráneo TV, micrófono en mano, seguida por su inseparable y torpe cámara. Rojo no podía evitar preguntarse cómo seguía trabajando en ese oficio tan despreciado, aunque sabía que otros podrían cuestionar su propia ocupación.

Al detectar su presencia, la reportera se escabulló hábilmente del cordón policial, acercándose con una mirada cargada de algo más que mera curiosidad periodística. A Rojo le parecía que ella intuía algo sobre los hechos. No era difícil conectar los puntos, reflexionó, especialmente, cuando ambos no habían sido vistos en público desde el infame incidente de Pinoso, años atrás.

La reportera había intentado capitalizar la tragedia, ofreciéndola a las productoras en busca de un documental sobre crímenes reales. Afortunadamente para todos los involucrados, no lo logró, pero Rojo no podía evitar admirar a regañadientes su persistencia y la falta de escrúpulos.

—¡Inspector Rojo, por favor, unas palabras! —gritó, en un amigable tono premeditadamente ensayado, corriendo hacia él con una sonrisa forzada— ¡Solamente serán unos segundos!

«*Collons*, el coche...», pensó Rojo, divisando su Ford Focus estacionado al final de la calle. Se percató de que, una vez cruzado el cordón policial, la reportera y su cámara lo acosarían hasta el vehículo. Se detuvo en seco, giró y escudriñó la multitud en busca de Robles, que aún estaba ocupado interrogando a una vecina.

Lo que había visto allí arriba, lo dejó atrapado en un momento de tensión que lo superaba, consciente de que el descubrimiento podría desencadenar una avalancha de acontecimientos imprevistos. El pasado que había intentado enterrar amenazaba con resurgir, por lo que se preguntó cuán preparado estaba para enfrentarse a ello una vez más.

—¡Robles! —llamó con voz potente, haciendo un ademán enérgico para que se aproximara. Robles, al captar el llamado, se movió con presteza hacia él—. Necesito tu colaboración.

—Estoy a la orden, inspector.

—¿Ya has tomado declaración a esa mujer?

—Más o menos... Habla sin parar, pero poco de lo que dice parece importante. No recuerda haber visto a nadie en las últimas horas.

—Debemos descubrir si la víctima tenía visitantes frecuentes.

—¿Estás pensando en una mujer en particular?

—Podría ser un hombre también —respondió—. Me refiero a cualquier tipo de visita, no solo sexuales.

—Entiendo.

—Tengo la impresión de que el asesino podría ser un hombre, pero aún es solo una corazonada —expresó Rojo, manteniendo sus teorías bajo resguardo—. El crimen fue calculado. Hemos encontrado el cadáver en la bañera y de un modo que se aleja de un homicidio pasional.

—Empiezo a captar lo que insinúas...

—Bien. Además... —Rojo lo asió del hombro, dirigiendo su atención hacia la pareja de periodistas—. Fíjate en esos dos.

—Es Carla Moliner, la cara conocida de la televisión. Todo el mundo la conoce.

—Precisamente. Necesito que los distraigas mientras recojo el coche. Luego, volvemos a la comisaría.

—Pero, si no he subido al piso de ese hombre...

—Es por eso mismo, Robles. Así evitarás revelar detalles que no debes.

El semblante de Robles reflejó duda por un momento, pero luego asintió con resignación. Apreciaba y confiaba en el juicio de Rojo.

—¡Inspector, por favor! —la voz de la reportera rompió el aire con insistencia—. ¿Es verdad lo que dicen los rumores?

—Maneja la situación —aconsejó Rojo a su compañero, dándole una palmada alentadora en la espalda. Robles asintió como un jugador de fútbol que atiende a las instrucciones del míster y está a punto de salir al campo. Luego avanzó hacia los periodistas, desviando su atención hacia él. Al mirar nuevamente, la reportera ya no tenía ojos para Rojo.

«Maldita mojigata, únicamente buscas una historia para vender», pensó con desdén.

Al acceder a su coche, dio un par de toques al claxon para despejar el paso. Desde el espejo retrovisor, observó a Robles, interactuando con la reportera, su porte comunicando autoridad. Por un momento, Rojo consideró intervenir, pero decidió confiar en el juicio de su compañero.

«Espero que haya sido una buena decisión», reflexionó.

Pero al subinspector no parecía molestarle la intervención con la cámara y el micrófono. Por un momento, se mostraba orgulloso y confiado.

«Vamos, Robles... No me jodas, por favor».

Cuando acabó, caminó hacia el vehículo.

La puerta del pasajero se abrió y Robles entró por la parte del acompañante.

—Has hablado demasiado. ¿Cómo ha ido?

—Bajo control —aseguró Robles, con una mirada resuelta.

Rojo le clavó una mirada profunda y le aconsejó:

—Ándate con ojo y nunca bajes la guardia ante esa panda de sabandijas.

—No exageres. No ha sido para tanto.

—Te gusta, ¿verdad?

Él sonrió y arqueó las cejas.

—Es atractiva. No lo voy a negar.

—Escúchame bien, hoy es ella, mañana puede ser cualquiera que se aproveche de ti en un momento de fragilidad...

—¿Podemos irnos? —preguntó, incómodo—. Eso no va a suceder...

—No olvides quién eres y tampoco permitas que esos periodistas te atrapen en sus redes. Su trabajo es el de entorpecer el tuyo. Cuanto antes te des cuenta, mejor.

Con esa advertencia resonando en el aire, el coche se alejó de la escena.

5

Apoyado en la silla, con las piernas estiradas sobre el escritorio, Rojo se encontraba absorto en la enigmática frase escrita en la nota.

«Por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado».

Sus ojos repasaron la frase por enésima vez. Un torbellino de memorias revivió en su mente, tan rápido y vívido como el paso de un tren veloz. La probabilidad de verse inmerso en otra investigación intensa no lo alentaba. Lo peor de todo era que aún no se había recuperado mentalmente de los acontecimientos de los últimos años y temía que su salud empeorara más. La fuerte jaqueca le atizó la cabeza y el café ya no le hacía efecto a esas horas. Sacó una tableta de aspirinas del cajón del escritorio y se metió una en la boca. Después, cogió la botella de agua para beber. Había perdido el control de las horas desde la última píldora, pero pensó que nadie había muerto por una sobredosis de aspirinas. Acto seguido, sus ojos se desviaron al teléfono del escritorio, esperando que sonara, pero este permanecía en silencio.

«Realmente necesitas descansar», reflexionó, y los ecos de conversaciones pasadas con el comisario Maruenda le vinieron a la mente.

Lo cierto era que nunca se permitió ese respiro, ni tampoco siguió el consejo del superior. Ignorando las miradas de la brigada, ocultaba el malestar que arrastraba crónicamente, con el fin de dar por concluido uno de los episodios más oscuros de su vida. O eso creía.

Alzando la nota hacia la luz, la examinó nuevamente, como si en ella se ocultara un enigma. Pero al bajarla, una figura se delineó en la puerta.

—Rojo... —Ramos, a punto de tocar a la puerta, lo interrumpió—. ¿Tienes un momento?

Sin perder tiempo, Rojo escondió la nota de la vista de Ramos y adoptó una postura más formal.

—No estoy ocupado. ¿Qué sucede?

—Es el comisario Maruenda. Quiere verte.

Rojo asintió en agradecimiento y, justo antes de que el compañero se alejara, añadió:

—Ramos...

—¿Dime?

—¿Hay alguna actualización?

—Nada aún —respondió el inspector antes de alejarse.

Rojo se incorporó, intuyendo que seguramente el caso caería en sus manos. Pero había algo que le preocupaba: la posibilidad de que el comisario transfiriera la carga política de la situación hacia él. No sería la primera vez que ocurría, aunque sí la primera que asumía sin estar del todo

convencido de sus posibilidades de éxito. Así y todo, Rojo sabía que eso era lo que menos le importaba a Maruenda. Entre todos los comisarios con los que había trabajado, Maruenda era quien menos profundizaba en las raíces de los problemas, optando por resultados rápidos y efectivos. Rojo estaba familiarizado con su forma de manejar estas situaciones: era temporada alta en Alicante, con hordas de turistas. No iba a destinar recursos extra para una investigación en profundidad. Mantenerlo lejos de los medios era esencial. Aunque tenía sus sospechas, Rojo decidió escuchar a Maruenda con la mente abierta.

Al fin y al cabo, era parte de su trabajo.

—¿Puedo pasar, comisario? —Rojo llamó a la puerta, con cortesía.

—Por supuesto, inspector —Maruenda hizo un gesto hacia la silla, invitándolo a sentarse—. ¿Cómo te va?

Rojo arqueó una ceja.

«¿Cordialidad? Maruenda, te estás volviendo predecible».

—Bien.

—¿Y tu familia? —inquirió Maruenda.

Rojo simplemente mantuvo la ceja levantada, pero el comisario continuó con su tono conciliador:

—Dado el clima actual, estamos en una posición complicada...

«Ah, el típico juego de palabras. Estamos, pero en realidad se refiere a estás, Rojo».

—Lo tengo claro.

—Y dado que no es el momento ideal para...

—¿Va a asignarme el caso, comisario? —Rojo lo interrumpió, yendo directo al grano.

Maruenda titubeó un momento.

—¿Contra quién crees que estamos?

—O más bien contra qué. No parece un típico ajuste de cuentas. No en crímenes donde la pasión está tan marcada... Describiendo la escena de manera suave, la víctima fue brutalmente acuchillada en su baño. Pero se hará una idea completa cuando revise el informe.

—Sigue.

—No quiero aventurarme a especulaciones prematuras. Primero, necesitamos entender quién era la víctima.

—Puedes ser franco conmigo, Rojo.

—Creo que nos enfrentamos a alguien con una psicología perturbadora, para serle sincero.

—Todas las psicologías tienen sus giros y vueltas.

—Esto es algo aparte. Fue un acto calculado, cometido con total desapego e intenciones de hacer daño. Le despojó de su vida y después, de su dignidad.

—Cielos...

—Y eso fue solo en un breve vistazo al lugar.

—Confío en que Pérez respalde tu percepción, pero por ahora, visto lo visto, considero que no fue un robo ni venganza.

—¿He pasado algo por alto?

—Nada que sepa. Pero... ¿qué hacía Robles hablando con la prensa? Eres tú quien se encarga de ello.

Rojo mostró una sonrisa leve. Parecía que Maruenda siempre estaba un paso adelante.

—Ha sido mi decisión. La periodista de Mediterráneo TV es perspicaz y me conoce bastante bien. He pensado que Robles la mantendría ocupada.

Maruenda pareció preocupado.

—Solo espero que sepas lo que haces.

—Yo también —dijo Rojo, limpiando su garganta—. Entonces, ¿ha tomado una decisión?

—¿Realmente lo quieres? Tengo varias proposiciones para el caso...

—Estoy seguro de que se alegrarán de escucharlas...

—Había pensado en ti, primero.

—Honestamente, comisario, preferiría no hacerlo.

—¿Por qué no me hiciste caso cuando te pedí que tomaras un descanso?

«Porque no soporto quedarme a solas».

—No es una cuestión de cansancio.

—Sí que lo es. Mírate, ¿crees que no me entero de lo que se rumorea?

—Nunca me han interesado los chismes. Ni los que hablan de mí.

—Que te alimentas de pastillas y de coñac.

—Entonces, permita que desmienta eso. Hace tiempo que no pruebo el coñac.

—Dime una cosa, ¿hace cuánto que no duermes?

«No empieces a tocarme las pelotas desde tu sillón acolchado».

—Es una mala racha. Mi hijo se hace adulto, el cambio climático sube la temperatura... Supongo que es todo eso...

—No me fastidies, Rojo —dijo y chasqueó la lengua—. Si te elijo a ti, a pesar de que estés hecho una mierda, es porque sé que eres un inspector con pedigrí.

—Vaya, agradezco el elogio, nunca me habían dicho algo así, pero... sinceramente, hay otros perfectamente capacitados para este caso.

—Tal vez, pero no hay nadie que conozca la zona y sepa moverse por las cloacas de esta ciudad como tú.

—Comisario, no siga con los elogios.

Maruenda se recostó en su silla.

—Está bien. Reconozco que esperaba una respuesta diferente de tu parte.

—¿Cómo cuál?

—Algo más concreto. Quizá un argumento sobre estar sobrecargado de trabajo... o aceptar que no estás mentalmente disponible para una investigación de esta magnitud. En ese caso, lo entendería.

Rojo frunció el ceño, tratando de entender qué razón había detrás de esas palabras.

—Jamás me escucharía decir eso. No pertenezco a esa clase de policías.

—Lo sé —indicó el jefe, con énfasis—. Por eso no entiendo tu actitud... Últimamente, no parece que estés muy cabal. Ni siquiera te centras en los casos que supervisas... Tal vez debieras hacerte un chequeo, ya sabes...

El comisario soltó una risa breve, mirándolo desde una posición de superioridad.

—Se me ocurre otra cosa.

—¿Qué insinúas entonces?

—He servido fielmente durante años, sin queja y sin faltar un día a mi trabajo. Tal vez sea el momento de una excedencia.

Maruenda lo observó de lado, desafiante y ofendido.

—No lo dices en serio... No puedes hacer eso.

—Ya lo creo que sí.

—Entonces, ¿piensas que la comisaría te debe algo? ¿Por aquel asunto con esos jóvenes? Eso suena un tanto arrogante de tu parte.

—No es mi intención.

—¿Cuándo te volviste tan calculador, inspector?

Rojo exhaló con pesadez, sintiendo que la conversación no tenía buen rumbo. Parecía que Maruenda tenía algún interés en agitar el ambiente o quizás simplemente había empezado el día con el ánimo bajo. Fuera lo que fuera, Rojo no tenía intención de lidiar con ello.

Se levantó, decidido a continuar con su labor.

—Con su permiso, tengo asuntos pendientes —señaló hacia la puerta—. Si requiere de mi presencia, sabe dónde encontrarme.

—Rojo.

—¿Sí, comisario?

—Delega tus tareas actuales y únete a Ramos y Robles. Me encargaré de hablar con el juez.

—Todavía no le he dado el sí.

—Tendrás todo lo que pidas... Efectivos, informes, todo... pero atrapa a ese descerebrado. Cuando termine, tendrás la excedencia que necesitas.

Por un momento, pensó en las diferentes posibilidades que albergaba su proposición. Algo en su interior le impedía nadar contra la marea. Pensó que, si solucionaba el problema, tal vez se sintiera útil y al final pudiera conciliar el sueño.

—Entendido.

—Una última cosa: serás el encargado de tratar con la prensa, ¿está claro?

Rojo pausó por un momento, luego se giró para enfrentar a Maruenda.

—No se preocupe, comisario. Siempre he sido directo y equilibrado en mis acciones.

—Exactamente por eso quiero que tú gestiones la comunicación. Conozco tu estilo y también conozco a Robles. Tomaré unas vacaciones pronto y, no quiero cancelarlas porque un novato causaría un escándalo.

6

Aunque Rojo no comprendía la obsesión del comisario con Robles, optó por obedecer y dejar el tema a un lado. Al regresar a su mesa, sus pensamientos vagaron hacia el misterioso mensaje que había hallado. Aún era prematuro formular una hipótesis y, lo menos que deseaba era desencadenar murmullos entre sus colegas. Supuso que, si mencionaba el asunto demasiado pronto, acabaría etiquetado como un excéntrico. Luego seguirían los cotilleos. Si bien a él poco le importaba lo que se susurrara a sus espaldas, estaba al borde de una posible intervención de Asuntos Internos. El comisario ya se lo había dejado claro. Tal vez sería la última intervención, pensó. Podría ser relegado por ansiedad o estrés, despedido y mandado a vivir modestamente con una pensión como exoficial. Esa era la razón por la que el superior había insistido tanto, dejándolo entre la espada y la pared. Tristemente, cuando historias así rondaban por la comisaría, algunos veían la jubilación anticipada como un regalo, ansiosos por su turno de abandonar prematuramente la lucha contra el mal. Rojo los visualizaba en una playa, jactándose de enfrentamientos ficticios, narrando hazañas imaginarias. Muchos, al colgar el uniforme, exageraban sus logros, no para impresionar a otros, sino para autoconvencerse de sus méritos, tras años de servicio sin alcanzar notoriedad.

En cambio, él poseía una firme convicción sobre su carrera. Su trayectoria no había sido ni mejor, ni peor que la de otros, pero estaba convencido de que no era la habitual. Sabía que tendrían que echarlo antes de que él se rindiera voluntariamente, si realmente deseaban deshacerse de él. Estaba al tanto de que su momento de retiro se acercaba y que muchos aguardaban ansiosos ese día, pero mientras tanto, seguía teniendo maleantes que perseguir y casos abiertos que resolver y cerrar.

El más relevante de todos se había adueñado de sus pensamientos recientemente, pero, aunque la imagen y el rostro de ese cartero reverberaban en su mente, se rehusaba a darle más importancia de la que tenía. La vida lo había puesto en situaciones límite como esa y confiaba en que, a pesar de su pésima forma, encontraría la manera de atrapar a ese hombre.

Tan pronto como tecleó en el buscador la frase que había encontrado, dio con un versículo bíblico.

«Previsible», opinó al comprobar los resultados.

«Mateo 12:37: Por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado».

Para él, que el homicida utilizara un versículo religioso, denotaba falta de experiencia. El cine americano había dejado huella en el mundo y muchos crímenes empleaban recursos como ese para ocultar el verdadero motivo de la muerte.

Desplegó su correo electrónico, notando un mensaje de Pérez, que acababa de entrar. El de la Científica lo saludaba, adjuntando fotos tomadas en el apartamento de la víctima. Tras abrir las imágenes, examinó meticulosamente cada detalle. Empezó por el cadáver, observando que no portaba tatuajes visibles, ni marcas identitarias que lo relacionaran con un pasado sospechoso. El enorme número de casos que pasaron por sus manos le había enseñado a fijarse en los detalles. Las víctimas solían hablar más de lo que lo hacían los testigos, sin decir palabra alguna. La mayoría de las verdades eran breves y se encontraban siempre alrededor de los cuerpos sin vida. Decepcionado al no encontrar esa conexión, prosiguió analizando las fotos del baño, el dormitorio y la sala de estar. Su mirada se detuvo en una pequeña torre de libros y especialmente en uno de los ejemplares, cuyo lomo se destacaba entre los demás en la estantería del salón.

«Una torre...».

Rojo amplió la imagen, aprovechando la excelente calidad de la cámara de Pérez. Entre el caos de las baldas, identificó que no se trataba de un libro, sino de una caja de madera de apariencia fina, similar a las utilizadas para guardar puros. Justo cuando estaba por investigar más, un carraspeo interrumpió sus pensamientos.

—El comisario Maruenda nos ha enviado —comentó el inspector Ramos, con Robles a su lado—. Al parecer, necesitas ayuda.

—¿Lo parece?

Robles no respondió y Ramos se encogió de hombros, con tal de no discutir.

Una risa sorda le escapó a Rojo, quien optó por no continuar. Inclinándose hacia atrás, los escudriñó.

—¿Tenemos la identidad de la víctima?

Ramos depositó unos papeles sobre el escritorio de Rojo.

—José Luis Lara. Sesenta y dos años. Repartidor de Correos retirado. Vivía solo, sin hijos, pareja o familiares cercanos.

—Un tipo peculiar —acotó Rojo.

—Definitivamente. Los vecinos mencionan algunas... aficiones inusuales —explicó Ramos.

—La vecina que alertó sobre el incidente describió a Lara como un hombre amable y servicial —intervino Robles—. Siempre estaba disponible cuando lo necesitaba.

Rojo los observó, entrelazando sus dedos.

—¿Qué tipo de aficiones?

—Se le acusó de ser un acosador.

—¿De menores?

—No exactamente —continuó Ramos—. Más bien, un mirón de los que molestan... Parece que tenía un interés particular en algunas mujeres del barrio. Específicamente, en divorciadas y viudas.

—La vecina que entrevisté está soltera y no mencionó nada al respecto. De ser así, lo habría mencionado. Esa mujer parece conocer lo que ocurre en cada rincón del barrio...

—Hubo rumores de que husmeaba en el correo ajeno —prosiguió el otro—. Aunque negó todo y no hubo pruebas, la palabra se difundió. En más de una ocasión, ha sido agredido por algún vecino, aunque nunca lo denunció... Algunos del barrio también sostienen que, como cartero, no entregaba todas las cartas...

Rojo frunció el ceño.

—¿Y qué diablos hacía con ellas?

—Nadie lo sabe. Quizá las guardara o las tirara a la basura... La mayoría eran recibos de luz, facturas... Creen que era su motivo para desquitarse y fastidiar a los que le señalaban con el dedo... No era un tipo muy apreciado, que digamos.

—Entiendo, un individuo peculiar, por no decir un raro de cojones... Si era tan retraído, debía tener sus secretos bien guardados. Investiguemos si tenía contactos, llamadas o correspondencia reciente. Examina también sus dispositivos y registros telefónicos. Ramos, al final del día, pasa por el bar cercano que hay en la esquina, pero no indagues demasiado.

—¿Porque van a pensar que soy policía?

—Mírate. La respuesta es obvia.

Ramos asintió y Rojo dirigió su atención a Robles.

—Robles, quiero que hables de nuevo con esa vecina.

—Oh, no...

—Si está atenta a todo lo que ocurre en el edificio, es probable que nos haya omitido información. Interrogarla aquí podría intimidarla, así que, hazlo en su domicilio, con cortesía. Recopila cualquier detalle relevante sobre Lara. Es un poco extraño que no sepa nada y que tenga una opinión tan buena sobre él, juzgando por lo que acaba de decir Ramos...

—Entendido, inspector.

—Un último detalle.

—¿Sí?

—No hables con esa periodista. No importa lo que hayas compartido con ella antes; Maruenda ha sido claro en que no quiere interferencias.

—Pero ha sido tu sugerencia.

—Lo sé, pero a partir de ahora yo manejaré la situación —declaró Rojo con firmeza, observando sus expresiones de sorpresa—. Así que, manos a la obra.

Ambos agentes se retiraron rápidamente, dejando a Rojo en su oficina. Se tomó un momento para inspirar hondo antes de tomar el auricular del teléfono.

—Pérez, habla Rojo.

—La torre de Babel.

—¿Qué?

—El símbolo de la ambición humana y su intento de alcanzar la divinidad por medios propios.

—¿Eh?

—Tras el diluvio universal, los humanos construyeron una torre que llegase al cielo, para hacerse un nombre y no ser dispersados por toda la tierra...

Rojo se quedó pensativo.

—¿Y qué pasó?

—Como castigo al desafío, Dios confundió su lenguaje, haciendo que no se entendieran entre sí y dispersó la humanidad por el mundo.

—Ah...

—Es la que aparece en el reverso de la muestra que había en su boca...

—Ya... Gracias por la lección.

—¿Qué te han parecido las fotografías?

—¿Habéis terminado en el apartamento?

Pérez emitió un sonido ambivalente.

—Creo que sí, sí.

—¿Creo? ¿Qué tipo de respuesta es esa?

—Últimamente, noto demasiada presión por tu parte.

—Ya has oído a Ramos esta mañana. Ahórrate las lágrimas de cocodrilo.

—¿Has visto algo relevante en las imágenes?

—He visto muchas cosas.

—Estoy en ascuas, Rojo...

—No es tu trabajo saberlo, pero agradezco tu eficiencia. Acelera el informe del análisis de las pruebas... Te llamaré más tarde —dijo y, sin más preámbulos, cortó la llamada. Luego, tomó sus gafas de sol y las llaves de su vehículo, dispuesto a abandonar la comisaría.

7

Al aproximarse al edificio de viviendas, la rutina parecía haberse reinstaurado en la calle, aunque un sutil aire de inquietud todavía flotaba en el ambiente. Las miradas esquivas de los transeúntes sugerían una tensión latente, como si un ejército de ojos invisibles lo observara desde detrás de las persianas que resguardaban del implacable sol.

Subió las escaleras del edificio, con el leve aroma a almizcle impregnando el aire, adhiriéndose a las paredes como si fuese un dulce pegajoso. Al llegar al cuarto piso, se detuvo frente a la puerta del apartamento con la cinta policial que indicaba su inaccesibilidad. Afianzándose de no ser observado, deslizó de su bolsillo una ganzúa, especial para esas ocasiones en las que la burocracia debía quedar en segundo plano. La puerta, afortunadamente, no tenía puesto el cerrojo, permitiéndole un acceso más fácil. Ingresó cautelosamente, asegurándose de no perturbar el precinto y cerró suavemente detrás de sí. A pesar de que no había pasado mucho tiempo, al encontrarse nuevamente en ese lugar, un escalofrío le recorrió la espalda, semejante a la viscosa caricia de los tentáculos de un cefalópodo. Aunque la muerte y sus escenas más crudas eran casi el pan de cada día para él y en su oficio, en general, había algo perturbador en ese escenario en particular. La imagen del cartero y su insólita muerte lo acosaban con su singularidad y la crueldad del acto en sí. En su mente, Rojo recreaba con detalle la posible escena del crimen y la interacción entre el verdugo y la víctima: el cartero, amenazado con un arma que nunca dispararía, siendo forzado a entrar al baño y sufrir un destino brutal y sádico.

A medida que visualizaba la secuencia de eventos, Rojo sentía que, más allá de la violencia del acto, había un propósito, una razón subyacente para el encuentro entre la víctima y su asesino. La macabra ceremonia del tabaco y la nota, indicaban algo más personal, no era solo un acto de violencia sin sentido, ni una venganza premeditada.

«Esto no parece un acto impulsivo, por lo que empiezo a sospechar que se nos escapa una pista...», razonó, cada vez más convencido de que había una relación previa entre el cartero y su verdugo.

«Lara, excartero de oficio, mirón y acosador de profesión... podría haber estado vendiendo secretos del vecindario, a cambio de dinero o de algún tipo de información».

«¿Para qué diablos querría todo eso?», reflexionó y pensó que la respuesta estaría allí dentro.

Extrajo del bolsillo del pantalón el pedazo de papel arrugado.

«Por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado», leyó en voz baja y dio un vistazo a todo su alrededor. Después recordó la torre de Babel, desviando la mirada hacia el cenicero sobre la mesa y descubrió que Pérez se había llevado el vaso.

«Una colilla, un versículo, una torre... Piensa, Rojo, piensa...».

Cuando se esforzaba, la jaqueca regresaba y le atizaba con fuerza. Era como si su mente no quisiera ponerse a trabajar. Pero eso no lo frenó para seguir avanzando. Recorrió la habitación de extremo a extremo, fijándose en cada rincón, observando desde cada esquina. Escudriñó el resto de las habitaciones, regresando al cuarto de baño, en el que sólo quedaba la marca del cadáver sobre la bañera. Sin éxito, visitó el dormitorio y también inspeccionó el apestoso armario en el que la víctima guardaba la ropa, pero no encontró nada de interés, más allá de unos carretes fotográficos sin abrir y unos botes de líquido con tapones de color rojo y azul. Guardó las películas y dejó los botes donde estaban.

Para él, era evidente que el verdugo había entrado en la propiedad hasta detenerse frente al sofá. Sospechó que iría armado y que apuntaría a la víctima desde la posición en la que se encontraba. Después, lo llevó hasta la bañera y lo mató. Pese a todo, había un detalle que no le encajó, cuando notó las viejas revistas desplegadas sobre el sofá. Se acercó a ellas y descubrió que no eran tan antiguas, pero la exposición al sol de las ventanas las había descolorido. Tomó el magacín que más le llamó la atención por su portada. Era un suplemento del diario El País y tenía un especial sobre crónica negra. Intrigado, desconectó de la escena del crimen y se concentró en la revista que tenía entre las manos. Reconoció uno de los artículos, que hablaba sobre un homicidio ocurrido en Alicante, encubierto en un accidente de tráfico. La víctima había sido una menor de edad, atropellada en plena noche, en medio de la rambla.

En ese momento, Rojo recordó el episodio y pensó en su hijo y en el dolor de un padre cuando recibe ese tipo de noticia.

Dejó la revista sobre la mesa y continuó con la búsqueda.

Siguiendo su instinto, se dirigió a la estantería que había identificado en una de las fotos. Estudió las baldas, pero lo que creía haber identificado en la imagen no estaba allí. Observando el entorno, dedujo la perspectiva desde la que Pérez había tomado la foto.

—Ahí estás —murmuró.

Se acercó a una torre de libros, algo desordenada, casi dando la sensación de que estaban a punto de desplomarse. Sobre ellos, notó una capa de polvo que se había asentado con el tiempo. Cautelosamente, retiró lo que parecía ser una caja de madera de detrás de los libros, procurando que no se cayeran. La colocó en la mesita del salón aún cubierta de cenizas y desorden y la abrió. Dentro descubrió un conjunto de fotografías antiguas, cuyos colores habían palidecido con los años.

Al principio, las imágenes no le revelaron nada, pero después, al examinarlas con más detalle, un sentimiento de ira comenzó a burbujear en su interior.

—Esto no puede ser...

A simple vista, las fotos parecían ser obra de un voyeur, capturando a mujeres desprevenidas en la calle. En ese momento, descubrió el uso de los botes que había encontrado en el armario e intuyó que serían para el revelado fotográfico. Lo primero que le vino a la mente, fue que Lara revelaría esas fotografías en su casa, para así evitar que una tienda de revelado lo delatara. Era una teoría muy posible. No obstante, en su opinión, el apartamento tenía demasiada luz y no habían encontrado evidencias suficientes para demostrar lo que pensaba. De ser así, sospechó que Lara realizaría el revelado en otra parte.

No le hubiera prestado tanta atención al asunto, si no hubiera reconocido algunos de los rostros en las imágenes.

El primero era el de la vecina, que aparecía desnuda, vestida con ropa interior y arrugada como una ciruela pasa. Continuó barajando las imágenes y vio que todas eran de mujeres de diferentes edades. Muchas de ellas no parecían ser conscientes de que las fotografiaban, pues no posaban ante la cámara y el ángulo no estaba centrado.

«Menudo desgraciado...», lamentó, viendo todo aquello.

Una foto en particular lo dejó helado: una joven en el portal de un edificio, con una de las calles cercanas a la rambla al fondo. Nada fuera de lo común, excepto que la chica practicaba sexo casi en plena calle, con un muchacho, aparentemente mayor que ella. En la segunda fotografía, la joven miraba directamente a la cámara y se veía que estaba asustada. El reloj digital de una farmacia se reflejaba en el cristal de la puerta del edificio. Los dígitos marcaban la medianoche.

Un escalofrío lo recorrió, acompañado de un regusto amargo y, por alguna razón remota, pensó en la noticia que había leído minutos antes.

Aunque desconfiaba de las casualidades, esta vez, el inspector se dijo que estaba hilando demasiado fino.

«Quizá Lara tuvo lo que se merecía», opinó con repugnancia, convenciéndose de que su muerte estaba causada por alguno de los familiares de las mujeres que aparecían en esas imágenes. Se encontraba en un dilema sobre si seguir revisando el resto de las fotos, pero sabía que tenía que continuar.

Su mente se adentró en un laberinto oscuro al tratar de hilvanar los fragmentos de la historia. A medida que pasaba las fotografías, encontraba imágenes de jóvenes y también de adultos, tanto hombres, como mujeres. De pronto, ya no eran sólo momentos de intimidad, sino que estaban capturadas en escenas cotidianas y puede que comprometidas. La diversidad de las imágenes desorientaba su teoría inicial.

«¿Acaso el cartero espiaba a estos individuos para luego vender la información? ¿Cuál era la conexión entre todos ellos? ¿Los extorsionaba?».

Antes de acabar de comprobarlas todas, una imagen captó su atención. En ella, el cartero asesinado se mostraba relajado, compartiendo una mesa en lo que parecía un pub irlandés, con un individuo de presencia imponente. Estaban sentados bebiendo cerveza y parecían encontrarse cómodos. El desconocido tenía el cabello canoso y corto, que contrastaba con una barba espesa y oscura que le subía casi hasta los ojos, que mostraban una intensidad que helaba la sangre. Su sonrisa, apenas visible por el vello facial y más contenida que la del cartero, insinuaba una confianza inquietante.

Rojo estudió el ambiente capturado en la foto: vasos medio vacíos, restos de comida y un viejo móvil de tapa junto a una cajetilla de cigarrillos azul. La familiaridad de ese paquete de tabaco lo sacó de sus cavilaciones y al mismo tiempo, un ruido súbito en la entrada lo devolvió a la realidad.

Instintivamente, escondió las evidencias, deslizándolas entre los libros y ocultando la extraña foto en su bolsillo. Desenfundó la pistola y, con pasos silenciosos, se situó detrás del marco de la puerta, listo para lo que viniera a continuación.

Entonces, escuchó el sonido metálico de la cerradura siendo manipulada y en cuestión de segundos, la puerta se abrió lentamente.

8

Cuando levantó la mirada, el primer detalle que captó fue el cañón de una pistola dirigiéndose directamente hacia él.

Robles, al instante, alzó ambas manos y retrocedió instintivamente.

—¡Dios, Robles! ¿Qué haces aquí? —exclamó Rojo, bajando inmediatamente su arma.

El subordinado, aún en el umbral, respondió con un tono que denotaba sorpresa.

—Siguiendo tus indicaciones, inspector.

Rojo, con impaciencia, le indicó que entrara.

—No te quedes ahí, parado. Entra ya.

El subinspector cruzó la entrada y frunció el ceño al notar el aire viciado del lugar. Se miraron unos segundos, tratando de descifrar las acciones del otro. Finalmente, Robles decidió hablar.

—He estado con la vecina, como me pediste. Quería comprobar lo que me ha contado esta mañana.

—Tengo la impresión de que tendremos que hablar con ella, otra vez...

—Lo siento, pero... A todo esto, ¿qué haces aquí?

El inspector lo miró, incrédulo, como si el cuestionar sus acciones no estuviera en el protocolo.

—Eso no es asunto tuyo —se adelantó Rojo, cortante. Sin embargo, la curiosidad lo llevó a preguntar—. ¿Qué te ha dicho esa mujer?

Antes de responder, el otro caminó hacia el dormitorio del fallecido.

El inspector, sintiéndose en desventaja, dejó atrás su actitud defensiva. A pesar de la jerarquía, siempre había sentido respeto por Robles. Su tenacidad y diligencia le recordaban a sí mismo en sus primeros años.

Mientras el subinspector examinaba el dormitorio, Rojo le advirtió:

—Ten cuidado con lo que toques.

—Ya lo sé, inspector.

Robles se dirigió hacia la ventana que daba al patio interior.

—La vecina me ha contado que solía escuchar al fallecido hablar por el patio, siempre el primer lunes de cada mes y a la misma hora —dijo señalando el viejo ordenador con unos auriculares como los que usan en los centros de atención al cliente. Al lado de estos había un viejo escáner de documentos—. Ella no entendía lo que decía, pero estaba segura de que no hablaba solo.

Al levantar la persiana, observó las demás ventanas.

Rojo, intrigado, siguió con las preguntas.

—¿Te ha mencionado algo sobre unas fotografías?

—No. ¿A qué te refieres?

—Me lo temía.

Agachándose, Robles señaló el viejo equipo informático.

—Por cierto, no sé qué encontraremos aquí cuando se lo lleven...

—¿Qué te hace pensar eso?

Robles miró a Rojo como si la respuesta fuera evidente, pero el inspector no estaba al día con la tecnología. Simplemente, le importaba muy poco el progreso informático o que las máquinas arrasaran con la humanidad.

—Este ordenador es una reliquia, no tiene conexión a Internet. No es que tengamos los equipos más modernos en la comisaría, pero reconozco que hacía años que no veía uno como este...

—Entiendo que llegaste a una conclusión, para haber soltado todo ese rollo...

Robles lo miró de frente.

—Si estaba comunicándose con alguien, no era de manera digital.

En ese momento, reflexionando sobre lo que había dicho, se fijó en un viejo calendario de publicidad que había junto a la pantalla y recordó la imagen que habían extraído de la víctima.

—¿Qué día es hoy?

—El primer jueves del mes —respondió Robles.

El inspector soltó un suspiro pesado.

—¡Pon en marcha ese trasto! —ordenó Rojo.

Robles presionó el botón de encendido y el ronco zumbido de la máquina anunció un inicio lento. Finalmente, la pantalla mostró la imagen de usuario y contraseña.

—Era previsible —comentó con resignación—. Que nuestro equipo lo inspeccione, aunque dudo que hallen algo relevante.

Salió de la habitación y evaluó el pasillo, dando suaves golpecitos en las paredes. Robles lo observó, intrigado.

—¿Qué es lo que buscas, inspector?

—La vecina... ¿te reveló algo más sobre nuestro difunto?

Robles hizo una pausa, eligiendo sus palabras.

—Es una mujer que goza de... demasiado tiempo libre. Tenía una relación amigable con la víctima, aunque ha mencionado que él era algo reservado. Para ella, era simplemente tímido y peculiar.

—Ya.

—¿A qué viene tanto interés? Podrías haber hablado con ella, directamente... Es un poco empalagosa.

—Ni pensarlo.

—A pesar de eso, no guarda malos recuerdos de él.

—Su comportamiento, ¿no te ha hecho sospechar nada?

—No, creo que no.

—¿Crees que tuvieron una relación más íntima?

—No puedo afirmar esto con certeza, inspector.

—Deberías —replicó, con cierta acidez.

—¿Por qué? ¿Porque era un tipo amable con ella? A veces, la gente solitaria termina encontrándose.

—Cae del nido, Robles...

—Me ha contado que, en más de una ocasión, le ayudó con sus compras y con un inconveniente con su correspondencia. Al parecer, algunas cartas no le llegaban y él se encargó de solucionarlo.

Rojo alzó una ceja.

—Fíjate, ahí pienso que te ha dicho la verdad.

—¿Qué?

—Supongo que esos pequeños favores hicieron que se sintiera en deuda con él.

—Por lo que he podido intuir, es una mujer solitaria, pero con buenas intenciones.

—¿Cuál es su ocupación?

—Se autodenomina escritora, al estilo de Corín Tellado.

—¿Tiene el mismo éxito?

—No, ninguno. Ni siquiera ha publicado. Vive del legado de sus padres.

Rojo resopló.

—Interesante... alcanzar esa edad sin haber trabajado en serio. Pero, es una constante entre algunos escritores.

—Quizás...

—Retomando lo de los lunes... ¿hay algo más que deba saber?

—No mucho más. Se asomaba a su cocina, que da al patio, pero no lograba escuchar nada con claridad.

Rojo sonrió astutamente.

—Lo que omitió decirte es que intentaba espiar esa conversación y que él estaba al tanto.

Robles parpadeó sorprendido.

—¿Por qué haría eso? No todo el mundo tiene malas intenciones...

Rojo le hizo un gesto para que lo siguiera al salón. Después abrió la caja de madera y le mostró las fotografías en las que aparecía la mujer. La expresión del subordinado se transformó.

—No, pero él sí las tenía —indicó, mientras el otro comprobaba el resto de las imágenes—. Se ganó su confianza y la fotografió, Dios sabe cómo... y también me figuro que la chantajeó para que callara.

—No estoy seguro de si querría ver estas fotos...

—Su apartamento está justo en frente —señaló Rojo, ignorando el comentario—. El sonido desde aquí puede fácilmente llegar al rellano o incluso a la calle.

Robles esperó expectante al resto de la explicación.

—El cenicero, el vaso de bebida con la colilla... Tenía un visitante cada lunes, puntualmente... Era su hora de los negocios y, justo entonces, encendía el ordenador y reproducía un audio por los altavoces. Una distracción deliberada para que la curiosa vecina no notara quién llegaba a la casa.

La revelación dejó perplejo al compañero.

—Es... —Robles titubeó, sin atreverse a verbalizar su pensamiento.

—¿Qué? Vamos, dime lo que piensas.

—Parece un plan demasiado complejo para alguien con su perfil.

—Era un acosador implacable, con oscuros secretos a cuestas —respondió Rojo, tintando su voz de certeza. Se acercó a una caja, la tomó y se la entregó al subinspector—. Echa un vistazo al resto.

Robles la abrió, tomó el montón de fotografías y, al ir pasando las imágenes, se sorprendió con los rostros de las jóvenes menores de edad y con las personas que aparecían en situaciones comprometidas.

—¿Quiénes son estas personas? —preguntó con un tono que denotaba incredulidad y horror.

—No lo sé, pero dudo que las coleccionara al azar.

Consternado, Robles dejó el montón de fotografías en la caja y la cerró apresuradamente. Para acabar, el inspector le mostró la foto en la que aparecía la víctima con el desconocido.

—¿Es Lara?

—Sí. ¿Te suena el lugar?

Este se encogió de hombros.

—Un pub. Todos son iguales por dentro.

—Pon atención en los detalles.

—Lo intento... —comentó, pero no había modo de saber dónde habían capturado el momento. Finalmente, se la devolvió—. Los cigarrillos... ¿Quién es el otro hombre?

—Es una incógnita que debemos resolver, pero... por cómo se ríen, diría que los unía una gran amistad.

—¿Crees que pudo ser él?

Rojo resopló y guardó el documento.

—Sé lo mismo que tú, Robles... Lara era un tipo oscuro, no me cabe la menor duda de ello, pero la forma en la que murió tiene muy mala pinta... No podemos descartar el ajuste de cuentas de alguna banda, aunque guardo mis dudas... En cambio, lo que sí tengo, es un mal augurio acerca de todo esto... Algo me indica que este asesinato es el principio de algo. Nos están enviando un mensaje claro.

—Mierda.

—Sé que la situación aún te atormenta y que estás bajo mucha presión.

—¿No te ocurre a ti?

—Sobrevivo.

Le hubiese gustado contarle algunos aspectos de la verdad, pero no podía mostrarse débil ante nadie y Robles necesitaba mantener la mente despejada y la visión puesta en el trabajo.

—Todavía sueño con Miguel Díaz, volándose los sesos.

—Da gracias. Piensa que tú puedes contarlo, él no.

—¿Acabará esta pesadilla alguna vez? —La voz de Robles era apenas un susurro—. Me gustaría deshacerme de ella...

Rojo se acercó al subordinado, cuyo rostro estaba tan pálido como la pared y colocó una mano reconfortante en su hombro.

—Necesito que estés firme, Robles. De lo contrario, esta pesadilla nunca cesará para ti, incluso si resolvemos el caso.

—Vale...

—¡No, eso no me basta! —Rojo elevó la voz, inyectando una urgencia feroz en sus palabras —. ¿Quieres que los demás sigan ridiculizándote en lugar de tomarte en serio? ¿Quieres brillar en tu carrera o acabar relegado por problemas de ansiedad?

—Quiero hacer bien mi trabajo —afirmó Robles con resolución y una pausa cargada de significado se instaló entre ellos.

—Bien —dijo Rojo, su voz retornando a una cadencia más calmada—. Entonces, vamos a enfrentar esto juntos y ponerle fin de una vez por todas.

9

Con un sutil ruido, la puerta se abrió revelando la figura sorprendida de la mujer. Al detectar al inspector, un breve arco de sorpresa se formó en sus cejas, que se suavizó al identificar a Robles. Casi de inmediato, con un aire de modestia, salió al pasillo, envolviéndose con su batín. Rojo la examinó, coincidiendo con la descripción ofrecida por Robles: una mujer que, aunque desgastada por el tiempo, mantenía un aire coqueto, realzado por un aroma profundo y cautivador.

—Inspector, ¿tienen alguna novedad?

Robles, algo incómodo, cedió la palabra a Rojo con una mirada.

—Deseamos conversar con usted, señora. Soy el inspector Rojo, al mando del caso Lara.

—Todo cuanto sé ya se lo confié a su compañero. ¿Hay algo más que pueda aportar?

—¿Conocía bien a su vecino?

—Bien, bien... No sé, inspector. Tanto como eso...

—¿Era usted consciente de la afición fotográfica del señor Lara?

Un titubeo delató su nerviosismo antes de negar con la cabeza. Mientras, Rojo divisó, sobre un mueble cercano, un juego de llaves y unas gafas de sol. Al percatarse de su mirada, la mujer se posicionó de manera protectora.

—No. Nunca me habló de lo que hacía en su tiempo libre. Era un poco hermético.

—¿Sabe si hay algún trastero en el edificio que pertenezca a los residentes? Un garaje, un cuarto...

Ella parpadeó un par de veces.

—Bueno, ahora que lo menciona, sí he visto al señor Lara con rollos fotográficos, pero... no, en esta comunidad no hay garaje. ¡Bastante será si pagamos a una empresa de limpieza!

Rojo esbozó una media sonrisa.

—Así que sí lo recuerda.

—Me sorprendió verlo con tantos aparatos. ¿Es algo inapropiado?

—En absoluto.

Aunque no estaba del todo convencido, Rojo decidió seguir el juego, intuyendo una relación más personal entre ella y Lara.

—Rollos fotográficos, de los clásicos. Y una cámara colgada del cuello, como los profesionales.

—Comprendo. Pero... ¿conoce alguna otra propiedad que tuviera el señor Lara? Quizás un estudio o apartamento... Tal vez le habló de ello en alguna ocasión...

—Lo desconozco. Cuando trabajaba, era cartero y se pasaba el día fuera de casa. Después, veía la tele. Ahora, por fin dormiré por las noches...

—Tengo entendido que su vecino estaba retirado...

—Pues imagine el infierno de esa televisión. Si tiene alguna propiedad, estará en el registro, ¿no?

—Lo averiguaremos.

—¿Por qué tantas preguntas, inspector?

—Es nuestro trabajo.

—Sólo pretendo ayudar. Lo que ha ocurrido es una desgracia tremenda. Póngase en mi lugar...

—Una última pregunta, señora: ¿conduce?

Ella asintió.

—Sí.

—¿Qué coche?

—Un Fiat. Pero... ¿esto tiene algún propósito? Mi vehículo tiene todos los papeles en regla.

—Descuide, era simple curiosidad.

—Juro no saber nada que no les haya contado ya.

Rojo la observó con atención, evaluando sus respuestas y la sinceridad detrás de cada palabra.

—Inspector —empezó con un tono suplicante—, colaboraré en lo que necesite. José Luis siempre fue un buen vecino para mí, pero entienda que me siento atacada.

Rojo, sacando lentamente una fotografía de su bolsillo, la mostró a la mujer. La imagen retrataba a un hombre con otro individuo.

—¿Reconoce a este sujeto?

Ella examinó la foto detenidamente y negó.

—Jamás lo he visto.

—¿Ni siquiera rondando por los alrededores? ¿Seguro?

—Con esa barba descuidada, estoy segura de que lo recordaría. ¿Ha sido él el culpable?

—Sólo es una indagación —la tranquilizó Rojo, antes de agregar con un tono inquisitivo—: Resulta curioso que, siendo usted una vecina tan atenta, no haya notado a algún desconocido visitando a José Luis.

Ella le lanzó una mirada reprobatoria.

—No he dicho tal cosa. Le he informado a su compañero sobre lo que presencié.

La paciencia del inspector flaqueaba. Lanzó una mirada sutilmente exasperada hacia Robles.

—Volvamos sobre ello. Al parecer, Robles tiene el don de olvidar.

La dama carraspeó y ajustando su postura, comenzó:

—Hubo un individuo, vestido como un sacerdote, de negro, apestando a tabaco y alcohol... Suena increíble, pero es cierto. Lo vi unas veces, hace semanas... o puede que un mes, pero no mucho más tiempo. La primera ocasión, incluso, se confundió de puerta y tocó mi timbre.

—¿Y qué quería?

—Aún recuerdo esa mirada siniestra detrás de sus gafas. Era desagradable... Las lentes le hacían los ojos aún más pequeños. ¡Qué repelús, por favor!

—Concéntrese en responder, se lo ruego.

—No busco problemas, inspector.

—Puede estar tranquila.

—Está bien... Ese hombre estaba furioso, eso sí. Se fue cuando nadie le abrió la puerta y no me pregunte dónde estaba José Luis, porque no soy la portera... —respondió, antes de que el inspector se anticipara—, pero regresó días más tarde y entró en el apartamento. Al parecer, tenían una cita... A raíz de esas visitas, él cambió, estaba más retraído conmigo, que era la única en el edificio que le saludaba. No le di importancia, porque José Luis tenía un punto raro, ya me entiende... Pero esas cosas no pasan inadvertidas, se nota algo en el ambiente.

La atmósfera del lugar comenzaba a agobiar a Rojo, sintiendo que se adentraba en un callejón sin salida con la declaración de la vecina, por lo que, tras un par de preguntas de cortesía, se prepararon para retirarse, aunque Rojo aún desconfiaba.

—Le agradecemos su ayuda. Llámenos si recuerda o ve algo. Será de gran utilidad.

—Lo haré y aquí estaré para lo que precisen.

De manera casi inesperada, Rojo preguntó:

—¿Está sola en la casa?

Ella afirmó serenamente.

—Hágame caso, salga a tomar un poco de aire fresco. Le hará bien.

Ya en el ascensor, Robles encaró a Rojo.

—Oculta algo, lo presiento, aunque no sabría el qué...

Rojo, sumido en sus pensamientos, recordó la mirada de la mujer.

—Quizá lo único que esconde es su vulnerabilidad y la necesidad de afecto. A nadie nos gusta que nos utilicen y nos fotografíen cuando más frágiles nos mostramos.

10

Después de despedirse del subinspector en la puerta principal del edificio de la víctima, Rojo le informó que se reunirían más tarde en la comisaría. Primero, tenía un asunto personal que atender, uno que le consumiría bastante tiempo.

Hizo una breve llamada a un antiguo conocido, luego condujo hacia su residencia y estacionó el vehículo en su plaza de garaje privada. Cambió el coche por la motocicleta y puso rumbo al cuartel de la Guardia Civil, estratégicamente ubicado cerca de la Plaza de Toros y a escasos minutos de su hogar.

Al llegar, mostró su identificación y solicitó ver al coronel Barceló, un camarada de antaño a quien había ayudado en más de una ocasión. Mientras caminaba por los pasillos del cuartel, Rojo no pudo evitar contrastar la atmósfera militar, rigurosa y formal de la Guardia Civil con el ambiente más laxo de su propia comisaría.

Un gendarme lo condujo hasta el primer piso y le indicó que esperara fuera de un despacho con puertas cerradas. Allí, Rojo se perdió en sus pensamientos, reconsiderando lo que estaba haciendo y esperando, en el fondo, que el motivo de la visita no se propagara por otras esferas y llegara a oídos de terceros. De lo contrario, el caso tomaría un giro completamente inesperado y la situación se pondría en su contra.

Las puertas finalmente se abrieron, revelando al coronel Barceló. Una expresión de sorpresa cruzó su rostro, animando el poblado bigote que había portado desde su juventud.

—Inspector Rojo —saludó Barceló con una sonrisa genuina, vestido de uniforme y dejando una fuerte fragancia en el aire—. Nunca esperé ver al inspector más renombrado del litoral en mis dominios.

—Nunca me han gustado los cuarteles, coronel.

—¿Prefieres la colmena esa a la que llamáis comisaría?

Los gendarmes cercanos no pudieron evitar echar oídos al comentario.

—Tampoco, aunque reconozco que la colmena tiene un aspecto más moderno.

—Lo sé, pero no depende de nosotros. Poco a poco, los presupuestos son más cortos, nos limitan las funciones e intentan eliminarnos de todas partes... Pronto seremos historia, nunca mejor dicho...

—Para entonces, ya te habrás retirado.

—Sí, pero... ¿qué hay de ellos? —preguntó, refiriéndose a los otros gendarmes—. No somos del agrado de la clase política, no obstante, olvidan que nuestro trabajo también es el de jugarnos

las vidas para proteger las suyas... Algún día, se arrepentirán de los errores y ya será tarde para eso...

—Son políticos. Tú te juegas la vida por ellos... y ellos viven jugando con la tuya.

El coronel soltó una risa incómoda y bajó el tono de voz.

—No deberías hacer comentarios como ese por aquí... —advirtió, acercándose a él—. No has telefoneado en mucho tiempo... ¿Qué te trae por aquí, viejo amigo?

—¿Podemos conversar en privado?

—Creía que ya lo estábamos haciendo.

—Es un asunto delicado.

—Entiendo. Supongo que no has venido solo a saludar.

—Lo cierto es que no. Me gustaría pedirte un favor.

—Ajá —respondió y alzó el cuello, mostrando la papada y el bigote canoso—. Ha de ser importante, entonces.

—Lo es.

—En ese caso, por aquí...

Rojo asintió y ambos hombres entraron al despacho, cerrando las puertas detrás de ellos.

***

Desde su elegante sillón de cuero, el coronel Barceló observaba a Rojo, aguardando que iniciara la conversación.

—¿Estás aquí por un encargo del comisario Maruenda o es algo personal?

—Es algo estrictamente personal.

Barceló levantó una ceja, un tanto intrigado.

—¿Qué tan personal? Puede ser algo entre tú y yo... o algo mucho más serio.

—Voy al grano. Necesito localizar a un viejo conocido.

El coronel parpadeó, inseguro ante la petición.

—Podéis encargaros de eso vosotros. ¿Por qué acudir a mí?

—Es un favor que te pido.

—Entiendo. ¿Se trata de un caso en curso?

—No, es algo privado.

Barceló frunció el ceño, tratando de descifrar las intenciones del inspector. Estaba dispuesto a echar una mano, pero requería claridad.

—Y este asunto... ¿se refiere a alguien de la Guardia Civil?

—Exacto.

—Ajá... Si deseas mi colaboración, necesito más detalles —dijo y notó el desacuerdo en el rostro del hombre que tenía delante—. Tranquilo, inspector. Lo que se hable aquí no trascenderá.

Rojo, aunque escéptico, decidió confiar. La situación requería medidas extremas y si alguien podía ayudarlo, ese era Barceló.

—Busco al sargento Maqueda. Hace años, trabajamos juntos en una investigación en Pinoso sobre el asesinato de varias personas. Él estaba en la UCO y logramos detener a los implicados en los asesinatos. Gracias a su labor, detuvimos a uno de los delincuentes más despiadados de la región, un psicópata al que seguía desde hacía tiempo... Sin embargo, ha pasado mucho tiempo

sin que haya tenido noticias de él y... me inquieta pensar que no haya podido dejar atrás ese episodio.

Barceló suspiró.

—¿Qué te hace suponer eso, Rojo?

—¿Lo conoces?

—Antes de responderte, me preocupa la manera en la que abordas la situación.

—En caso de tener la razón, el sargento no sería el único con ese problema.

—Comprendo. ¿Has intentado contactarlo en su cuartel?

—No. Solo necesito saber que está bien. ¿Tanto pido? Ni siquiera me has respondido a la única pregunta que te he hecho...

—Vamos, hombre... Intento razonar, cosa que tú has desestimado por completo...

—No tramo nada extraño, coronel. Solo deseo no perturbarle más. Uno de mis hombres no ha superado el estrés que le provocó el caso... y tengo al comisario y a Asuntos Internos dando vueltas alrededor de mi sombra, como aves carroñeras...

Barceló suspiró.

—Lamento decirte que el sargento también se vio afectado por las consecuencias del caso... —aclaró y el inspector puso toda su atención—. Sucede a menudo, sobre todo, cuando la carga de responsabilidad es tan alta. Me sorprende que no te hayas tomado unas vacaciones y que sigas tan activo como acostumbrabas, pues lo normal es que te hubiera afectado de alguna manera u otra...

—Hay recuerdos que merecen quedarse en el pasado.

—Entonces, no entiendo a qué viene tanta preocupación.

—Maqueda era un buen sargento y muy resolutivo.

—Ya, pero no somos máquinas, sino personas... y existen ciertos episodios que nos cambian y nos hacen actuar de manera incorrecta...

—¿Hablamos del mismo hombre? Me cuesta creer lo que escucho.

—No exageres, no es el primero que se pide una baja.

—Ya, pero...

—Sí, Rojo —intervino, sin dejarlo terminar—. Tal vez, tú seas de piedra, o puede que tu corazón esté libre de sentimientos o que no tengas otra preocupación que la de jugarte el cuello cada noche. Por suerte o por desgracia, la vida es otra cosa para muchas personas y eso también significa más problemas.

11

El bochorno del exterior comenzaba a infiltrarse en la oficina después de que el aire acondicionado cediera esa mañana. Se sirvió un café insípido de la máquina y volvió a su mesa. Un impulso le pedía un cigarrillo, un empujón de nicotina, pero resistió la tentación de salir a la calle. A ratos, sentía que su cordura flaqueaba, al igual que le sucedió a Maqueda y lo que parecía estar sucediendo con el subinspector Robles.

«¿Por qué ese caso impactó tan profundamente en todos?», se preguntaba con frecuencia.

Desconocía la respuesta y creía que había algo místico en todo aquello, pero, en el fondo, sabía que no era cierto. El estrés había sido provocado por el exceso de presión y de trabajo continuo. Era habitual que algunos agentes de policía sufrieran problemas psicológicos después de una prolongada temporada de trabajo, y más tras haber presenciado escenas tan desagradables como la de los cadáveres mutilados. Aunque él no sentía que fuera para tanto, no podía negar que su cuerpo mostraba signos de agotamiento y flaqueza.

Repasó mentalmente su charla con Barceló y se dio cuenta de que no había profundizado en exceso, pues sólo mencionó la trayectoria del sargento y su abrupta despedida. Poco después del incidente en Pinoso, Maqueda había solicitado una baja debido a problemas mentales y después desapareció de la escena profesional.

—Maqueda, Maqueda... —susurró mientras ingresaba el apellido en el sistema de la base de datos policial. Hizo una pausa, recordando que, a pesar del tiempo compartido, nunca supo el primer nombre del sargento.

«Dios, Rojo, ¿en qué estabas pensando?», reflexionó, frustrado por haber pasado por alto un detalle tan fundamental. Después de la faena de visitar a Barceló, había olvidado el detalle esencial del nombre completo. No pensaba incomodar nuevamente al coronel.

«Seguro que aparece...», reflexionó y presionó la tecla de intro. Segundos después, una lista de nombres con el apellido Maqueda se desplegó ante él. A pesar de que no era un apellido demasiado común, había una considerable cantidad de registros. Era una labor tediosa, pero su única opción era revisar cada ficha hasta dar con el hombre con quien compartió tantos momentos. Las horas volaron mientras se adentraba en la búsqueda. Por último, una foto le hizo detenerse; el hombre de la imagen había cambiado, pero había algo familiar en él.

—Finalmente te localicé... —susurró y luego recorrió la ficha en busca de toda la información relevante, centrando su atención en los domicilios registrados.

«Rafael Maqueda», leyó en silencio y notó una ola de satisfacción inundándolo al encontrar finalmente al hombre. Se sentía reconfortado al saber que estaba vivo y no había cometido

ninguna imprudencia. Presionó el botón de imprimir y esperó a que la hoja emergiera. En algún rincón de su mente, abrigaba la esperanza de que Maqueda se hubiese retirado por problemas de estrés, para llevar una vida tranquila y retirada del caos policial. Eso era lo que Rojo anhelaba para él, aunque en lo más profundo necesitaba conversar con Maqueda en persona.

—Por fin te encuentro —interrumpió el subinspector Robles, irrumpiendo en su oficina—. ¿Tienes un momento?

—Contigo, nunca es solo un momento —respondió Rojo, sin ocultar su ironía.

—Creo que tengo algo que podría ayudarnos.

—Entra y cierra la puerta.

Robles obedeció y depositó una pila de documentos sobre la mesa. Rojo los miró con desconcierto.

—¿Esperas que lea todo esto? No tengo tiempo, Robles. ¿Qué es esto?

La mirada de Robles reveló que tenía algo importante que compartir. Rojo lo instó a continuar.

—Sé que puedo parecer loco, pero he encontrado una conexión con la víctima. Parece que no es un caso aislado.

—No estoy en ánimos para juegos de adivinanzas —replicó Rojo, visiblemente molesto.

Robles se sentó y respiró hondo.

—La forma en que mataron a José Luis Lara... se ha repetido en otros casos.

—Te escucho —dijo Rojo, su atención ahora plenamente centrada en Robles.

—Estuve revisando los detalles del caso y recordé un documental que vi en la televisión...

—Robles, ve al grano, *collons*.

—Sí, claro... Verás, me pregunté si habría alguna conexión entre nuestra víctima y las personas que fotografió. Aparentemente, no la hay, sólo dos de ellas fueron asesinadas por el infame Monóvar... Pero luego decidí verlo desde otro ángulo, centrarme en la víctima misma. La manera en que fue asesinado, bañado en sangre y destripado en la bañera... me llevó a pensar que podría ser un método premeditado por el asesino.

—No me jodas, Robles... Obviamente, no fue una visita de cortesía —replicó Rojo, su voz teñida de sarcasmo, aunque una chispa de curiosidad empezaba a arder en sus ojos.

El subinspector, visiblemente molesto, inhaló profundamente, dispuesto a continuar, a pesar del sarcasmo de Rojo.

—He revisado otros casos donde las circunstancias de las víctimas parecieran similares.

—No tengo recuerdos de incidentes parecidos por aquí.

La determinación en los ojos de Robles era innegable.

—Porque no sucedieron en esta provincia —aclaró.

Rojo, con el ceño fruncido, instó a Robles a seguir. Este deslizó la primera hoja del montón y señaló un punto en particular.

—Landete, en Cuenca, 2001. Un hombre de sesenta y dos años es encontrado muerto y mutilado en su bañera. Vivía solo, sin familiares cercanos. El caso, investigado por la Guardia Civil, terminó archivado por falta de evidencias...

Rojo sintió un vuelco en el estómago. Al lado del escritorio, mantenía el registro de los lugares donde Maqueda había trabajado. Rápidamente, comprobó que la fecha y el lugar coincidían. Absorto en sus pensamientos, Robles continuó desgranando el informe.

—Alconera, en Badajoz, 2007... Una mujer de cuarenta años, divorciada y sin hijos. La investigación fue una colaboración entre la Policía y la Guardia Civil. La víctima fue hallada atada a su cama, la garganta cortada y el abdomen abierto. Las pruebas señalaban a su última pareja, gracias a rastros de ADN en la escena. Más tarde se descubrió que el sospechoso había tenido episodios psicóticos en el pasado. Fue condenado y, poco después, se suicidó en prisión.

Rojo palideció. Miró de nuevo las fechas de servicio de Maqueda y, una vez más, encajaba.

—¿Tenían alguna clase de referencia religiosa?

—No, que yo sepa.

—Por favor, dime que eso es todo.

Pero Robles negó con la cabeza.

—Hay algo más...

—¿Más aún? —susurró Rojo.

Robles mostró una sonrisa amarga.

—Exactamente, lo que pensé —dijo, percibiendo la tensión de Rojo. Su jefe le devolvió una mirada llena de desesperanza e incertidumbre. El subinspector pasó las páginas hasta llegar a la última y señaló el caso final—. Esto te va a dejar sin palabras.

El informe en las manos de Rojo lo dejó estupefacto. Tenía fecha del año 2000, en El Bonillo, una tranquila localidad de Albacete.

—Robles, esto no augura nada bueno...

—Lo entiendo. Una joven de dieciocho años, embarazada, en un lugar tan rural...

—Una muchacha a punto de convertirse en madre, salvajemente atacada justo después de alcanzar la mayoría de edad. Eso es lo que interpreto.

—No puedo imaginar lo que sentiría el agente que se topó con esa escena —mencionó Robles, su tono denotando compasión.

Pero Rojo, ensimismado, estaba enfrascado en comparar las fechas.

—¿Se determinó quién era el padre de la criatura? —inquirió, casi sin aliento.

—No hay registro de ello.

—¿Nada?

—Exactamente. Esa parte del caso quedó en sombras.

Rojo resopló con desdén. Al ver la desconcertante mirada de Robles, añadió:

—A veces siento que esperas un elogio o una directriz clara de mi parte. Es evidente que hay un modus operandi aquí, pero muchos de esos casos ya están archivados o resueltos.

—Con el debido respeto, inspector, veo paralelismos entre los incidentes pasados y el presente.

—Robles, en el mundo no escasean los psicópatas... Y con Internet propagando historias macabras, quién sabe si tenemos a un asesino en serie o si todos estos crímenes eran copias de otros anteriores. Yo no veo ningún paralelismo, sólo semejanzas.

—Necesitamos un punto de partida.

—Aún no hay prueba de que sea el mismo perpetrador. Debemos ahondar en las pistas que tenemos.

—Pero tampoco tenemos otra línea de investigación.

—Si tu teoría fuera correcta, significaría que nos enfrentamos a un criminal en serie que ha estado activo desde el 2000, con lapsos entre sus asesinatos. Parece que se ha tomado unas largas

vacaciones.

—Lo que no entiendo es cómo estos episodios no han sido más sonados.

—Fueron archivados, ya sea por insuficiencia de evidencias o porque se identificó a alguien como culpable.

Rojo señaló el informe de la joven embarazada.

—Prioricemos a Lara y a quienes lo rodeaban. El asunto religioso nunca trae nada bueno. Interrogaremos a esa vecina y le sacaremos el asunto de las fotografías. Quizás pueda indicarnos dónde las revelaba.

Robles asintió, aunque internamente se sentía frustrado por la aparente apatía del inspector hacia los datos que había presentado.

—Pero, Rojo, considera la posibilidad de que sea el mismo individuo... Si no lo detenemos ahora, todo esto prescribirá en unos meses.

En ese instante, el teléfono del despacho interrumpió su diálogo.

—Inspector Rojo, al habla —contestó con una voz firme.

—Soy Pérez... —dijo la voz al otro lado, tintineando de inquietud.

—Oh, qué sorpresa inesperada —respondió Rojo, su tono goteando sarcasmo—. Espero que no sea para hablarme de esa maldita torre...

—Justo lo contrario, me temo... —Pérez suspiró pesadamente—. ¿Podríamos encontrarnos a solas? Hay algo urgente que debo discutir contigo.

El inspector lanzó una mirada rápida a Robles, que esperaba silenciosamente el fin de la llamada.

—Solo espero que no tengas la intención de pedirme dinero —replicó, echando un vistazo al reloj—. Te veo en el irlandés en media hora.

—Te aseguro que no es eso... Nos vemos allí. —Pérez colgó y Rojo se levantó de su silla, preparándose para salir.

—¿Inspector? —preguntó Robles, visiblemente confundido.

Rojo se detuvo y se llevó la mano a la frente, masajeándola. El calor, combinado con el cúmulo de pensamientos, comenzaba a desencadenar un dolor punzante en su cabeza.

—Robles, reúnete con Ramos y visitad a esa mujer... Olvida esos casos antiguos; no podemos reabrirlos todos, sería un trabajo de meses. Pero sí podemos solicitar la colaboración del comisario para acceder a los informes antiguos.

El subinspector pareció revivir al oír esas palabras.

—Gracias, inspector.

—No te pierdas en detalles superfluos.

—No te preocupes —respondió, sonriéndole mientras veía cómo Rojo se apresuraba a salir de la comisaría.

La euforia se apoderó del subinspector. Aquella pequeña victoria había avivado su entusiasmo y en ese momento sentía una oleada de orgullo por el descubrimiento. Mientras se disponía a recoger los documentos que había mostrado al inspector, sus ojos cayeron sobre una lista de direcciones que el superior tenía junto al teclado del ordenador. Aunque sabía que no debía husmear en escritorios ajenos y que podía meterse en un buen lío si lo descubrían, también era consciente de que Rojo guardaba información que podría ser clave en su investigación.

Después de todo, ganarse el respeto de un superior podría allanar el camino hacia el reconocimiento de sus compañeros.

Echó una mirada furtiva a su alrededor, se cercioró de que estaba solo y, acercándose al escritorio, leyó rápidamente la nota. Después, agarró los folios y abandonó el despacho, una chispa de determinación brillando en sus ojos.

12

Estacionó su vehículo en General Lacy y ascendió por las escaleras que conducían a la terraza de la galería comercial. En la planta superior del vasto FNAC que dominaba gran parte del bulevar, se hallaba el Pipers, un lugar con genuino ambiente y apariencia de pub irlandés. Similar a muchos a lo largo de la costa, satisfacía a los lugareños en busca de decoración rústica y cerveza extranjera, así como a los numerosos ingleses que se mostraban desorientados en los bares españoles convencionales.

Desde su primera reunión, el Pipers había sido el escenario elegido por Pérez y Rojo para discutir asuntos que quedaban a micrófono cerrado o, como el inspector solía decir, «los asuntos que no cabían en los márgenes de los informes». La elección del sitio no se debía al grifo de cerveza Guinness, ni al particular encanto del local. En aquel entonces, Rojo era un fumador empedernido, la Comisaría Centro quedaba a unas cuantas calles y el pub ofrecía un rincón lo suficientemente discreto como para hablar con tranquilidad. A pesar de que los tiempos y sus rutinas habían cambiado, seguían aferrándose a las viejas costumbres.

Al entrar en el local, el inspector encontró a su compañero en un rincón del ala izquierda, ocupando su mesa habitual. Pérez hojeaba unos documentos y tomaba sorbos de una pinta de cerveza rubia. Desafortunadamente, el aire acondicionado luchaba en vano contra los treinta y tres grados de la calle y la humedad marina que se colaba por las rendijas de la madera. Rojo saludó al hombre que estaba detrás de la barra y pidió una pinta.

Pérez lo miró y suspiró cuando el inspector estuvo cerca.

—No me mires así. Te he dicho media hora —le espetó Rojo.

—No es por eso, Rojo... —replicó Pérez, deslizando una hoja de papel hacia él, antes de que tomara asiento. Su pinta de cerveza y un tarro de frutos secos llegaron segundos después.

El inspector agradeció el servicio y echó un vistazo a los papeles.

—¿Qué es esto?

—Léelo más tarde. Me estoy jugando el puesto hablando contigo. Debería estar en mi lugar de trabajo.

Las cejas del inspector se arquearon al percibir el tono dramático de su colega. En realidad, nunca sucedía nada grave.

—Agradezco el riesgo... ¿Qué es eso tan importante? ¿Te han dado un toque de atención?

Pérez cogió el vaso y bebió un largo trago, como si necesitara el líquido para liberar lo que llevaba dentro.

—Esta mañana, en la escena del crimen... Has señalado una colilla de cigarrillo.

—Sí.

—Bien... La he recogido como muestra... Nunca se sabe... —dijo, y Rojo también bebió, empezando a sentir la tensión—. ¿Recuerdas la colilla de L&M light que encontraste, hace unos años, en el informe del asesinato de Miguel Díaz...?

—Sí.

—Nunca se presentó en los registros oficiales.

—A lo largo de los años, he entrenado mi mente para borrar los horrores que enfrento a diario. Al tajo, Pérez.

—¿Qué?

—¿Se sabe a quién pertenecen esas colillas o no?

—No hay registro de ese ADN en la base de datos, pero...

—Pero... ¿qué?

—Coinciden.

Un peso se asentó en el estómago del inspector, anclándolo a su silla. Sus ojos se empañaron por un momento.

—¿Te encuentras bien?

Tomó un profundo trago de su bebida, como si buscara refugio en ella. A pesar de la náusea momentánea, se recompuso con un suspiro y retomó la conversación.

—Este lugar es sofocante. No soporto la humedad de esta ciudad.

—Deberías hacerte un análisis de sangre.

—Ya...

—Rojo, escucha. La nota, la colilla...

De repente, Rojo recordó que Pérez había presenciado el mensaje que el asesino había dejado en la escena del crimen. Aunque su mente estaba sobrecargada, trató de conectar los puntos. Ahora, el caso adquiría una perspectiva diferente.

—Podría haber una conexión —intervino el inspector, haciendo eco de lo que Robles le había mencionado antes. No estaba seguro de por qué compartía esa idea sin evidencia concreta, pero sintió una necesidad imperiosa de hacerlo.

—¿Podría?

—Sí, Robles ha desenterrado varios casos antiguos con patrones de ataque similares.

Pérez arqueó una ceja, claramente esperando más detalles. Rojo sabía que tenía que ser cauteloso con lo que compartía. En la comisaría, los rumores volaban más rápido que la luz y eso no siempre beneficiaba a las investigaciones.

—Gracias por compartirlo, Pérez.

—¿No me vas a dar más detalles?

Siempre había habido un tácito intercambio entre ellos: información, rumores... El compañero anhelaba algo de emoción en su rutina, sentirse parte integral de un caso y no solo un técnico más.

—Aún es prematuro para entrar en detalles. Ni siquiera sé si existe la posibilidad de que estos crímenes estén relacionados, pero... espero que no. ¡Qué diablos! Espero con toda mi alma que no exista esa maldita coincidencia.

La mirada de Pérez se iluminó.

—Hay algo más que deberías saber.

—Adelante.

—No puedo oficializarlo.

—Descuida —dijo Rojo, asintiendo con pesadumbre—. No es necesario que lo hagas. Cuando hablo contigo, a veces siento que solo estoy arañando la superficie de algo mucho más grande.

***

Las palabras de Rojo encendieron la curiosidad de Pérez.

—Entonces, ¿hay más en esto? Cuéntamelo, que me tienes en ascuas...

—¿Qué pasa contigo?

—Todo a su tiempo.

—Carajo...

Hubo un breve silencio mientras Rojo consideraba sus palabras. Había mordido el cebo, una vez más. Por supuesto, conocía otros métodos menos laxos para sacarle las palabras, pero, a pesar de la vacilación, sabía que podía confiar en Pérez. Era un buen tipo, quedaban pocos como él y la larga historia de trabajo entre ellos le daba esa certeza.

—A ver... Las incisiones, la forma despiadada en la que la víctima fue mutilada... —Rojo tomó aire, buscando la fuerza para continuar—. Como te he dicho, Robles ha desenterrado algunos casos archivados, con lesiones similares. Ocurrieron hace años, en diferentes pueblos de provincias de otras regiones. Algunas investigaciones se cerraron por falta de pruebas y otras tuvieron juicios. Con un poco de suerte, conseguiremos los informes para entender qué ocurrió, de manera detallada, no como lo cuenta Robles... No es que desconfíe de él, más bien, al contrario. El chaval le está poniendo empeño para ganarse una medalla, pero cuando te esfuerzas demasiado por obtener algo a cambio, pierdes el foco y la cagas.

Pérez se pasó una mano por la barbilla y sus ojos se estrecharon.

—Es extraño... He examinado más escenas del crimen de las que quisiera recordar y no recuerdo haber visto algo así antes.

—Es complejo. Ya te lo he dicho. No ocurrió aquí.

—¿Crees que no tengo vida más allá de la Marina Alta y el Baix Vinalopó? No me fastidies, hombre...

—No seas cazurro. Lo que pretendo explicar es que los crímenes no tienen una cronología clara ni un patrón geográfico. Se han dado en diferentes lugares... Puedes pensar que estoy sobre analizando, pero...

Pérez levantó una mano, sonriendo con ironía.

—Nunca he podido leer tus pensamientos, Rojo. Mi mente no opera como la del resto.

Rojo suspiró.

—En un primer análisis, parece que las piezas no encajan: lapsos temporales, selección aparentemente aleatoria de víctimas... Pero debo reconocer que la metodología del asesino es alarmantemente similar.

—¿Alguna relación espiritual entre ellos?

—Robles no ha encontrado nada al respecto.

—¿Qué hay de los casos que siguen abiertos?

—No lo sé. La mayoría han sido archivados por mandato judicial.

—¿Y sospechosos?

—Solo uno fue detenido... pero se suicidó en prisión.

Pérez chasqueó la lengua.

—Era el amante de una mujer recién divorciada —continuó Rojo.

Pérez ladeó la cabeza, estudiando al compañero.

—Conozco esa mirada. Tienes algo más que compartir.

El inspector se removió en su silla, luego sacó la nota y una fotografía del bolsillo del pantalón y las deslizó sobre la mesa.

Pérez se inclinó para examinarlas. Su rostro se tornó pálido al identificar a una de las personas que aparecían en la imagen.

—Conozco este versículo. Parece una venganza por haberse ido de la lengua.

—Desconocía tu lado creyente.

—Estudié en un colegio de curas... Oye, ese de ahí... —Señaló al tipo de la foto—. ¿No es José Luis Lara? El cartero...

—Exacto.

—¿Quién es el otro?

—Mi labor es averiguarlo. La encontré en la casa, guardada en una caja, junto a un montón de fotografías de mujeres y hombres desnudos y en situaciones comprometidas.

—¿Qué relación crees que tiene con todo esto? La foto tiene años, mira esas pintas...

—No lo sé, pero observa esa cajetilla. Es de la misma marca que la colilla que había en el vaso... Sí, sé que me vas a decir que hay cientos de miles de fumadores que compran la cajetilla azul a diario, pero...

—Pero es que es la maldita verdad, Rojo. Y no lo digo yo. Como especialista, uno debe ser capaz de separar los hechos objetivos y su información, que son las evidencias, de las hipótesis nacidas a raíz de esos hechos. En tu caso, has seleccionado una información que se repite y la estás relacionando, de manera totalmente subjetiva, a una teoría tuya.

—Háblame claro, Pérez.

—Entonces, no uses la ficción conmigo.

—Mira, te contaré una historia... —dijo y le dio un trago a la cerveza para aclararse la garganta—. Hace unos años, después de atrapar a Miguel Díaz, trabajé con el sargento Maqueda, un guardia civil muy recto y metódico, en el caso del asesino de Pinoso. Cogimos a ese cabrón y a su cómplice, que habían sido colegas de Miguel Díaz.

—Me suena.

—Bien, la historia terminó ahí. Un tiempo después, cuando me despedí del sargento, este me entregó un informe clasificado, que incluía tus notas sobre la colilla de L&M light hallada cerca del cuerpo de una de las víctimas de Miguel Díaz.

El rostro de Pérez se endureció, sus ojos se desviaron y en ese momento, el camarero puso una nueva pinta en la mesa, percibiendo, sin duda, el cambio de ambiente entre los dos hombres.

—Rojo...

—¿No te lo esperabas, verdad, cabrón? ¿Por qué me lo ocultaste? —La voz de Rojo subió en un crescendo de furia—. ¡Habla, collons!

La tensión en su grito hizo que los demás clientes en el bar volvieran la cabeza hacia ellos. Pérez parecía abatido y avergonzado.

—Baja la voz, joder...

—Dos años, Pérez. Dos años trabajando en esos casos... Primero con Miguel Díaz, luego con los chicos de Pinoso. Y ahora descubro que había otro implicado, porque no fuiste sincero conmigo.

—Lo siento.

—Maldita sea, Pérez. ¿De qué lado estás?

—Me obligaron, ¿entiendes?

La incredulidad se mezcló con el asco en los ojos de Rojo.

—No se equivoca Ramos cuando dice que eres un llorón. —Hizo una pausa para recobrar el control, consciente de que en la respuesta de Pérez estaba la clave de todo—. ¿Quién te obligó?

—No puedes hacer nada al respecto.

—Dímelo. Necesito saberlo.

—Podrían echarme de la unidad.

—Si no me lo cuentas, me aseguraré de que no puedas ni acercarte a la unidad.

Pérez chasqueó la lengua, vacilante.

—Mira, no sé exactamente cómo explicarlo... —Comenzó, rascándose la frente y la ansiedad era palpable en su voz—. Encontré esa colilla, escribí el informe. Lo hice un viernes por la mañana... Esa misma tarde, el comisario me llamó a mi móvil y me ordenó eliminar esa parte.

Rojo se quedó sin palabras.

—¿El comisario Maruenda? —preguntó, con una punzada de incredulidad y Pérez asintió—. ¿Te explicó por qué?

—La segunda víctima en Alicante había atraído la atención de los medios. Maruenda temía que la investigación se convirtiera en un circo mediático. Estaba convencido de que alguien en el Cuerpo filtraba información. Creía que, si omitía esa parte del informe, la evidencia de una tercera persona pasaría desapercibida y podríamos trabajar sin distracciones. De lo contrario, toda la investigación anterior sería cuestionada.

El inspector se imaginó al comisario, moviendo los hilos para su interés, sin importarle lo demás. La explicación del compañero lo dejó desconcertado y devastado. Podía tener sentido, pero también se le ocultó esa información, siendo el encargado del caso y quien se jugaba el cuello en la calle para atrapar a ese desquiciado.

—Te mintió.

—Le dije que no me sentía cómodo con ello. Que mi trabajo era analizar y reportar lo que encontraba en la escena del crimen, no ser un burócrata, ni hacer conjeturas.

—Y, sin embargo...

—Me puso entre la espada y la pared.

—¿Qué tipo de apuro? —presionó Rojo, pero Pérez se encogió de hombros y bebió de su pinta. Prefería guardar silencio—. Está bien, guárdatelo. No te juzgo, pero recuerda que me debes una.

La ira había disminuido, aun así, en sus ojos todavía se reflejaba la traición. A medida que las palabras se asentaban, Rojo comenzaba a darse cuenta de que algo más grande estaba en juego y él estaba dispuesto a descubrirlo, sin importar el precio.

—No te debo nada. En mi situación, habrías actuado igual.

—Quizá sí, quizá no, Pérez. Lo que está claro es que Maruenda te manejó para encubrir una evidencia clave.

—Espera... —dijo, llevándose una mano al mentón, su semblante reflejando una súbita lucidez—. Si ese informe nunca fue oficial, ¿cómo terminó en manos del sargento?

—Es lo que intento descifrar. Pero el sargento fue apartado del servicio de manera abrupta.

—¿Por qué motivo?

—Baja.

—¿Se quedó pillado, como tú?

—Vete al carajo.

—¿Aún tienes línea directa con él? Hablar con él esclarecería muchas incógnitas...

—Estoy en proceso de localizarlo, aunque no sé si quiero airear el asunto.

—Rojo, piénsalo bien...

—No hay nada que pensar.

—Puede que tú no lo veas, pero es palpable que todavía no te has recuperado mentalmente del todo.

—Vaya, ¿ahora eres terapeuta? —le preguntó con soberbia—. Agradezco tu interés, pero no sabes nada.

—Lo único que sé, es que, posiblemente, esta investigación nos lleve todo el verano y no confío en que tengas plenas facultades para cumplir las exigencias de Maruenda. ¿Estás seguro de que quieres adentrarte en ese juego?

El inspector Rojo miró al vacío un momento, como si estuviera buscando respuestas en algún rincón oculto de su mente. Su vida había estado marcada por la certeza y la decisión, pero esta era una encrucijada como ninguna otra.

—Mis sentimientos o dudas ya no tienen cabida aquí. No eres el único sometido a las presiones del comisario. Acepté el caso y di mi palabra, no hay marcha atrás.

Pérez lo observó detenidamente, midiendo la resolución en su mirada. Bebió un largo trago de su cerveza, tomó aire y se enfrentó directamente al inspector.

—Muy bien. En ese caso, estoy contigo. ¿Cuál es nuestro próximo paso?

Rojo, con una mezcla de alivio y determinación, extrajo la fotografía de la chica del portal y se la mostró.

—Junto con la nota que nos ha dejado y ese símbolo religioso, observa bien esta imagen y dime... ¿qué interpretas en todo esto? Tengo la sensación de que el asesino nos está mandando un mensaje oculto...

13

Al concluir su charla con Pérez frente a la galería, Rojo se quedó inmóvil un instante, asegurándose de que su interlocutor se alejara por completo. Aunque la conversación había clarificado ciertas dudas, también había agitado aguas que prefería en calma. A pesar de sus intentos de negarlo, la conversación con Pérez confirmó lo que había sospechado: algo turbio había estado sucediendo en la comisaría mientras él se concentraba en las últimas investigaciones. No le sorprendió, como tampoco lo hizo que lo pusieran como asesor de manera temporal, con la excusa de su fatiga. Maruenda tramaba algo y tenía a los de Asuntos Internos de su parte. No obstante, no podía bajar la guardia, ni distraerse en un caso como el que manejaba.

Sacando su teléfono, marcó el número de sus padres, su último refugio en tiempos turbulentos. Les pidió que se dirigieran al refugio de su apartamento en la costa. Afortunadamente, desde hacía tiempo, había decidido enviar a su hijo a campamentos en Alemania durante el verano, no solo como una forma de enseñarle autonomía, sino también para mantenerlo alejado de los sombríos secretos de su trabajo.

Estaba resuelto a desentrañar la trama en la que se hallaba inmerso y para ello necesitaba tener la certeza de que los suyos estaban a salvo. Sintió que el tiempo comenzaría a escurrirse entre sus dedos, implacable y urgente, como la arena entre los dedos de un niño en la playa, y eso provocaría que desatendiera el resto de los ámbitos de su vida.

Arrancó la motocicleta y se dirigió a la Comisaría Provincial, con las imágenes de antiguos casos flotando en su mente. No obstante, en este torbellino de recuerdos, la figura de Maqueda parecía omnipresente, eclipsando cada escena.

«Una vez que la semilla del temor se ha plantado en sus mentes, la posibilidad del peor de los finales solo podrá ser más dolorosa», recitó, recordando las palabras del sargento, quien siempre tenía una frase profunda para cada ocasión. En una situación como esa, Maqueda le podía ser de gran ayuda.

Fue un semáforo el que le cortó la secuencia de reflexiones, obligándolo a frenar abruptamente junto a la estación de tren. Un bocinazo le devolvió a la realidad.

—¡Estate atento, gilipollas! —le espetó un conductor desde su vehículo. En circunstancias normales, habría contestado de la misma manera, pero en aquel momento, solo pudo admitir su descuido. A través del visor de su casco, miró hacia la costa, sintiendo un oscuro presagio que teñía todo de un carmesí intenso.

No podía darse el lujo de errar ni de demorarse.

***

Estacionó justo frente a la comisaría y, sin dudarlo, cruzó a la cafetería de enfrente. Se dirigió hacia la máquina expendedora y seleccionó un paquete de Fortuna rojo. Siguió el ritual: el peso del paquete en su mano, el rasgar del precinto y el deslizamiento de la tapa que liberaba el primer cigarrillo. Se lo llevó a la boca y con un encendedor alumbró su extremo. Aspiró profundamente, permitiendo que el humo llenara sus pulmones, sintiendo el ligero vértigo que provoca la nicotina.

Desde su posición, elevó la mirada hacia las escaleras de la comisaría y se topó con la figura del comisario Maruenda. Lo observó salir del edificio y dirigirse a un coche oficial con cristales oscuros. Sus miradas se cruzaron y el superior, en un gesto mecánico, alzó la mano en señal de saludo antes de adentrarse en el vehículo. A pesar de la corta distancia que separaba ambas aceras, entre ellos se extendía un abismo de incertidumbres.

Rojo, con el cigarrillo humeante entre sus dedos, respondió al saludo con un ligero inclinar de cabeza. Mientras observaba alejarse el coche, un mar de dudas lo invadía. Siempre había mantenido sus secretos y pensamientos resguardados, sin confiar plenamente en nadie, y menos en una figura como Maruenda. No obstante, considerar que él pudiera estar inmerso en algo tan turbio era una suposición que desafiaba sus propias creencias.

Se cuestionó si estaba dispuesto a juzgar antes de tiempo.

Cuando el vehículo desapareció de su vista, tomó una última bocanada de humo del cigarrillo y luego lo aplastó contra el suelo. Se disponía a subir las escaleras, cuando una voz interior lo detuvo.

—Has escogido un mal día para retomar el vicio, Rojo.

14

La enigmática frase que el asesino dejó en la escena del crimen rondaba persistentemente en su mente. Si bien intuía que aquel mensaje ocultaba un rompecabezas vinculado al caso, no lograba descifrarlo. El asunto podía ir desde la venganza a cualquier otra causa, pero lo cierto era que el asesino buscaba la justicia. Si esa torre bíblica simbolizaba los peligros del orgullo y la autosuficiencia humanos frente a la voluntad divina, el versículo de Mateo hablaba de justicia.

«Divide y vencerás»... ¿A quién?

De regreso en su despacho, intentó buscar una relación entre la frase y la imagen, pero la combinación no tenía pies ni cabeza y, por más que repasaba cada palabra del mensaje, seguía sin encontrar la clave, sintiendo que navegaba sin rumbo por unas aguas empantanadas.

No podía permitirse dilapidar horas en un enigma. Si ese misterio era esencial para el caso, lo desentrañaría más adelante.

Reunió al equipo en la sala de juntas para repasar los avances. La fatiga y el desgaste eran evidentes en los rostros de Robles y Ramos; no sólo Rojo estaba bajo el escrutinio y la presión de Maruenda. Las paredes parecían absorber la palpable tensión del lugar. A fin de cuentas, pese a ser servidores públicos, eran humanos y el peso de no dar con una solución era aplastante.

Cuando fue el turno de Robles, este presentó un grueso dosier sobre la mesa.

—Pronto no nos quedará espacio para tanto papel... —comentó el superior, bromeando.

—He revisado casos antiguos y, lamentablemente, no poseemos toda la información. A pesar de que en ocasiones colaboramos, gran parte estuvo bajo la jurisdicción de la Guardia Civil.

—Haz una lista de todos los agentes que estuvieron al frente de esos casos, quizá haya algo de utilidad allí.

—Ya lo hice —respondió Robles, extendiendo un documento—. He adelantado ese paso.

Rojo examinó rápidamente la lista. No halló el apellido Maqueda.

—Podría intentar contactarlos, pero nos llevaría tiempo. ¿Has hablado con el comisario al respecto?

Rojo llenó los pulmones.

—No, no he encontrado ocasión... Busca a esos gendarmes, pero no lo conviertas en una prioridad por ahora. ¿Qué hay de ti, Ramos?

Ramos mostró una carpeta roja repleta de documentos.

—Lara no era precisamente un ciudadano modélico al que seguir —empezó con un tono mordaz—. Su afición a la fotografía lo llevó a una doble vida y a un doble oficio: por el día

entregaba cartas, por la noche espiaba y tomaba fotos comprometedoras de otras personas. Lo que en francés llaman voyeur.

—¿Desde cuándo hablas francés?

—No lo hablo —contestó, serio.

—Sigue.

—Revisé su historial personal y profesional... y cuenta con antecedentes de acoso y extorsión. En Correos acumuló varias faltas por desobediencia y por acoso laboral a varios empleados. Lo extraño es que nadie presentó una denuncia contra él. En cuanto a lo personal, tampoco se quedó corto. Varias personas lo denunciaron por acoso, aunque las denuncias fueron retiradas más tarde... ¿La causa? La podéis imaginar. Incluso fue acusado de perseguir y fotografiar a un concejal con su amante, lo que condujo al divorcio de este. Aunque fue absuelto en el juicio, está claro que lucraba con su oscuro pasatiempo.

—Supongo que no era un simple *hobby*.

Robles arqueó una ceja al escuchar aquello.

—Yo también sé idiomas.

—Todo señala a que obtenía un beneficio económico por las fotografías que tomaba, aunque no se pudo demostrar —confirmó Ramos—. Hoy podía estar fotografiando a un político en una situación comprometida y mañana a una joven. De ahí que guardara esa cantidad de imágenes íntimas de tantas personas... Probablemente, eran encargos o las tomaba para después chantajear a las víctimas.

—O para compartirlas con otros usuarios de Internet —aportó Robles y los dos inspectores pusieron su atención en él—. Recordad las últimas noticias sobre ese pedófilo.

—Cascales —especificó Rojo.

—Podría ser que las escaneara y las compartiera. Muchas de las fotos en su ordenador llevan su firma.

—¿Hacia dónde nos dirige todo esto?

—Directo al teléfono —indicó Robles, señalando un objeto—. Descubrimos una tarjeta SIM oculta entre los cojines del sofá. Lara, al parecer, no poseía una línea fija, pero se decantaba por tarjetas prepago que renovaba periódicamente. El equipo de Delitos Informáticos ha recuperado el historial de llamadas y la última es de una línea móvil privada, perteneciente, casualmente, a Ramón Cascales.

—No, por favor —murmuró Rojo—. No sé por qué, pero... ¿no podía ser otra persona?

—¿Cómo no podría ser otra? El sujeto ha sido el foco de atención hace poco y no precisamente por sus hazañas... Es el modelo a seguir de cualquier depredador: profesor carismático, ejemplar padre de familia y, sin embargo, acusado de tráfico de pornografía infantil.

—Vaya giro inesperado.

—Hubo cinco llamadas de Cascales al móvil de Lara, dos días antes de su muerte, de acuerdo con la autopsia. Tres días previos a eso, consta una llamada con una duración de tres minutos.

—Quizás Lara lo chantajeaba y Cascales lo amenazó por este motivo. Al no recibir respuesta a sus llamadas, pudo haber decidido visitarle...

Rojo mostró escepticismo con un gesto. Parecía una trama demasiado emocional para alguien tan calculador. Aunque ahora tenían un sospechoso, no había una conexión clara de inmediato.

Antes de dar un paso en falso, debían asegurarse que la conexión era real y que la víctima y el sospechoso habían tenido alguna clase de contacto previo.

—Que lo traigan. No servirá de mucho porque nos dirá lo que ya sabemos, pero Maruenda estará complacido.

—Pareces escéptico.

—Quizá sea el bochorno, siento que me está cocinando el cerebro...

—Este verano promete ser sofocante.

—Investiga si fuma, qué marca, sus movimientos recientes... Y, claro, no podemos allanar su hogar sin una orden judicial. Supongo que otros se encargarán de su situación legal.

—Podría gestionarlo.

—No, procedamos con precaución. Está en el punto de mira y sería un error acusarlo y desviar el foco de la atención de los medios, aunque puedo estar errado. No quiero que la investigación de los crímenes interfiera en su juicio actual. Eso podría generar cambios en la opinión pública y la defensa de Cascales buscaría la manera de presentarle como una víctima. Si es culpable por ser un degenerado, debe pagar por ello. Mientras tanto, busquemos pruebas que lo relacionen con Lara. Robles, tú sigue con la vía que demuestre un vínculo entre los casos de la Guardia Civil y el de Lara.

—Pero, si me acabas de decir que...

—Ya me has oído.

—Rojo, este individuo es peligroso —replicó Ramos, insatisfecho ante su argumento—. Debemos mantenerlo bajo vigilancia.

—¿Con un juicio en curso? —inquirió Rojo, mirando fijamente a Ramos—. Sería demasiado arriesgado para él y no parece ser el tipo de temerario que buscamos. Pero concedido, tú ganas. Maruenda no se opondrá a ello o tendrá que tragarse sus palabras. Asigna un equipo para vigilarlo las veinticuatro horas... Eso nos dará ventaja para pensar con claridad. En el momento adecuado, lo traeremos aquí y lo presionaremos hasta que hable. Si aún le queda algo de integridad y preocupación por su familia, nos dará las respuestas.

—¿Cuáles son...?

—Llegarán a su debido tiempo.

—No disponemos de eso.

—Lamentablemente, sólo hay un montón de incógnitas esparcidas por un tablero... Necesitamos encontrar más rastros. Hasta la fecha, lo único seguro es que buscamos a un asesino fumador, con delirios de grandeza y con la audacia de retar a toda una comisaría. Lara es nuestro primer indicio y en su hogar se encuentra un mensaje que debemos comprender. Es nuestra conexión. Nos corresponde descifrar el mensaje a tiempo... o esperar a que el asesino vuelva a actuar.

***

Después de la reunión, Robles se dirigió de regreso a su escritorio, mientras Rojo echaba un vistazo al reloj en la pared. Quería hablar en privado con el subinspector, lejos de las miradas y los oídos indiscretos del resto del equipo. La línea de investigación que Robles estaba siguiendo era vital para Rojo, quien deseaba profundizar en lo que se había descubierto sobre los casos

archivados por la Guardia Civil y explorar posibles conexiones entre eventos pasados y actuales. Pero no quería arriesgarse a parecer un entusiasta y estaba seguro de que eso era exactamente lo que ocurriría, si sus pensamientos llegaban a oídos del comisario Maruenda. Sabía que podía confiar en Ramos, pero también era consciente de que Maruenda tenía la costumbre de interrogar a los agentes a sus espaldas. El mínimo desliz podría ser utilizado como pretexto para apartarlo de la investigación, en un esfuerzo por evitar escándalos.

Rojo siguió con la mirada a Robles mientras éste se dirigía a su puesto de trabajo, luego apagó su monitor y dejó el montón de informes en su escritorio.

—Robles, ¿qué te parece un café? —preguntó, intentando sonar casual.

La mirada de Robles respondió por él y estaba claro que tenía algo más en mente.

—Necesito salir un momento —respondió, un poco evasivo.

—¿Te va mal ahora?

—¿Es realmente urgente?

—Podría serlo —insistió Rojo.

La cara de Robles se contrajo en una mezcla de duda e incomodidad, tratando de encontrar una manera de eludir la petición.

—¿Te importaría si lo dejamos para más tarde? Regresaré en una hora —propuso.

Rojo soltó una risa nasal, sospechando que la situación no era exactamente crítica.

—¿Una cita? —aventuró, con una sonrisa juguetona.

Robles se sonrojó ligeramente.

—Algo así...

—Está bien, nos vemos más tarde —concedió el inspector y Robles le agradeció con una sonrisa, antes de dirigirse hacia las escaleras.

Ramos, observando la escena desde su escritorio, comentó:

—Algún día aprenderá...

—¿Aprenderá qué? —preguntó Rojo, girándose hacia su compañero.

—Que este trabajo debe estar por encima de todo lo demás —respondió Ramos, con una mirada seria—. Si te confías y bajas la guardia...

—Eres un cazador cazado.

Ramos asintió y se dio la vuelta para regresar a su labor. Rojo asintió en silencio, reflexionando sobre las prioridades y los sacrificios que a menudo exigía la profesión. La vida personal, como la de Robles, siempre estaba en una delicada balanza con las responsabilidades del trabajo, pero los años le habían enseñado que el equilibrio era un invento de la cultura moderna.

15

La penumbra se extendía y el inspector Rojo buscaba un lugar alejado del bullicio policial, un rincón donde pudiera desentrañar sus pensamientos lejos de la sombra de Maruenda.

Llegó a su casa, aparcó la moto y optó por dirigirse al bar Guillermo, en busca de una cena sencilla. El local tenía un ajetreo moderado: ni repleto, ni desolado. La oleada de turistas de diversas procedencias solía desplazar a los parroquianos habituales, durante los meses más cálidos.

Al entrar, sus ojos se cruzaron con los de un camarero familiar. Con un gesto discreto, el joven le indicó que aguardara un instante y señaló un espacio en la barra. Rojo decidió esperar fuera, encendiendo un cigarrillo, sumergiéndose en sus reflexiones.

—¿Tienes fuego? —la pregunta de una voz femenina lo sacó de su ensimismamiento. La miró: una mujer morena, con una apariencia atemporal que desafiaba los años. Su rostro le resultaba vagamente familiar. Vestía con sencillez, pero lo que verdaderamente captó su atención fueron esos ojos de color ámbar, profundos y enigmáticos.

Sin pronunciar palabra, Rojo le ofreció su mechero encendido. Ella se acercó, prendió el cigarrillo, luego sus miradas se encontraron por un instante.

—¡Gracias! —dijo ella con una sonrisa sutil, alejándose un poco—. ¿Te conozco de algo?

—No creo.

—Tu cara me resulta familiar...

—Seguramente te equivocas.

—Parece que vienes solo, ¿verdad?

Rojo sonrió con cierta ironía interior. Tras años de interpretar todo el tipo de expresiones en los rostros de los sospechosos, leer a la gente en situaciones cotidianas se había vuelto casi un juego para él.

—Así es —contestó, sosteniendo su mirada, instándola a continuar.

—Con la afluencia de turistas, es complicado conseguir mesa sin reserva.

Desde el interior del bar, el camarero le hizo una señal, indicando que solo sería un poco más de espera. Rojo asintió en reconocimiento.

—¿Y tú? —preguntó, con un deje juguetón—. Parece que también disfrutas de la soledad esta noche.

Ella sonrió con cierta picardía.

—Quizá estés equivocado y esté esperando a alguien.

Rojo se encogió de hombros con confianza.

—Dudo que ese sea el caso. Sé lo que veo.

Su comentario resultó ser un imán. Se mostraba indiferente, pero algo en ella despertaba su curiosidad. La mujer entrecerró los ojos y lo observó con una mezcla de desconcierto y diversión. La actitud algo altiva del inspector había logrado capturar su interés de una manera inesperada.

—¿Qué te crees, que eres el centro del universo? —interrogó, con un deje coqueto y provocador en su voz.

Justo en ese instante, el camarero le hizo una señal para que supiera que su mesa estaba lista. Rojo apagó su cigarrillo con un gesto decidido y se dirigió hacia la entrada.

—Mira, no tengo toda la noche. ¿Te apuntas o prefieres seguir aquí afuera?

Ella parpadeó, claramente sorprendida.

—¿Qué? Alucino contigo...

—Tengo una mesa, pero el tiempo no sobra —explicó, apuntando hacia la barra en el interior —. No me importa compartirla contigo, así que puedes unirte a mí para cenar... o esperar por una mesa disponible. La decisión es tuya.

Tomada por sorpresa por la propuesta del inspector, tardó un momento en reaccionar. Finalmente, apagó su cigarrillo y asintió. Sin embargo, justo antes de entrar, lo detuvo tocándole un brazo.

—Una cosa...

—Dime.

—No pienso compartir mesa con alguien cuyo nombre desconozco.

El inspector esbozó una sonrisa genuina, extendiendo su mano en un gesto amistoso.

—Mis disculpas... haber empezado por ahí —dijo mientras ella tomaba su mano en un firme apretón—. Soy Rojo. Un placer...

16

Aunque no era exactamente una cita, Rojo esperaba que la compañía de esa mujer le ayudara a distanciarse un poco del ajetreo policial. Hacía mucho que no había compartido tiempo con alguien ajeno a su mundo entre agentes y criminales. De vez en cuando, sumergirse en conversaciones más triviales, en ese entorno donde las preocupaciones eran más cotidianas, no venía mal.

Anticipándose a su elección, pidió un par de cervezas y señaló el último taburete libre a su lado. Ella parecía simultáneamente relajada y sorprendida. Era evidente que Rojo no la dejaba indiferente; algo en él siempre captaba la atención y raramente pasaba desapercibido. Pero lo que quizá no anticipó fue el blindaje emocional que lo rodeaba, dejando a la vista solo lo que él deseaba mostrar.

—Veo que estás acostumbrado a llevar las riendas y actuar a tu antojo —comentó ella, observándolo de arriba abajo.

Rojo sonrió irónicamente.

—Qué decepcionante...

—Escucha —empezó ella, bajando del taburete con decisión—, que haya aceptado venir, no significa que tolere actitudes arrogantes. Quizá debería buscarme otro lugar. Disfruto mi propia compañía...

Rápidamente, Rojo se interpuso en su camino.

—Lamento mi actitud; ha sido un día largo y difícil.

—No es excusa para desquitarte con los demás.

—Dame otra oportunidad. Empecemos de cero —sugirió él, justo cuando el camarero llegó con las cervezas. Reconoció que no era justo que ella se llevase el peso de sus frustraciones. Después de todo, la idea era que esa noche fuera un escape de todo eso.

La mujer pareció dudar por un momento, antes de volver con cierta cautela a su taburete. Rojo sintió la firmeza con la que ella había marcado sus límites.

Tras un sorbo a sus cervezas, sus ojos se encontraron, sosteniendo una mirada intensa y cargada de curiosidad.

Finalmente, ella rompió el silencio, inclinando la cabeza con un toque juguetón.

—Así que Rojo... ¿Qué tipo de nombre es ese?

***

La noche avanzó con la facilidad de dos almas que chocan por casualidad, guiadas por un imán de atracción inesperada. Pero para él era un encuentro sin antecedentes; no recordaba haberla visto antes, a diferencia de lo que ella decía. Y, en efecto, Laura sí se acordaba de él. Era oncóloga en el Hospital de Alicante y había visitado la comisaría esa mañana, para renovar su pasaporte, cuando el inspector se había cruzado brevemente en su camino.

Ella era la mujer a la que había preguntado si la niña era su hija, pero él no recordaba haber hecho tal cosa.

—Ahora soy yo la que se siente decepcionada...

—No lo tomes como algo personal. Las mañanas no son lo mío.

Rojo frunció el ceño, intentando recuperar ese recuerdo, pero, en cambio, se perdió en el contraste de su apariencia: más cercana a una roquera rebelde que a una profesional de la medicina.

Mientras conversaban, reveló el porqué de su insólito apellido y, aunque le costó un poco, confesó su profesión. Se mantuvo evasivo sobre detalles específicos; después de todo, para él, Laura era una figura que había emergido de la penumbra de un bar. La llegada de unas croquetas de jamón y ensaladilla rusa aligeró el ambiente. Como siempre, Rojo dejaba que la otra persona liderara la conversación, y sus respuestas breves y meditadas evidenciaban las capas protectoras que había construido alrededor de su interior.

—No eres muy hablador, ¿verdad? —comentó Laura, con una sonrisa irónica.

—He escuchado de todo en mi vida... y sí, tiendo a ser conciso.

Ella ladeó la cabeza, curiosa.

—¿En todo?

Rojo sonrió pícaramente.

—No en todo. —Tras dar un sorbo a su cerveza, lanzó su propia pregunta—: Dime, Laura, ¿cuál es tu «error»?

Ella frunció el ceño.

—¿Error?

—Descuida, no te estoy juzgando. Todos tenemos uno o varios. Algunos son evidentes, otros están cuidadosamente ocultos. Pero no consigo advertir el tuyo... Atractiva, buena presencia, buen trabajo, sin hijos... Pareces tenerlo todo... Pero me atrevería a decir que intimidas a los hombres.

La observación franca y astuta de Rojo la descolocó.

—¿Cómo sabes que no tengo hijos?

—Intuición —respondió y añadió después—: Yo tengo uno.

Laura asintió, reflexiva, luego bebió.

—Quizás estés en lo correcto. No tengo paciencia para hombres indecisos o tímidos. Y eso parece ser un obstáculo para muchos.

Rojo esbozó una sonrisa enigmática y terminó su cerveza.

Al pedir la cuenta, intentó cubrir ambos gastos, pero Laura intervino, asegurándose de pagar lo suyo.

—Te lo he advertido antes —señaló ella.

—Y lo tengo en cuenta —respondió él, con un tono ligero, sin oponerse.

Sin ganas de debatir el punto, dejó algunas monedas adicionales como propina. Al salir del bar Guillermo, un manto de calma cubría la calle, a pesar del murmullo distante del tráfico en una carretera cercana que desembocaba en la rambla. El inspector se marchaba con una buena sensación en el cuerpo, algo que no era fácil de lograr, después de todo el sosiego de los últimos meses en la comisaría.

—Cena inusual, inspector —comentó Laura, sacando un cigarrillo de su bolsillo, con la expectativa de que él le ofreciera fuego.

Él la miró con sorpresa.

—Creía que los médicos no fumaban. —Luego se encendió uno para él—. Supongo que es una noche llena de decepciones para todos.

Ella sonrió ladinamente antes de responder:

—Una cosa es la profesión y otra lo que hago fuera de ella. Al final del día, no dejo de ser humana.

—Quisiera poder decir lo mismo —murmuró él—. ¿Qué tal una copa?

—Mañana es día laboral.

—Para mí también —replicó él—, pero eso nunca ha sido un obstáculo, ni una excusa.

Laura miró dubitativamente a su alrededor, moviendo sus manos como si quisiera expresar que no era ni el lugar ni el momento.

—¿Tienes algún sitio en mente?

Él sonrió con picardía.

—Mi casa.

—Debes de estar de coña...

—No —dijo y sonrió, soltando una fuerte bocanada—. Hablo muy en serio. No conozco un sitio mejor.

17

Antes de que el resplandor del amanecer se filtrara a través de las cortinas y el añejo despertador de pilas comenzara a sonar, Laura ya había abandonado el apartamento. Rojo descansaba aún en la cama, consciente de su marcha, pero eligiendo mantenerse en el reconfortante limbo entre el sueño y la vigilia. Aquella noche, por primera vez en lo que parecía una eternidad, había dormido plácidamente, sin los acostumbrados fantasmas de la noche que solían interrumpir su descanso. Aunque la intimidad compartida había sido reconfortante, una corazonada le decía que no la vería de nuevo. Su vida amorosa, hacía mucho tiempo que se había convertido en un caleidoscopio de encuentros efímeros, ninguno de los cuales lograba superar la barrera de las primeras citas. Sabía que el problema no radicaba en la fatalidad ni en su trabajo. Simplemente, no estaba listo para cederle espacio a alguien más en su vida.

En un acto reflejo, se levantó y fue a buscar sus efectos personales en la mesilla. Allí, como un tótem que le recordaba su misión, yacía el cuaderno que había tomado del escritorio de José Luis Lara. No lo había soltado en todo ese tiempo, pero tampoco había tenido el coraje de examinarlo detalladamente. Se sentó, apoyando su espalda en el cabecero y volvió a abrir el cuaderno, quedándose absorto en las frases garabateadas.

Primero, intentó leer lo que decían, pero no había modo de terminar las frases por la mala caligrafía. Pasó las páginas y encontró un dado trucado, con el seis en todas las caras. Podía indicar algo importante, o ser un elemento para distraer su atención. Recordó la frase bíblica y trató de unir lo que tenía a todo aquello. Después se fijó en unos números que había escritos en una esquina del cuaderno. Reconoció las cifras, eran un 11 y un 6.

«¿Qué diablos...?».

De pronto, un ruido sordo y distante lo arrancó de su introspección.

Con una agilidad sorprendente, dejó el cuaderno y se agachó para recoger el arma del cinturón que colgaba de la silla. Esperó unos segundos, concentrado en la inmensidad del silencio y volvió a percibir los movimientos. Siguió el sonido con cautela, alerta y preparado para encontrarse con cualquier cosa, hasta que se asomó a la puerta de la cocina. En ese momento, sintió un gran alivio al comprobar que el causante de su sobresalto no era otro que la puerta de la galería, que se había dejado abierta y chocaba suavemente por efecto del viento.

Suspiró apaciguado y murmuró para sí mismo:

«Necesitas bajar el ritmo...».

Acto seguido, pensó que un café fuerte lo ayudaría a despejar la mente y se dirigió a la cocina. Pero, mientras se llenaba un vaso de agua para ingerir dos aspirinas de un golpe, un papel

pegado a la nevera captó su atención.

Era una nota de Laura, sostenida por un imán.

«Si te apetece, llámame. A la vieja usanza».

Una sonrisa involuntaria se dibujó en su rostro y una vocecita en su cabeza le recriminó que se había equivocado.

«Tienes que afinar tu sexto sentido, Rojo».

Al entrar en el salón, encontró testigos mudos de la noche anterior: una botella de Johnny Walker a medio vaciar, dos vasos manchados y un cenicero lleno de colillas. Sin perder tiempo, limpió el desorden y llevó todo a la cocina. Luego, dejó que las primeras luces del día invadieran la estancia al abrir las persianas y las ventanas, anticipándose al calor que pronto dominaría el ambiente.

El sonido familiar de la cafetera lo llevó de vuelta a la cocina. Se sirvió el café en una taza alargada, dejando que su aroma le devolviera algo de energía. A pesar de sentir el peso del cansancio, su mente estaba lúcida, lista para zambullirse en el laberinto del caso. Un sorbo del líquido caliente le confirmó que pronto se sentiría más despierto.

Con la taza en mano, volvió al dormitorio y buscó aquella inquietante fotografía de Lara con el desconocido. Al verla, un torbellino de pensamientos lo embargó. ¿Dónde estaría el escondite de ese desgraciado?, se cuestionó, confiado en que debían presionar a la vecina para que les contara la verdad. Era probable que el estudio de revelado les diera más información sobre el crimen. Luego pensó que también podría estar equivocado, pero necesitaba aferrarse a una pista. Antes de lo que imaginaba, Maruenda llamaría a su teléfono, exigiendo explicaciones. Pronto habrían pasado veinticuatro horas desde la reunión que habían tenido en su despacho y, a partir de entonces, al comisario le ponían nervioso los silencios de radio. Por su parte, el inspector era consciente que su trayectoria y su manera de actuar en las ruedas de prensa, lo habían convertido en un imán para la atención mediática, un magnetismo que no siempre le beneficiaba a la hora de trabajar. No era el mejor inspector, pero sí el que más titulares ocupaba.

Reflexionando sobre su pasado, consideró que quizás aquel sería el último caso en el que trabajaría, por una buena temporada.

Con el café y el cigarrillo como compañeros, se dejó llevar por un torbellino de recuerdos y especulaciones. Recordó a Pérez, la pieza clave del rompecabezas que había guardado en secreto y la sospechosa intervención del comisario.

«¿Por qué lo ocultarías, Maruenda? No sé a quién pretendías engañar con esa excusa de tres al cuarto».

Fumó y sopesó que debían señalar un sospechoso antes de que lo señalaran a él, pero no quería apresurarse. De hacerlo, lo tenía fácil. Ni siquiera necesitaba probar nada, pues tan sólo debía citar a Cascales en la comisaría para que hablara de manera cordial, al mismo tiempo que enviaba un soplo a la redacción del periódico más importante de la comarca. En cuestión de horas, sabía que la carroñeros informativos se encargarían del resto.

Pero, debía tener en cuenta que, aunque ese degenerado mereciera la vejación, sus actos también lo convertirían en verdugo.

Mirando a lo lejos por la ventana del salón, preguntó al viento:

«¿Fue un error o un acierto, que acepté el caso?».

Sus ojos se detuvieron en la deteriorada fachada del cuartel de la Guardia Civil, que estaba al final de la calle. Entonces recordó que la conversación con el coronel Barceló no le dio motivos para seguir adelante.

«¡Maldición, busca un motivo para demostrarles que están equivocados!».

Porque de eso iba su vida, de probar a los demás que erraban.

Y porque la alternativa de Maqueda, abrazándose a la derrota, al alcohol y a los antidepresivos, lo llevaría a la sepultura.

De repente, el zumbido de su teléfono lo trajo de regreso al presente. La llamada era de Robles.

—¿Sí? —respondió con voz firme, a pesar de las distracciones anteriores.

—¿Tienes planeado venir a la comisaría hoy?

—Depende... ¿Quién lo demanda?

Robles suspiró.

—Hemos avanzado en la investigación.

—Necesito que hagas algo por mí. ¿Recuerdas la caja de fotografías que encontramos?

—Por supuesto. Tú dirás.

—Averigua quién es la joven que aparece en el portal con el chico. Me suena su rostro y no sé de qué.

—La recuerdo. ¿Qué has averiguado?

—Nada, pero hay un número que me mosquea. Este coincide con la hora que aparece en el reflejo de esa fotografía.

—Entiendo —respondió con cautela. No quería poner a prueba al superior, cuestionando su teoría sobre el mensaje oculto del asesino—. Pediré a alguien que rastree su identidad.

—¿Habéis hablado con la vecina?

—No. He estado ocupado.

—Estupendo, no tardaré en llegar... ¿Hay algo que debiera saber?

—Sí. Hay algo que necesitas ver. Es urgente.

18

La llamada le cortó la respiración momentáneamente. De repente, su hogar, un lugar habitualmente cálido, se sintió gélido y desolado. Sin dilación, prendió la radio para escuchar las noticias matutinas. El caso del profesor acusado de pedofilia ocupaba las ondas. A Rojo le hubiera gustado escuchar que Cascales había sido declarado culpable y que pasaría una larga temporada tras las rejas. Sin embargo, el enfoque actual lo constituía la abogada, quien defendía con vehemencia a su cliente, convirtiéndolo en el centro de atención mediática con claras intenciones de influir en el veredicto del jurado.

—Mi cliente es inocente —insistía la defensora, con voz firme—. ¿Quién no ha descargado algo de Internet para encontrarse con contenido no deseado?

—A tu cliente deberían cortarle las manos —musitó Rojo con desprecio hacia la radio.

—Con esa lógica, la mayoría de los españoles serían entonces culpables del mismo delito que se le atribuye al señor Cascales... —respondió el presentador.

—Entonces, ¿me está dando la razón o no? —preguntó ella con descaro.

Con un gesto de frustración, Rojo apagó el aparato.

Las emociones lo enajenaban, pero agradecía que el acusado estuviera aún disponible para el interrogatorio. Tratando de distraerse, se sumergió bajo una ducha fría, intentando aliviar la persistente jaqueca y la resaca que amenazaban con nublarle el juicio. Finalizada la ducha, ingirió una tercera aspirina y optó por su atuendo cotidiano: camiseta y vaqueros. En la cocina, tomó la nota con el número de aquella mujer. El miedo de volver a los tiempos oscuros de su pasado lo atormentaba. Aunque sabía que Laura no sería su salvación, quizás su presencia le ofreciera algo de estabilidad mientras navegaba entre la cordura y el caos.

En ese instante, sus pensamientos volvieron a Maqueda.

¿Dónde estaría? ¿Seguiría con vida? ¿Por qué había desaparecido sin luchar por su puesto?, se preguntaba sin cese.

Rojo detestaba los misterios no resueltos y la manera en que Maqueda obtuvo aquel informe confidencial le carcomía la mente. Lamentó no haber ahondado en el tema cuando tuvo la oportunidad y se reprendió por las oportunidades perdidas. Pero aún era temprano para tomar conclusiones. Sin embargo, no podía ignorar la sombra de sospecha que se cernía sobre el comisario y su posible intento de manipulación.

Se miró al espejo, con los ojos inquisitivos.

«¿Es eso lo que realmente está ocurriendo?», se interrogó, sintiendo cómo la ansiedad podía estar desviándolo de la verdad. Sabía que no podía permitirse estar sumido en esa incertidumbre

por mucho más tiempo, especialmente si quería navegar con éxito por el laberinto en el que se encontraba.

Antes de marchar hacia la comisaría, lanzó una mirada melancólica al salón, percibiendo que, una vez que cruzara el umbral, nada sería igual.

«Quizás nunca lo fue», reflexionó en silencio.

Después tomó sus gafas de sol estilo aviador y cerró tras de sí la puerta del apartamento.

Desde el oscuro recinto del garaje, las luces del Ford Focus rompieron la penumbra mientras se deslizaba suavemente hacia la salida. El ronco rugido del motor resonaba entre las paredes, dándole un matiz poderoso a la atmósfera. Puso rumbo a la Comisaría Provincial, cuando las calles todavía estaban mojadas por el rocío matinal y reflejaban los primeros destellos del día. A pesar de la diversión de la noche anterior y de la jaqueca que intentaba invadir su mente, la triple aspirina había hecho su trabajo y para ese momento, su pensamiento estaba completamente enfocado en el caso, dejando a Laura en un rincón distante de su memoria.

El estéreo del coche emitía distorsiones de una cinta antigua que reproducía clásicos del rock duro, riffs eléctricos que alimentaban su adrenalina. Con un toque en el dial, sintonizó la radio local, buscando las noticias matutinas para tener una idea clara del pulso de la ciudad antes de entrar a trabajar. Los comentarios de los locutores solían ser una ventana a la percepción pública. Sintió un alivio pasajero al darse cuenta de que únicamente un breve segmento mencionaba la muerte del cartero, sin ahondar en detalles incómodos. Una imagen de Robles cruzó su mente. ¿Había sido demasiado crítico con él por hablar con esa periodista?, se preguntó. Después de todo, esa reportera tenía la astucia de una víbora, siempre lista para la primicia.

A escasos metros de la comisaría, maniobró su vehículo con destreza hasta el espacio de estacionamiento reservado para el personal policial. Al entrar en la oficina, sus ojos se encontraron con la familiar escena de Robles y Ramos, ambos absortos en su trabajo, cada uno en su propio mundo. Hizo una pausa, estudiándolos detenidamente, sintiendo en el aire la tensión y la carga de la jornada que les esperaba. Robles, al percatarse de su presencia, levantó la mirada y cruzaron una mirada cargada de entendimiento.

Con un sutil gesto de su mano, el inspector le indicó que convocara a Ramos para una reunión en el despacho.

***

—¡Cierra la puerta, por favor! —ordenó Rojo a Ramos con un tono severo, siendo este el último en entrar en la habitación. Los subalternos tomaron asiento frente a su superior, cuyo semblante no era precisamente alentador esa mañana—. Ponedme al día. Quiero un resumen.

Ramos frunció el ceño al observar las profundas ojeras de su jefe.

—No tienes muy buena cara —observó.

—Las he tenido peores —replicó Rojo con un destello de humor—. ¿Qué tenéis?

—A primera vista, nada demasiado llamativo —respondió el subinspector, ajustándose en su silla—. Sin embargo, los del departamento de tecnología han hallado algunos aspectos peculiares sobre la víctima.

Rojo dirigió una mirada penetrante a Robles.

—Te escuchamos.

Ramos carraspeó, mostrando su seriedad y deslizó unos documentos sobre el escritorio del inspector.

—El ordenador que encontramos no era tan antiguo como parecía. La víctima lo disfrazaba de chatarra, pero estaba actualizado para navegar con una distribución precargada, sin necesidad de instalación.

Rojo frunció el ceño, su paciencia estaba desgastándose.

—Por favor, en términos que pueda entender...

Ramos chasqueó la lengua, buscando simplificar.

—Usaba un sistema moderno que se puede iniciar desde un lápiz de memoria o un disco. Aunque pareciera una antigualla, estaba perfectamente utilizable.

—Gracias por la aclaración, pero... ¿por qué debería importarme esto? —inquirió Rojo con una mezcla de curiosidad e impaciencia.

El compañero señaló los folios con un gesto experto.

—Tomó muchas precauciones para no dejar huellas, pero olvidó borrar el historial de las transferencias que hacía a través de PayPal. Son pagos recibidos por distintos artículos... Ropa, muebles, cámaras... Creemos que es una tapadera.

—¿Para qué?

La mirada de Ramos se agudizó y su tono tomó un matiz de triunfo.

—Además de acosar a los vecinos, Lara vendía estos datos a terceras personas. Su colección de discos de música era en realidad una base de datos meticulosamente creada a lo largo de los años.

—Una base de datos de fotografías y documentos personales de alta sensibilidad...

—Sí, ingenioso —interrumpió Ramos, anticipándose a la pregunta.

—Es un delito —apuntó Robles, ganándose miradas burlonas por lo obvio de su declaración.

Ramos, sintiéndose en control, se frotó las manos y se reclinó en su silla.

—Las transacciones son de usuarios registrados en España. Si conseguimos la orden del juez, podríamos acceder a las direcciones IP...

—La empresa que emite los cobros, está en Irlanda...

Rojo, visiblemente desconcertado, interrumpió.

—Esperad, esperad... ¿De qué demonios habláis ahora...? Nadie va a pedir una orden a ningún juez —Sus palabras estaban llenas de frustración y desconcierto, pero también de un interés creciente por descubrir hasta dónde llegaba la complejidad del caso—. Os estáis desviando de lo que realmente importa...

Pero Ramos continuó, su voz descendiendo gradualmente hasta un murmullo casi inaudible.

—Lo que pretendo explicar, es que, si conseguimos esa orden y localizamos el origen de las direcciones IP, esto nos daría pistas sobre quiénes están detrás. Sería un atajo hacia la verdad.

—No vamos a arrastrar a cada uno de esos individuos hasta aquí para un interrogatorio.

—Pero...

—Además, el tráfico de datos no es nuestro objetivo aquí.

—No estamos hablando de simples datos. Son fotografías tomadas sin permiso. Es un ángulo al que considerar, inspector.

—Robles, ¿tienes algo que añadir?

—Estamos ante un caso amplio y con muchos hilos sueltos.

—Lástima que el caso no entienda de tiempo. ¿Qué le doy al jefe?

Ramos lanzó una mirada cargada de impaciencia.

—Si quiere un informe conciso, que nos deje trabajar.

—Sigue soñando —indicó Rojo con un tono que pedía paciencia—. ¿Qué encontraste sobre los asesinatos que discutimos ayer?

—Hay patrones comunes en las víctimas.

—Explícate.

Robles respiró hondo.

—Todas las víctimas tienen ciertos... pecados en su pasado, aunque no sabemos si el asesino los conocía. Desde un punto de vista moral, estas personas hicieron cosas reprobables en algún momento de sus vidas...

Rojo suspiró con frustración.

—Hoy estáis dando demasiados rodeos y no tengo la cabeza para más acertijos...

—Crímenes menores, deudas, traiciones, abusos de poder... —Robles enumeró rápidamente, pero la mente de Rojo ya se había desviado hacia otro caso previo plagado de matices religiosos y asesinatos justificados por las creencias del perpetrador.

—¿Continúo?

—No —interrumpió Rojo, volviendo al aquí y ahora—. Vale. Ahora sospechamos que el asesino ajusticiaba a sus víctimas. ¿Qué hay de la joven embarazada?

—Aún es un misterio. Su pasado parece limpio y su familia ha sido reticente.

—Bien. —Rojo percibió la tensión de la pareja esperando sus palabras—. Tenemos datos, pero no lo suficiente para dividirnos en múltiples líneas de investigación.

—Deberíamos interrogar a ese sospechoso —sugirió Robles con firmeza—. Conocía a la víctima.

—Es una pérdida de tiempo. No dirá nada —replicó Ramos, generando una mirada fulminante en Robles—. Su abogada lo ha puesto en el ojo del huracán y ahora las cadenas nacionales lo quieren en la televisión.

—Es un despiadado.

—Vivimos en un país de morbosos.

—Necesitamos abordar todas las posibilidades —afirmó Rojo, intentando mediar entre ambos—. Lo último que queremos es que nuestro homicida vuelva a atacar. Si es un crimen aislado, lo manejaremos. Aunque temo que no lo sea. Esto se complica demasiado...

—¿Qué propones?

Rojo sacó la foto de la joven y la nota que habían descubierto.

—¿Has localizado a esta muchacha?

—Sí. Es Lorena Jiménez Pascual.

—Quiero que la interroguéis lo más pronto posible.

—Me temo que será imposible hacerlo.

Rojo lo miró desconcertado.

—¿Se la ha tragado la tierra?

—No... Falleció hace un tiempo. La atropellaron en un accidente de tráfico.

La sorpresa se dibujó en los rostros de los inspectores al descubrir la evidencia oculta.

—Mierda, la hora —pensó Rojo en voz alta—. El reloj que se refleja en la fotografía... ¿A qué hora la atropellaron?

—No lo sé, inspector... Tendré que buscarlo.

—Hazlo. ¿Con quién has hablado?

El acoso de preguntas desconcertaba a los compañeros.

—Con el padre. No se ha mostrado muy predispuesto a eso. La familia aún no ha superado lo que sucedió.

—Me gustaría hablar con él en persona. Los números de la hora coinciden con los que había en el cuaderno y quizá apunten a una fecha, a un detalle que se nos escapa... Parece que el asesino quería dejar un mensaje para todos —observó Rojo.

—¿Puedo? —intervino Ramos, estudiando la cara de la joven en la foto—. Ahora que lo pienso, estoy convencido de que la he visto antes.

Rojo se acarició la barbilla, mientras Robles lo miraba confundido.

—Esto ocurrió hace años... Su cara llenó las portadas de los diarios. Si mal no recuerdo, fue víctima de un atropello.

—Es lo mismo que acabo de decir hace unos segundos —espetó Robles.

—No, me refiero a que el caso fue muy sonado.

La memoria de Rojo lo dirigió a las revistas que habían encontrado encima del sofá. En uno de aquellos suplementos, había leído sobre el suceso de la joven.

—Eso también estaba en el salón, en uno de los dominicales que había tirados por los muebles.

—Dios... —lamentó Ramos, dejando la fotografía en el escritorio.

—Robles, investiga si existe algún indicio que confirme la relación entre Cascales y Lara —ordenó Rojo—. Puede que ella también esté relacionada con el caso de Cascales...

—Entendido.

—En cuanto a Lara, tengo la sospecha de que la víctima y el asesino tenían algún tipo de relación. Tal vez estaba vinculada con la compraventa de información... o tal vez no. Al fin y al cabo, el asesino entró en el apartamento y se sentó a fumar con Lara, antes de matarlo. Pero lo que más me preocupa es la manera en que asesinó al hombre y su similitud con crímenes anteriores. No creo en las casualidades y llevo demasiado tiempo en esto como para no reconocer la obra de un demente. Estoy convencido de que actuará de nuevo.

—¿Cuándo?

—Eso es lo que quiere, jugar con nosotros. No lo sabemos aún, pero debemos descubrirlo antes de que lo haga —explicó Rojo, dirigiéndose a sus subordinados—. Robles, convence al padre para que venga de manera voluntaria. Ramos, sigue el rastro de las transferencias y localiza a ese monstruo. Quizás pueda ofrecernos algo útil.

—Lo tendré listo —asintió Ramos.

—¿Y qué hacemos con Maruenda? —preguntó Robles.

—¿A qué te refieres?

—Está impaciente por una actualización.

—Me ocuparé de ello, pero que esto quede entre nosotros hasta que os dé la orden —afirmó Rojo con firmeza, poniéndose de pie—. Centraos en vuestras tareas. Nos vemos por la tarde.

Ramos fue el primero en salir y Robles pareció dudar antes de irse.

—Inspector...

—¿Sí?

—Nada. Olvídalo. No es importante. —Robles se marchó, dejando a Rojo contemplando la puerta cerrada, preguntándose qué palabras se había guardado.

Sentado ante la pantalla de su ordenador, Rojo reflexionó sobre su carrera y una conversación lejana con Maqueda, le vino a la mente:

«¿Por qué me uní a la Guardia Civil? Justicia y valores, supongo... ¿Y tú, por qué inspector?»

Después abrió su correo electrónico y examinó las fotos que Pérez había enviado de la escena del crimen. Sabía que se le escapaba una pista en ese rompecabezas.

«Primero, la cajetilla de tabaco. Luego, la fotografía con la víctima... Concéntrate, Rojo, concéntrate...»

Estudiaba minuciosamente las imágenes del salón y el dormitorio, buscando algo más allá de una simple conexión entre víctima y asesino. Sentía que había un mensaje directo para él.

«Quizás estos documentos te ayuden a atrapar al siguiente».

«No habrá otro, sargento».

«Siempre los hay, inspector».

En ese momento, su mente se quedó en blanco, interrumpida por el sonido insistente del teléfono en su oficina.

19

El teléfono sonó con una noticia inesperada: Ramón Cascales, principal sospechoso del caso se había presentado voluntariamente en la Comisaría Provincial. Rojo ordenó que lo llevaran a un cuarto de interrogatorio y solicitó la compañía de Ramos, quien estaba a cargo de esa investigación. Mientras tanto, Robles continuó revisando casos antiguos e intentando localizar los datos que Rojo le había solicitado.

Al poco tiempo, los inspectores cruzaron la puerta de la sala de interrogatorios, un lugar impoluto, testigo de confesiones y secretos de todo tipo. Frente a ellos, Ramón Cascales, con su apariencia corriente y vestimenta insípida, como si su imagen fuese lo menos importante en ese momento. Las gruesas gafas de montura negra le aumentaban los ojos y su pelo oscuro y despeinado añadía un toque de desorden a su aspecto. Lucía también una perilla anticuada que se fundía con un bigote prominente. Rojo lo examinó detenidamente, tratando de ver más allá de esos ojos ampliados por el cristal. Aunque los rumores sobre Cascales eran inquietantes, dudaba de que aquel hombre pudiera ser el autor de un crimen tan brutal.

Tras una breve presentación, los inspectores se acomodaron en sus sillas. Cascales, a pesar de lucir cansado, no mostraba señales de nerviosismo. En su expresión se leía la molestia y el hartazgo por el circo mediático que lo había acosado en las últimas semanas.

—Apreciamos su colaboración, señor Cascales —comenzó Rojo, serenamente—. Debo admitir que su aparición voluntaria nos ha tomado por sorpresa.

—¿Sorpresa? —Cascales frunció el ceño—. ¿Con dos agentes vigilando mi puerta? ¿Qué esperaban, que me quedara encerrado mientras los buitres de la prensa se alimentaban de mí?

Ramos intercambió una mirada con Rojo.

—Cálmese. No estamos aquí para discutir eso.

—Entonces, ¿para qué?

Rojo, en un intento de desviar el tono tenso, extrajo su paquete de cigarrillos.

—¿Le apetece uno? —propuso, mostrándole la cajetilla.

El interrogado lo observó, desconfiado.

—¿Esto es algún tipo de juego?

—No, simplemente un ofrecimiento —replicó Rojo, extendiendo de nuevo la cajetilla—. Siéntase libre de aceptar.

El sospechoso miró el paquete, con desdén e hizo un gesto de rechazo.

—No, gracias. Pero... ¿me permite? —preguntó antes de sacar su propia cajetilla.

—Adelante.

Con una mano temblorosa, el profesor extrajo un cigarrillo Pall Mall y lo encendió. Los inspectores observaron el detalle con atención. Por su parte, Rojo recordó un extracto de la conversación con la vecina de Lara y no tardó en relacionar al hombre de la sotana con los ojos pequeños que había mencionado con el sujeto que tenía delante.

—Mi vida es un desastre —expresó con un suspiro pesado, expulsando una nube de humo en el aire. Antes de que pudieran reprenderle por fumar, continuó—. Una simple acusación ha destrozado todo lo que construí, mi proyecto de vida, mi carrera docente... ¿Cómo voy a recuperar a mi familia ahora? Jamás tuve nada que ver con esas fotografías...

Rojo le interrumpió, la impaciencia era evidente en su voz.

—Queremos hablar del señor Lara.

La mención de ese apellido cambió la expresión de Cascales de forma instantánea.

—¿Lara?

Rojo deslizó una fotografía sobre la mesa: era una de las imágenes que Pérez había capturado en la escena del crimen.

—Ocurrió hace unos días en su apartamento. Es la razón por la que nuestros agentes estaban vigilando su residencia.

Cascales parpadeó, sorprendido.

—¿Hans?

Los inspectores intercambiaron una mirada rápida.

—Se refiere a José Luis Lara —corrigió Rojo—. Fue asesinado brutalmente en su hogar. Sabemos que mantenían algún tipo de relación y que esta podría estar vinculada con las acusaciones sobre su involucramiento en la red de pornografía infantil.

—Oiga...

—Responda.

El color abandonó el rostro de Cascales. Sus manos temblaban al apagar el cigarrillo. Cuando intentó buscar otro, Rojo intervino, arrebatándole la cajetilla.

Ramos se inclinó hacia delante con un tono más incisivo.

—¿Cuál era la naturaleza de su relación con él?

Cascales se llevó las manos al rostro, visiblemente alterado.

—No tengo nada más que decir. Preferiría terminar esto ahora.

—No, usted no se marcha todavía —declaró Rojo con su voz cargada de autoridad.

El sospechoso se tensó y sus ojos se estrecharon, desafiantes.

—Exijo la presencia de mi abogada —respondió con frialdad—. Llamen de inmediato a la señora Bosch. No diré nada más sin ella. Siento que mis derechos son vulnerados aquí.

Rojo lanzó una mirada a Ramos, quien cerró la puerta con decisión. Ya sabía a lo que se enfrentaría si esa mujer aparecía por la comisaría. El rostro de Cascales estaba apagado, sus ojos caídos tras las gafas redondas. El inspector podía sentir la urgencia del momento, sabiendo que, si lo dejaba ir, esas circunstancias quizás no se repetirían. En el peor de los casos, temía no volver a verlo con vida.

—Tan sólo cuéntenos por qué conocía a José Luis Lara y será libre de irse —dijo Rojo, tratando de mantener la calma.

Cascales se rio entre dientes, su confianza iba creciendo.

—¿Y por qué haría eso? ¿Sin recibir nada a cambio? Sé que me acusan de matar a Hans, pero no fui yo. Solamente quiero protegerme. No hablaré sin alguna garantía de ayuda.

Ramos intervino con tono firme:

—No podemos negociar eso. Nuestra investigación es independiente de su caso...

—Ahorre sus palabras. Conozco sus protocolos —le cortó Cascales—. Así que decidan: ayúdenme o déjenme ir. Si no lo hacen, la señora Bosch se encargará de que esto no acabe aquí. Créanme, ella es capaz de todo por salirse con la suya.

Rojo lo miró intensamente, tratando de penetrar su defensa.

—¿Qué tiene que perder, Cascales?

El individuo sostuvo su mirada con frialdad.

—¿Puedo irme ya?

—Como desee —replicó Rojo, su voz cargada de advertencia—. Pero tenga en cuenta que los tipos como usted no son bien recibidos en prisión...

El profesor se levantó con una arrogancia calculada, pero en el umbral de la puerta se detuvo y mantuvo sus ojos oscilando entre los inspectores. En ese breve instante, su máscara cayó y Rojo pudo vislumbrar el terror que acechaba detrás.

—¿Me pueden ayudar?

—Primero, siéntese.

El inspector se dio cuenta de que la cárcel aterraba a Cascales, pero había algo más que lo hacía temblar, algo relacionado con el destino de Lara. Después de una pausa que pareció eterna, el hombre volvió a la silla.

—Hans era el nombre que usaba en la red de intercambio de archivos —comenzó, con una voz baja y temblorosa—. No éramos amigos, pero nos protegíamos el uno al otro. Eso no es malo, ¿cierto?

Rojo asintió, alentándolo a continuar.

—Pobre Hans... La vida nunca fue amable con él —murmuró Cascales, sus ojos distantes—, aunque eso ya no importa.

—Hable de su última conversación con él —insistió Ramos.

Cascales miró a los inspectores y la resignación era palpable en su mirada.

—Ah, eso... Saben a qué se dedicaba, ¿no es así?

Rojo asintió, con expresión inmutable.

—Sí.

Con esa simple palabra, Rojo le cerró cualquier escapatoria y Cascales supo que ya no había vuelta atrás.

—¿Qué hacía hace unas semanas, vestido con una sotana y visitando al señor Lara a su domicilio?

El sujeto dio un largo respingo y se quedó mirando a la mesa, como si contuviera la respiración.

—¿Se ha quedado mudo? —insistió, al ver que el silencio se prolongaba.

El sospechoso pareció meditar sobre la pregunta, como si estuviera buscando en su memoria algo que pudiera ser de ayuda.

—Hubo un desacuerdo —empezó Cascales, quitándose las gafas y masajeando el puente de su nariz, con una mezcla de frustración y agotamiento—. Quería que Hans obtuviera imágenes

comprometedoras de la directora del instituto donde trabajo. Fue ella quien me puso en el punto de mira.

Rojo le lanzó una mirada penetrante, casi acusadora.

—Quizá tenía una buena razón para hacerlo —replicó fríamente.

—Eran solo unas fotos. Las chicas ni siquiera estaban al desnudo. ¿Qué hay de malo en ello?

Rojo luchó por mantener la compostura.

—Todo. ¿Por qué discutieron?

El sospechoso se encogió, desconcertado.

—Le pagué por adelantado y no cumplió. Primero afirmó que la directora no tenía esqueletos en el armario, ya me entienden... Luego alegó que estaba enredado en asuntos legales...

—Pero lo llamó insistentemente. ¿Por qué?

Cascales vaciló antes de responder.

—Sentí que me estaba engañando. Compartimos la misma abogada. Fue él quien me la presentó... Me aseguró que era insuperable en asuntos como el mío... Pero cuando la consulté, me dijo que Hans no le había mencionado nada.

—¿Y decidió confrontarlo?

—No he puesto un pie fuera de casa en días, por recomendación de mi abogada. Y aun así, aquí me tienen... Mi vida se ha convertido en un abismo, con la prensa acechando en cada esquina. Tengo testigos que pueden confirmar mi coartada.

—¿Quiénes?

—Mi madre, por un lado. Y varios vecinos. ¡Soy inocente, tienen que creerme!

Los inspectores intercambiaron miradas escépticas. Una madre podría tergiversar la verdad para proteger a su hijo. Sin embargo, si las afirmaciones de Cascales resultaban ciertas, esto daría un vuelco al caso.

Rojo sintió una pesadez en el estómago, como si cada pista los condujera a un callejón sin salida. Le pasó papel y bolígrafo, indicándole que anotara el nombre de la abogada, aunque ya sabía quién era. De ese modo obtendría su caligrafía, que podría serles de utilidad más adelante. Respecto a la abogada, no tenía muchas esperanzas en ella, siempre y cuando no fuera para desviar la atención de los medios. Aunque no confiaba del todo en la profesión legal, tal vez podrían sacar algo por ese lado.

Cascales escribió «Bosch Abogados».

—Hans, con sus actividades, ¿no le habló de posibles problemas con otras personas? Estoy seguro de que tenía adversarios en su línea de negocio...

—Nunca mencionó nombres específicos. Sabemos que, en negocios turbios como el suyo, hacer feliz a uno significa enfurecer a otro. Pero, en mi opinión, no soy el único que tuvo desacuerdos con él.

—¿Sugiere una venganza?

—No he dicho eso exactamente. Pero... ¿pueden ofrecerme alguna protección?

—Ya tiene a su abogada.

—Me refiero al asesino de Lara, Hans, como coño lo quieran llamar... Estoy en una situación frágil y en esa red había gente muy extraña...

Ramos arqueó las cejas y sonrió al ver que el profesor comenzaba a debilitarse.

—Sí, habrá dos agentes vigilando su edificio, temporalmente.

—No suena muy convincente, inspector.

—¿Qué esperaba? —preguntó Ramos, desafiante.

—Debería haberme quedado en casa... Mi madre siempre me dijo que no confiara en la policía —declaró con una nota de resignación, mientras se levantaba y se dirigía a la puerta—. No he hecho nada malo. Hans tenía sus propios demonios... Él debería ser el principal sospechoso, no yo.

—Hans ya no está entre nosotros, Cascales.

—¿Y eso lo hace mejor?

Sin responder, el profesor encogió ligeramente los hombros y cruzó la puerta que daba al pasillo.

Ramos exhaló un suspiro profundo, controlando la rabia que burbujeaba en su interior.

—He tenido que contenerme para no estamparle contra la pared —murmuró.

Rojo asintió, tomando el papel que había sido entregado previamente.

—Mantendremos la vigilancia unos días más. Pero tengo la sensación de que está ocultando algo. Tenemos que averiguar su paradero la noche del asesinato de Lara y el motivo de las mañanas. De todo lo que ha dicho, la única verdad es que su vida es una basura en estos momentos... Interroga a la abogada, quizás nos dé un hilo del que tirar. Aunque no espero mucha cooperación de su parte, cualquier detalle puede ser crucial.

En ese instante, la puerta se abrió de golpe y Robles entró, jadeante, como si hubiera corrido una maratón.

—Por fin os localizo.

—¿Qué sucede?

—No hay tiempo que perder. Han encontrado otro cadáver.

20

Las sirenas de los coches de policía emitían un gemido estridente que se elevaba por encima del bullicio de la ciudad, mientras lanzaban destellos de luz roja y azul que se reflejaban en las fachadas de los edificios y en los rostros sorprendidos de los peatones. La avenida de Maisonnave, una de las principales arterias de la ciudad, se encontraba ahora ahogada en el tráfico habitual del día, una maraña de vehículos y ruidos que parecía detenerse por un momento ante el paso de la comitiva policial.

Los conductores, al percatarse de la emergencia, apartaban sus coches con gestos apresurados, creando una senda estrecha pero transitable. Algunos bajaban la ventanilla para asomarse y ver qué ocurría, mientras otros simplemente seguían su camino, conscientes de que la vida en la ciudad continuaba, a pesar de la tragedia que se ocultaba detrás de esas luces parpadeantes.

Al llegar al cruce con la calle de Portugal, el inspector Rojo y el subinspector Robles bajaron rápidamente del vehículo, con rostros tensos y serios, marcados por la urgencia del momento. Sus pasos eran decididos y rápidos mientras se abrían camino entre los curiosos que se habían congregado en el lugar, algunos con los teléfonos en las manos para hacer fotografías, otros simplemente mirando con una mezcla de morbo y preocupación. Rojo se movía callado, con una mirada dura y con los ojos fijos en el portal del edificio al que se dirigían. Estaba claro que algo lo preocupaba y no tenía ganas de conversación.

Mostrando sus credenciales con una autoridad innegable, cruzaron el cerco policial que ya había sido establecido. La escena que les esperaba era cruda y exigía su completa atención.

—Ni una palabra a esos buitres de la prensa, ¿entendido? —dijo Rojo a Robles, con voz cortante.

La llamada había sido un mazazo para los tres. Apenas unas horas desde el último crimen y ya se encontraban con otro asesinato en sus manos.

Cruzaron un vestíbulo pulcramente mantenido y ascendieron hasta la segunda planta por unas escaleras de mármol. El edificio denotaba cierta opulencia, lo que llevó a Rojo a inferir que la víctima pertenecía a una clase socioeconómica acomodada. La alerta inicial había sido realizada por la comisaría Centro, pero fue remitida a ellos debido a la brutalidad del acto.

Antes de entrar al apartamento, Rojo interceptó a Ramos.

—Dime, Ramos, ¿qué encontramos esta vez?

—Una mujer, alrededor de los cincuenta, muerta en su habitación —comentó Ramos. Siguiendo la mirada de Rojo, ambos observaron un rastro de pétalos rojos que serpenteaba desde

el pasillo hasta la entrada del dormitorio.

—¿Familia? ¿Algún hijo? —inquirió Rojo.

—Divorciada. No tenía hijos, hasta donde sabemos.

Rojo frunció el ceño.

—¿Algo más que deba saber? No tengo la paciencia habitual.

Ramos tragó saliva.

—Era abogada. Eso es todo por ahora.

—Abogada, ¿eh?

Ramos dio un respingo.

—La víctima es María Dolores Bosch...

Rojo recibió la noticia como un bofetón.

—¿Qué? ¡Uf! Joder...

—Lo siento.

Los tres se podían hacer una ligera idea de lo que significaba eso para ellos y para la investigación.

—En fin, ¿algún signo de agresión sexual?

—Varios. Aunque no puedo confirmar un asalto, eso le corresponderá al forense.

—Demonios, este asunto se está llenando de mierda hasta arriba. ¿Quién encontró el cuerpo?

—Parece que lo hizo su pareja, que es bastante más joven. Llamó a la policía esta mañana, sonaba alterado.

—Eso no cuadra. Si pasaron la noche juntos, ¿por qué encontró el cuerpo a estas horas?

—Según él, se marchó anoche y volvía esta mañana con desayuno.

Rojo señaló el rastro de pétalos.

—¿Y esta ñoñería? No me convence.

—Ni a mí, pero es la versión que tenemos.

—¿Qué hay de los vecinos? Aquí debe de haber cámaras...

—Los apartamentos colindantes están vacíos.

Rojo suspiró profundamente.

—Ya empezamos... Entonces, ¿este chico tenía una llave?

—Parece que sí.

—Interesante. No hace falta ser un detective para intuir que no estaba sola anoche.

Robles, ansioso por unirse al diálogo, intervino:

—Quizás no era el único «romántico» de la noche.

Rojo y Ramos intercambiaron miradas, eligiendo ignorar el comentario burlón de Robles.

Rojo frunció el ceño, sintiéndose avasallado por la complicada situación.

—Debemos someterlo a un interrogatorio exhaustivo.

—No tenemos tiempo para tanto interrogatorio... —apostilló Ramos.

—Hay algo en su relato que no me encaja, aunque no puedo precisar qué es. ¿Has observado algún otro detalle inusual?

—No realmente. Se mostraba genuinamente afectado, una reacción común... Con el paso de las próximas horas, sabremos qué es. Según él, se alarmó cuando intentó contactarla y no obtuvo respuesta.

—¿No había mencionado que la visita era una sorpresa?

Ramos exhaló profundamente. La insistencia del inspector le estaba exasperando, pero necesitaba mantener la paciencia; después de todo, Rojo tenía el control de la situación.

—Es posible que esté ocultando algo o tergiversando hechos. Puede que se haya cruzado con el asesino. Cualquier relato nos será de ayuda, pero dudo que la haya matado él.

—Comprendo, inspector.

—Mira, Rojo, entra y evalúa la escena por ti mismo. Luego discutiremos nuestras observaciones.

El inspector aceptó y escudriñó la entrada, deteniéndose en varios detalles cercanos al recibidor. Después de conocer la identidad de la víctima, su manera de pensar cambió de perspectiva. Hubiese preferido no saber que era ella, aunque no podía hacer nada al respecto. Avanzó lentamente unos pasos y se fijó en lo que había a su alrededor. A simple vista, lo que observaba no parecía corresponderse con una potencial víctima seleccionada por el asesino, pero la abogada estaba relacionada con Lara y con Cascales, detalle significativo para establecer una relación y abrir una línea de investigación. No obstante, era consciente de que la estrategia del asesino era más sofisticada que la de aquellos criminales impulsados meramente por pasión. Anhelaba más evidencia.

—¿Ya ha llegado Pérez?

—Todavía no, pero no debe tardar.

—Que aguarde. —Ramos se apartó, permitiendo que Rojo avanzara al interior. El aroma del ambientador a jazmín se mezclaba con el sutil perfume femenino que impregnaba la tapicería del sofá y con el incipiente olor fúnebre del cadáver. El espacio era amplio y, a simple vista, Rojo dedujo que la vivienda debía haber sido bastante cara: suelos de mármol, mobiliario de diseño, electrodomésticos de primeras marcas... A pesar de ello, sabía que no debía dejarse influenciar por lo superficial. Con la experiencia acumulada, había comprendido que la verdad a menudo se esconde en los matices más sutiles.

En el elegante salón, las persianas desplegadas a medio camino revelaban una vista parcial de la bulliciosa calle, mientras combatían el intenso calor estival del sol. Por su parte, las cortinas de tela gruesa y rica añadían una capa adicional de oscuridad, permitiendo que sólo destellos esporádicos de luz se filtraran en el espacio, creando un juego de sombras en la estancia. Al final del largo pasillo, la atención de Rojo fue capturada por una sutil franja de luz que se deslizaba bajo una puerta, originando un halo en el corredor, de por sí tenue.

Con pasos medidos y una curiosidad profesional, el inspector exploró el apartamento. Al alcanzar la puerta del cuarto de baño, un detalle particular llamó su atención: una bañera de diseño sofisticado, ovalada, que prometía relajación y lujo. Pero el confort que sugirió inicialmente se desvaneció en el siguiente momento. Una visión perturbadora asaltó su mente: el cartero, con su cuerpo lacerado y semi sumergido en el agua que se había teñido de un tono escarlata intenso. La cruel representación le provocó un escalofrío que le recorrió la columna, haciendo que su boca se sintiera como papel de lija. Parpadeó enérgicamente, intentando alejar el horripilante recuerdo.

Tras recobrar el aliento, avanzó, sintiendo cómo el peso del ambiente se intensificaba, y se detuvo frente a la puerta del dormitorio.

Con un gesto decidido, aunque algo tembloroso, empujó la puerta con los nudillos. Lo primero que divisó fueron unos pies delicados de mujer y luego, moviendo su mirada lentamente,

fue descubriendo el cuerpo inerte hasta que el semblante de la víctima quedó revelado.

Instintivamente, los ojos del inspector se dirigieron hacia la mesilla de noche. Sobre esta, un vaso de cristal con agua reflejaba la luz tenue del cuarto. Una colilla flotaba en ella, añadiendo un contraste extraño a la escena. Finalmente, Rojo centró su mirada en las manos de la víctima, observando cada detalle con precisión. En la muñeca izquierda aún portaba un lujoso y delicado reloj de pulsera. La mano derecha estaba cerrada en un puño apretado y entre los dedos emergía una punta de color blanco.

«Maldito sádico...», murmuró Rojo en voz alta con su voz temblorosa, abrumado por la escena macabra que se desplegaba ante él.

21

Los ojos del inspector se encontraron con la imagen del cuerpo pálido y sin vida de la abogada, su carne desgarrada y expuesta sobre la cama manchada con sangre. La macabra escena le golpeó con una violencia inesperada, superando cualquier imagen previa que hubiera concebido antes de entrar en la habitación. Durante unos segundos interminables, luchó contra la náusea, conteniendo la respiración para no sucumbir al café que había ingerido esa mañana. Logró recuperar el control, aunque la impresión inicial seguía resonando en su mente.

No pudo evitar detenerse en la expresión de la víctima, un rostro desencajado, con ojos que parecían buscar respuestas en el cielo, atrapados entre el éxtasis y la agonía más vil. Se preguntó en qué momento habría llegado la muerte, si había sido antes o después de que el verdugo le abriera el abdomen con una precisión malévola. Sus ojos recorrieron el cuerpo, interpretando el dolor reflejado en los cortes, horrorizado por la semejanza con el asesinato cuya escena había recorrido el día anterior. Un corte profundo cruzaba la garganta y otro vertical exponía las entrañas, creando una imagen atroz que se extendía por toda la cintura.

La monstruosa realidad ante él dificultaba el pensamiento claro. La atención se veía irremediablemente atraída hacia el cadáver, pero con un aliento profundo y decidido, logró enfocar su mente. Comprendía que esta podría ser su única oportunidad de desentrañar el mensaje que el asesino intentaba comunicarle. No había sido lo suficientemente hábil con el primer mensaje, pero con las pruebas que saltaban a la vista, no tenía dudas de que el planteamiento inicial seguía vigente. El homicida le tendía una prueba que debía resolver a tiempo. Ahora tenía una segunda oportunidad para frustrar el siguiente crimen. Antes de ser apartado de la investigación, tenía que descubrir el patrón.

En un examen visual inicial, dedujo rasgos de la personalidad de la víctima. La mujer mostraba signos de una vida activa y atlética, detalles evidentes en la tonificación de sus brazos y piernas. Las uñas, tanto de manos como de pies, estaban inmaculadas, perfiladas a la perfección, y su cabello liso y sedoso revelaba un cuidado meticuloso. «Le gustaba cuidarse y presentarse de manera pulcra», reflexionó el inspector, suponiendo que lo hacía tanto por coquetería como por una necesidad de mantener una apariencia profesional. Rojo sabía que, en este mundo perturbado, nada era dejado al azar. Esa observación, superficial como parecía, se convirtió en una nota mental, un detalle a explorar más tarde, tal vez en su lugar de trabajo. Su mirada seguía fija en el cuerpo, pero su mente ya estaba trabajando, hilvanando cada hilo en la trama compleja y siniestra que se desarrollaba ante él.

El asesino pudo haberla conocido en su entorno de trabajo, a través de Lara o de Cascales. El triángulo de contactos abría una nueva posibilidad: si Lara le había presentado a Cascales, tal vez también hubiera hecho lo mismo con el asesino. Era una incógnita que Rojo no podía resolver en ese momento, pero estaba resuelto a descifrarla. Se volteó y visualizó el sendero que la víctima pudo haber recorrido hacia la cama desde la entrada. Estaba convencido de que ella había llegado allí por sí misma. No había evidencia de que alguien la hubiera sometido o llevado a rastras hasta la cama. Aquel escenario parecía poco probable.

En silencio, interrogó al cadáver con su mirada.

«Por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado», se dijo en silencio, comprendiendo que el mensaje podía ser una referencia a esa mujer. Su expresión reflejaba dolor y agonía y aunque Rojo no tenía ningún vínculo con la mujer, algo en sus ojos le resultaba extrañamente conocido. Sacudió su cabeza, advirtiéndose a sí mismo sobre los peligros de dejar que las emociones interfieran. Lo esencial era centrarse en los hechos. La escena del crimen era una narrativa en sí misma, revelando verdades tanto sobre la víctima como sobre su asesino.

«La abogada utilizaba sus palabras para defender a quienes no debían ser defendidos. ¿Quién, si no? La torre, como símbolo de la confusión y del caos mediático, provocados por esas palabras para desestabilizar las acusaciones».

A medida que examinaba la escena y cesaba el diálogo interno, su atención se dirigió a un reloj de oro que adornaba la muñeca izquierda de la mujer. Un Cartier pequeño, elegante, seguramente auténtico. Se inclinó para observarlo más de cerca, notando las manecillas detenidas en las 12:30 de la noche. Mentalmente, anotó el detalle, suponiendo que sería otra de las pistas del homicida. Especuló sobre que un impacto severo pudo haber detenido el reloj, pero resultaba demasiado accidental.

Desplazándose alrededor de la cama, algo en la mano cerrada de la víctima captó su atención. Un trozo de papel asomaba de esta. Aunque era reacio a alterar la escena, intuyó que podría ser otro mensaje del asesino.

«La colilla en el vaso, la hora... y el pedazo de papel».

Con sumo cuidado, extrajo el papel, que parecía resistirse a abandonar la mano. Pero al deslizarse de entre los dedos, el pedazo se desplegó y cayó al suelo, como una hoja en otoño. Rojo retrocedió sorprendido.

—Mierda... —susurró, captando la atención de alguien que se había acercado.

—Veo que te gusta improvisar —comentó Pérez, parado en el umbral—. La próxima vez, que Robles no sea el último en enterarse.

—Te has retrasado.

—Quizá seas tú el que tiene prisa —replicó, quedando paralizado al vislumbrar la escena en el dormitorio—. Santo cielo... ¿Qué ha pasado aquí?

—Guarda las formas —amonestó Rojo.

Pérez esbozó una media sonrisa y, sin decir palabra, extrajo su cámara del estuche. Las ráfagas de flashes iluminaron el cuarto.

De soslayo, Rojo se agachó y, con discreción, cogió la nota caída y la deslizó en su bolsillo.

—Deberías agradecérmelo —murmuró—. He adelantado parte de tu trabajo.

Alzando una ceja, Pérez apuntó con su cámara hacia el vaso que contenía la colilla.

—Es su sello. Quiere decirnos algo.

—Deja que adivine... ¿L&M lights?

—Es posible.

—Solo espero que no hayas alterado la escena.

Rojo negó con un gesto y, con pasos lentos, se dirigió hacia la salida del cuarto.

—Nunca la había visto —murmuró, fijando la mirada en el rostro de la difunta.

—¿Quién era?

—María Isabel Bosch. Una conocida y polémica letrada de la provincia.

—¿Estás de broma?

—No bromeo delante de los cadáveres.

—Pero, esta mujer... —comentó, sorprendido—. ¿Tiene algún nexo con el anterior caso?

Un ruido en el vestíbulo del piso los distrajo. Ambos dirigieron sus miradas hacia el origen del alboroto.

—¿Qué está ocurriendo ahí fuera? —preguntó Rojo, caminando con determinación hacia el recibidor. Un joven agente, visiblemente cansado tras la subida por las escaleras, portaba un paquete entre las manos y justificaba su prisa. Ramos se adelantó para informar.

—Dice que tiene un paquete para ti.

Rojo arqueó una ceja. No esperaba nada, ni tampoco había avisado de que se encontraría allí.

—¿Para mí?

—Oye, Rojo... —Pérez intentó detenerlo, pero el inspector se zafó y se aproximó al agente. Estudió su presencia, cuyo rostro mostraba claros signos de confusión. Sin esperar respuesta, tomó el paquete acolchado que el policía sostenía.

—Lo han entregado en el portal, inspector.

—¿Quién?

—Un mensajero. Decía que era para usted. Lo hemos revisado y no contiene nada extraño.

—¿Le habéis pedido la documentación?

—No...

—¿Y el remitente?

El agente no supo qué responder.

—*Collons*, ¿cómo has conseguido la placa? ¡Averiguad quién lo enviaba!

Rojo mostró la decepción con la mirada y prefirió no expresar su descontento con palabras. Después comprobó apresuradamente el contenido y se volvió hacia los agentes, que estaban expectantes. Con movimientos ágiles, rasgó el paquete, dejando caer al suelo varios folios unidos por una grapa. Ramos y Robles se inclinaron instintivamente para observar.

El inspector tomó los papeles y escaneó rápidamente el contenido.

—¿Qué tienes ahí, inspector? —inquirió Robles.

—Nos ha dado otra oportunidad.

—¿Quién?

—El asesino.

—¿Y qué son esos papeles?

Rojo alzó la mirada.

—El inicio de su macabro juego.

22

Sostenía con firmeza el informe judicial de un caso que databa de tres años antes: la trágica muerte de Lorena Jiménez Pascual, una joven de 17 años, arrollada en el distrito centro de la ciudad, a las 12:37 de la madrugada. Repasó cada detalle del documento, permitiendo que los recuerdos aflorasen. María Dolores Bosch Pérez, de 48 años, había sido exonerada, dejando a la familia de la joven sin justicia ni compensación debido a la falta de pruebas que indicaran conducción imprudente. Sin embargo, ahora, la misma María Dolores yacía ante él, con su cuerpo mutilado y con un mensaje ineludible para el inspector: el asesino había comenzado un juego que pensaba jugar hasta el final.

«Por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado»... o condenada, en este caso.

Sintiendo una oleada de inquietud, dirigió su mirada hacia las escaleras.

Después echó la mano al bolsillo y recuperó la nota que había cogido del suelo.

—«Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja a que un rico entre en el Reino de Dios» —leyó en voz alta.

—Mateo 19:24 —comentó Pérez.

—Maldición... —murmuró, su rostro tornándose pálido al notar la ausencia de etiquetas o sellos que indicaran un envío oficial en el paquete—. No puede ser... ese repartidor...

—¿Qué pasa con él? —inquirió un agente.

—¿Dónde se ha metido?

—Creo que... estaba en la calle

—¡Encontradlo! —ordenó Rojo, y los agentes se lanzaron escaleras abajo en busca del falso repartidor.

Un temblor invadió las manos de Rojo. Era evidente que el asesino los estaba retando. Una oleada de ira y frustración se apoderó de él, deseando soltar su furia, destrozar algo precioso, enfrentarse cara a cara con el asesino. Pero se rehusó a mostrar tal vulnerabilidad. Necesitaba una aspirina y algo bien fuerte. Se puso de nuevo en la historia del crimen y decidió terminar la próxima jugada del sádico juego. Estaba claro que una tormenta estaba en el horizonte y la partida no había hecho más que comenzar.

Pérez, metódico, recopilaba evidencia fotográfica. Rojo escaneó la habitación, intentando discernir algún detalle clave.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Robles, acercándose sigilosamente. Al ver el cuerpo mutilado, un espasmo de repulsión lo hizo retroceder. Rojo sabía que Robles siempre había

tenido una reacción visceral a tales escenas. El caso de Miguel Díaz lo había afectado profundamente.

—Está comunicándose con nosotros... —dijo Rojo, pasando el informe a Robles—. Hemos sido ciegos al no verlo antes...

El subinspector se llevó una mano a la boca, evitando echar una mirada al interior de la estancia. Fingió interés en el informe, temiendo que, si Rojo percibía su incomodidad, lo relegaría a un segundo plano en futuras escenas de crimen.

—Entonces, ¿es ella? —preguntó, angustiado, tratando de mantener la voz firme.

Rojo, con una expresión reflexiva, se movía por la habitación, absorbiendo cada detalle.

—La recuerdo. Evité ese caso. Parecía claro: un atropello bajo la influencia del alcohol, con una acusada que enfrentaría su merecido castigo. No había misterio; una joven cruzando la calle, un coche que la golpea y huye. Por desgracia, no contábamos con su identidad: una abogada conocida por sus tácticas audaces y conexiones judiciales. De alguna manera evadió la condena y la familia de la víctima terminó soportando los costes.

—¿Y el motivo?

—Todavía es temprano para concluir. —Rojo señaló un reloj en la muñeca de la víctima—. Pero esto es intrigante. A primera vista, uno pensaría que marca la hora de su muerte, pero tengo mis dudas. Estos relojes son automáticos y no se detienen sin razón. La hora está fijada intencionadamente. No creo en coincidencias. ¿Ves por dónde voy?

Mientras discutían, Pérez, parcialmente en las sombras, observaba. Al seguir la mirada de Rojo hacia un vaso con una colilla, se adelantó.

—Pérez, necesitamos que analices esto. Quiero saber si coincide con las pruebas de ayer.

—Entendido —asintió, pero antes de retirarse, hizo un gesto para que la atención de los otros se dirigiera a él. Entonces, movió con delicadeza el cráneo de la víctima para levantarlo unos centímetros y extrajo una pequeña bolsa de cuero que había encontrado bajo la almohada. Los otros dos agentes miraron, cautivados, mientras Pérez vertía su contenido en las sábanas: monedas antiguas.

—Treinta monedas de plata —comentó Pérez, con un tono cargado de significado—. Mira que lo sabía...

—¿Qué nos está diciendo?

Con una sonrisa que insinuaba una comprensión profunda, Pérez miró a Rojo directamente.

—Judas Iscariote, la personificación de la traición. Vendió a Jesús por treinta monedas de plata —explicó y Rojo suspiró con preocupación—. Si alguno quiere retirarse, está libre de hacerlo. Yo me encargaré de lo que queda.

—Todo esto parece ser un puzle y creo que este escenario nos conduce hacia la siguiente víctima —comentó Rojo, deslizando la mirada hacia el cadáver. El semblante de la mujer yaciendo allí lo llevó a preguntarse sobre el próximo objetivo—. El primer indicio fue evidente, apuntaba a ella. Sin embargo, nos perdimos entre la imagen de la joven, la Torre de Babel y ese versículo de Mateo... Todo vinculado a Bosch. Estoy seguro de que ella es la llave hacia el próximo objetivo, seguramente alguien con influencia dentro de su entorno.

—Robles —intervino Rojo—, ¿descubriste si Bosch estuvo involucrada en alguno de los casos archivados que revisaste?

Robles titubeó un momento.

—¿Estás sugiriendo que hay una conexión con ese sargento de la Guardia Civil?

Rojo y Pérez intercambiaron una mirada cargada de entendimiento, como si hubieran sido descubiertos en un secreto. Después de un instante tenso, Pérez regresó a su trabajo mientras que Rojo fijaba su mirada en el subordinado, quien mostraba una expresión contrita.

—¿De qué cojones hablas?

—Lo vi en tu oficina, inspector. El nombre del sargento Maqueda estaba allí, yo simplemente... —comenzó Robles.

Acercándose con una mirada fulminante, Rojo interrumpió:

—¿Desde cuándo te tomas la libertad de escudriñar mis documentos?

—Fue un error, inspector. No debería haber...

—No tienes ni idea de lo que hablas... Podría sacarte del caso por lo que has hecho, así que no vuelvas a mencionar ese nombre, ni a husmear donde no debes. ¿Claro?

Fue entonces cuando Ramos intervino, habiendo presenciado el dialogo entre ellos.

—¡Rojo!

Robles, aprovechando el momento, retrocedió.

—Creo que debería regresar a lo mío.

—Hemos llevado al repartidor a comisaría. Afirma que un desconocido le pagó para hacer la entrega.

El inspector echó una última mirada al cuerpo, sintiendo la urgencia del momento.

Si no actuaba rápido, temía que la historia pudiera repetirse.

23

El joven se encogía bajo las miradas penetrantes de Ramos y Rojo. Ramos sacó una libreta, listo para anotar, mientras Rojo examinaba detenidamente al muchacho. Por su aspecto de toxicómano, auguró que no les contaría nada que fuese de utilidad.

—Miren, señores... —empezó, con voz temblorosa. Sus ojos, ampliados por el nerviosismo, revelaban sus venas prominentes y un pulso tan errático que denotaba claros signos de abstinencia—. No hice nada malo. Un tipo me dio quinientos euros para que entregara ese paquete.

—¿Y te lanzas a hacer encargos para un desconocido, solo porque te ofrece dinero? —cuestionó Rojo con escepticismo.

—Es que la necesidad aprieta, señor... Tengo una familia que alimentar...

—¿Una familia? —preguntó Ramos con desdén—. Me cago en tu calavera...

—¿Puedes describir a quien te pagó?

—Pues... era como usted, con barba... No sé, los nervios me nublan la memoria... ¿Me podrían dar un café?

—Una somanta de hostias te voy a dar como mientas...

—Con todos mis respetos, caballero...

Rojo intercambió una mirada con Ramos y negó con desaprobación.

—¿Qué más te dijo?

—Su compañero no me deja hablar... Simplemente me dijo que subiera y entregara el sobre. Hice exactamente eso. No he cometido ningún delito, señores agentes...

Ramos levantó una ceja.

—El delito es la droga que tenías encima. Siendo reincidente, fácilmente te enfrentas a tres años de prisión.

El joven agitó las manos, tratando de defenderse.

—¡Eso no era mío, se lo juro!

—Ya. Por eso lo tiraste al suelo.

—Le juro que estaba ahí.

—Tres años lamiendo barrotes. No sé, se hacen largos...

—Era para un amigo, ¿vale?

Sin mediar palabra, Rojo se lanzó hacia él, lo agarró por el cuello del uniforme marrón y lo alzó ligeramente.

El joven temblaba visiblemente.

—Oye bien, desgraciado... —susurró Rojo, su mirada centelleante—. Si me haces perder más tiempo, te aseguro que lamentarás cada mentira. ¿Me entiendes?

Ramos observaba, desconcertado. Una cosa era apretarle las tuercas y otra, muy distinta, aplicar la violencia física. Aunque más de un sospechoso merecía un escarmiento, las reglas estaban para cumplirlas y la ley podía jugar a favor del sujeto y ser muy perjudicial para ello. El inspector conocía a Rojo desde hacía años, pero nunca lo había visto tan alterado. Sabía que estaba pasando por una mala época, debido al estrés y al caso de aquel asesino, pero si no reculaba o controlaba, pronto le costaría un disgusto. Por otro lado, Rojo comenzaba a desesperarse con la situación. La investigación avanzaba con más lentitud que nunca y tanta supervisión la sentía como si una oscuridad sobrevolara sobre ellos. Cada segundo perdido era una puñalada para él, pues sabía que el asesino estaba, en alguna parte, agazapado en las tinieblas.

—¡Es la verdad, por Dios! —exclamó el joven, tratando de recomponerse—. Estaba pidiendo limosna y el tipo me mostró el sobre. No sabía para quién era ese mensaje, ¡jamás me hubiera acercado de haberlo sabido!

Con una notable frustración, le colocó el puño en la cara, a punto de machacarle la cabeza contra la pared. La presencia de Ramos lo detuvo y, acto seguido, abandonó el cuarto de interrogatorio.

En el pasillo, se topó con Robles junto a la máquina de refrescos.

—¿Qué sucede?

—Es el comisario, te está buscando.

Rojo soltó un gruñido de irritación, esforzándose por contener su ira.

—¡Inspector! —Robles intentó retenerlo, pero Rojo continuó su marcha—. Es sobre lo de antes...

—Ya terminamos con eso. Aprende a cargar con tus errores —zanjó, desapareciendo por el pasillo.

***

—Comisario, ¿deseaba verme?

—Rojo, ¿qué significa todo esto? —El comisario Maruenda se levantó con un gesto severo, señalando hacia la puerta. Su postura y tono denotaban que no estaba para juegos—. ¿Por qué hemos traído a un toxicómano a la comisaría? ¿Habéis perdido el juicio?

—Todo tiene una explicación, comisario.

—Realmente, no estoy en posición de escuchar excusas —replicó Maruenda, dándose la vuelta con un aire preocupado y rascando su barbilla—. Esto se nos está yendo de las manos.

—Eso es evidente —admitió Rojo, aunque sabía que no debería haber añadido nada.

El comisario suspiró profundamente.

—La víctima de esta mañana...

—La señora Bosch.

—María Dolores Bosch... —El comisario se mostró visiblemente perturbado—. Su fallecimiento cambia las cosas. ¿Te das cuenta?

—Comisario, desconozco el panorama completo. ¿Podría iluminarme?

Maruenda lanzó una mirada nerviosa.

—María Dolores Bosch era una importante abogada... relacionada con personas de la provincia, aún más importantes que ella. Su pérdida suscita en el aire diversas cuestiones y deja numerosos casos sin defensa. Es un golpe duro para muchas personas, por lo que debemos tratar esta investigación con el respeto y la privacidad que merece...

Rojo levantó una ceja, sorprendido.

—Todos arrastramos un pasado, a veces más oscuro de lo que nos gustaría.

—Por el amor de Dios, Rojo, no es momento para tus ironías —resopló Maruenda—. Esto es grave. Hay rumores de que Madrid quiere intervenir y enviar refuerzos. Si esos tipos comienzan a rascar...

—¿Dónde está el inconveniente?

—Nosotros somos el inconveniente —contestó Maruenda, frunciendo el ceño—. Sabes que tú también lo eres, pero no puedes abandonar este caso ahora.

—No tengo intención de hacerlo. Soy un policía de palabra.

—Eso espero... —Maruenda se paseó alrededor de su escritorio, pensativo—. Hay quienes podrían alegrarse de lo que está sucediendo, pero en nuestra posición, es un revés. Dime, ¿tienes algo que reportar?

Rojo vaciló.

—Apenas han pasado veinticuatro horas desde que comenzamos a investigar el asesinato del cartero. Ahora, me encuentro con otro cadáver en condiciones parecidas. ¿Qué espera escuchar? ¿Una verdad incompleta o una distracción momentánea?

Maruenda suspiró, agotado.

—Dame algo, lo que sea.

—Hay un patrón. Tanto en las víctimas como en la metodología del asesino. Es evidente. Solo necesitamos tiempo para descifrarlo.

—He dicho que me des algo, lo que sea... y no una obviedad.

—El asesino utiliza el crimen para plantear un acertijo que lleve a la próxima víctima. Es pronto para hablar.

—No, no lo es. Dispara.

—Me da la impresión de que busca reconocimiento. Tortura a las víctimas, lo cual me hace pensar que las conocía ya. También se toma la pausa para fumar después de matarlas, dejando la colilla apagada en un vaso de agua y a la vista de quienes llegamos después.

—¿Algún mensaje?

—Usa pasajes bíblicos para justificar los crímenes.

—¿Es un varón?

—Parece que sí. Está jugando con nosotros, considerando que está un paso por delante. Incluso se atreve a darnos un incentivo.

—Con esta ciudad bulliciosa y los ojos por todas partes... ¿Nadie vio nada? ¡Es imposible!

Rojo titubeó. Su hipótesis, aunque fundada, podía sonar extravagante. Y no quería que el comisario lo mirara con escepticismo.

—Tengo una teoría, comisario. Es arriesgada y, francamente, podría estar errado. Pero siento que no podemos ignorarla.

—Dime.

—Podría tratarse de un asunto personal, una venganza.

La expresión del comisario cambió visiblemente.

—¿Por qué estás tan convencido?

—Cuando un abogado triunfa, hay otro que sufre una derrota —Rojo pausó, considerando cómo seguir—. El paquete encontrado tenía dentro la sentencia de un caso en el que María Dolores Bosch salió victoriosa hace unos años. Estaba implicada en un accidente fatal mientras conducía bajo la influencia del alcohol. A pesar de la gravedad, evitó una condena.

Maruenda lo miró fijamente.

—¿Y cómo conectas esto con el cartero?

—Directamente, no hay conexión. Pero el asesino dejó una foto de la víctima del accidente en el lugar del crimen y un versículo que hacía referencia al juicio de la joven. Una foto comprometida de la joven menor de edad, practicando sexo en un portal. Un documento que tomó el propio Lara... y que sospecho que fue usado por Bosch, más tarde, para el juicio. Aunque admito que al principio no supe cómo unirlo todo, ahora comienzo a verlo más claro. Ha repetido la secuencia.

—Rojo, ¿entiendes la presión que hay con este nuevo homicidio? —interrumpió el comisario, olvidándose del asunto de la chica. En el fondo, sólo le importaba la abogada—. Estamos a punto de convertirnos en el centro del escrutinio público.

—El pueblo no tenía buena opinión de Bosch.

—Somos profesionales. Controlaremos el relato y seremos cautelosos con la información. ¿Me entiendes?

—Lo crucial es no alertar al asesino con detalles que solo nosotros deberíamos conocer. La brigada está lista para enfrentar la presión.

—Aún no lo captas.

—Comisario, lo que entiendo es que un asesino está libre y que probablemente actuará de nuevo. Le estamos haciendo la fiesta con todo esto y, sinceramente, cada segundo cuenta.

—A pesar de lo que puedas estimar, la percepción pública de Bosch y de la joven que atropelló no es la misma. Su muerte sacude estructuras más grandes.

—Para mí, cada vida pesa igual, comisario.

Mirando su reloj, Maruenda soltó un suspiro.

—Esto me va a arruinar el descanso que tenía planeado y me costará un disgusto con mi santa esposa —murmuró—. Espero un perfil detallado del sospechoso y una actualización a las diez en punto de esta noche. Sin deslices.

—Entendido.

—Trabaja rápido, Rojo. Yo, mientras tanto, seguiré intentando mantener todo bajo control.

24

El descubrimiento de una segunda víctima en menos de un día oscurecía aún más el panorama. Maruenda había lanzado una advertencia clara y Rojo entendía que debía replantear su enfoque. La muerte de la abogada Bosch delineaba una nueva dirección para el caso. A pesar de no haber impedido su trágico final, ahora se vislumbraba un hilo conductor hacia Lara. Bosch había representado legalmente al cartero en múltiples ocasiones y el equipo sospechó que no era por mera caridad, deduciendo que sería una de las razones por las que las denuncias habían sido retiradas. El lujoso mundo de Bosch contrastaba radicalmente con la vida humilde de Lara. Sin embargo, era plausible que Lara, con sus encargos particulares, financiara los servicios de Bosch. Afortunadamente, la meticulosa investigación y el rastreo de evidencia desvelaron el vínculo oculto entre ambos. Los archivos de Lara confirmaron las sospechas: Bosch utilizaba a Lara para reunir materiales que le facilitaban el chantaje a terceros, ya fueran jueces, colegas, abogados o sus propios clientes.

—Lara era el nexo, el facilitador —observó Rojo, apuntando a los documentos que tenía sobre la mesa—. Trabajaba de la mano con Bosch y ella cuidaba de que estuviera contento. De ahí que Lara le consiguiera otros clientes. Precisamos un listado detallado de sus últimos juicios.

—Lo tienes aquí mismo —respondió Ramos, señalando una montaña de papeles.

Rojo levantó las cejas.

—¿Y quieres que repase todo esto?

Ramos simplemente levantó los hombros en respuesta. Robles intervino:

—Deja, yo me encargo. Hice una búsqueda en línea y uno de los casos de Bosch tuvo bastante eco mediático. Representó a una empresa farmacéutica especializada en tratamientos de fertilidad.

—Espera, ¿qué has dicho?

—Siempre en el ojo del huracán, esa Bosch —murmuró Ramos.

—Varias mujeres demandaron a la firma por no advertirlas de los severos efectos secundarios. Hablamos de úlceras, infertilidad, problemas menstruales crónicos... Incluso, dos pacientes fallecieron por cáncer de ovario. Estoy convencido de que este caso está entre esos papeles.

Ramos frunció el ceño.

—Eso es más que retorcido.

—¿Qué resolvió el tribunal?

—Otorgó una compensación simbólica a las afectadas y a las familias de las fallecidas. Luego, silencio absoluto. Pero la empresa sigue activa, ofertando el mismo tratamiento a las clínicas privadas de fertilidad.

En el centro de la sala, una pizarra blanca monumental servía como lienzo para las piezas del rompecabezas. Rojo, armado con un rotulador, escribió los nombres de las víctimas y comenzó a trazar conexiones entre ellos. Las piezas comenzaban a encajar.

—«Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja a que un rico entre en el Reino de Dios» —recitó, recordando la segunda nota—. Treinta monedas que representan la avaricia y la traición... y una persona enriquecida a costa del sufrimiento. Si encontramos un perfil, habremos dado con la siguiente víctima.

Se habían desviado de la interpretación inicial, pero Rojo intuía que ahora se encontraban en el camino correcto.

«La ambición humana y su intento de alcanzar la divinidad por medios propios...», musitó Rojo, recordando la frase que Pérez le había dicho y que ahora resplandecía con un brillo siniestro en su mente.

Escribió con firmeza el nombre de Lorena Jiménez, la joven víctima de un atropello, justo por encima del de la abogada Bosch, y junto a él, anotó los números del primer versículo de Mateo que el asesino había dejado. La imagen de Lorena le vino a la mente, conectando las piezas dispersas. José Luis Lara la había capturado en fotografía y quizás, lo que Rojo había encontrado no era más que la punta del iceberg de lo que Bosch había revelado a la familia. Conociendo la forma de operar de ambos, veía probable que la abogada hubiera usado a Lara para manipular a la familia de la difunta Lorena.

—Necesitamos localizar al padre de Lorena. Él podría ser una clave para desentrañar todo esto y acercarnos al sospechoso.

Acto seguido, escribió «Cascales» en el centro de los nombres, creando conexiones con los otros sujetos. Volvió a Bosch y trazó dos líneas para anexar a las víctimas del caso farmacéutico. Tal vez, un pariente dolido optó por vengar la muerte de su ser querido. Aunque era poco común, había quienes no podían superar su duelo y ansiaban limpiar la memoria del fallecido. Pero no podían permitirse especulaciones vagas; el tiempo jugaba en su contra y la complejidad del caso superaba lo imaginado.

En un momento de reflexión, dibujó un signo de interrogación dominante en la pizarra.

—Ramos, necesito que investigues a fondo a las dos mujeres que fallecieron debido al tratamiento. Deseo una lista con sus parientes más cercanos y detalles sobre sus parejas, si es que las tenían.

—¿Qué insinúas? —preguntó Ramos, con la ceja alzada.

—Cada vez se refuerza más la teoría de que estamos tratando con un hombre sediento de venganza. Alguien que contactó con Lara y que se introdujo en la vida de Bosch... y ninguno pareció resistirse. Da la impresión de que el asesino no era un desconocido para ellos.

—Si fuese un pariente, tanto Bosch como Lara habrían identificado a esa persona. ¿No lo ves así?

—El tiempo deja huellas. Las personas evolucionan, tanto en apariencia como en esencia. Quién sabe, quizás el asesino se ha estado preparando meticulosamente para este momento. Lo cual no me sorprendería, después de notar la soberbia con la que abandona los cadáveres.

—¿Qué haremos respecto a Cascales?

—Mantendremos una vigilancia sobre él por las próximas cuarenta y ocho horas. El comisario me ha dado carta blanca para ello... ¿Tienes el nombre del acusado por el caso de la farmacéutica?

Robles deslizó su dedo por la pantalla del móvil.

—Alonso Pascual —articuló y algo pareció alterarle el pulso. Se dirigió al montón de documentos que había reunido de Bosch y buscó el juicio de la empresa farmacéutica. A este, había grapadas varias hojas con noticias sacadas de Internet. Los ojos del inspector se clavaron en el texto—. Pascual fue destituido de su cargo poco después del escándalo...

—¿Hace cuánto de eso?

—Un par de años —respondió Robles, señalando al texto.

Rojo sintió un escalofrío recorrer su espalda al constatar que las fechas coincidían.

—Maldición... —susurró, buscando con rapidez la llave de su vehículo en el bolsillo—. ¿Dónde reside Pascual?

—No tengo esa información a mano...

—¡Encuentra su dirección, de inmediato! —gritó Rojo, su tono revelando una urgencia que descolocó a los presentes.

—¿Qué te preocupa?

—Necesitamos movernos ya. Hay una posibilidad alarmante de que Pascual sea el siguiente en la lista del asesino.

25

Robles y Rojo se lanzaron al vehículo, mientras que Ramos subió en otro con un compañero. Salieron como flechas de la comisaría de policía, con las sirenas rompiendo la noche, obligando a los demás vehículos a ceder el paso. Rojo, con un presentimiento acuciante, sospechaba que Alonso Pascual estaba en la mira del asesino y que el reloj corría en su contra. En su vertiginoso trayecto, rodearon la ciudad por el paseo marítimo. Pascual residía en uno de los lujosos apartamentos con vistas al mar que delineaban la costa.

A pesar de la urgencia, la presencia policial no pasó inadvertida para los paseantes urbanos. Al detenerse, Rojo evaluó rápidamente las entradas y salidas, dividiendo al equipo en dos: uno tomaría el ascensor, el otro las escaleras.

La mirada tensa de Robles se cruzó con la de Rojo. Ambos sentían la adrenalina recorriendo sus venas, sabiendo que estaban al borde de un precipicio.

Frente a la puerta del apartamento, Rojo hizo un gesto al subinspector para que estuviera listo y luego presionó el timbre. La sutil comunicación entre ellos trazaba un plan silencioso. Unos pasos resonaron desde el interior, acercándose lentamente. El inspector, aun sin ver, escuchó con atención. La sensación de amenaza inminente le erizó la piel.

La puerta se abrió revelando a una mujer con una blusa fresca y pantalones caqui. El inspector supuso inmediatamente que sería la esposa de Pascual. Con un gesto, indicó a Robles que relajara su postura y guardara el arma. La señora, desconcertada, los observó.

—Disculpe la interrupción —comenzó Robles, mostrando su placa—. Somos de la Policía.

—¿Se encuentra su esposo en casa? Es urgente —preguntó Rojo, yendo directo al grano.

El semblante de la mujer reflejó preocupación al conectar la gravedad en la mirada del inspector con la posible fortuna de su marido.

—No, no está en casa... ¿Qué le ha ocurrido? ¿Ha hecho algo Pascual?

—¿Podría decirnos dónde está o cómo localizarlo?

Mirando su reloj, dijo con voz temblorosa:

—Debería estar de regreso pronto... Tenía reuniones hoy, pero prometió llegar para cenar. ¿Qué está pasando?

—No está pasando nada, señora. —Rojo dio un respingo, a la vez que observaba el rellano —. ¿Cuándo ha sido la última vez que se han visto?

—Esta mañana...

—¿Ha notado algo extraño a lo largo del día? ¿Alguien inusual rondando su hogar?

La confusión en sus ojos era palpable, pero algo en su intuición le decía que estaban al borde de un abismo.

—Hoy no he notado nada extraño.

—¿Ha tenido visitas recientemente? ¿Algún servicio técnico o reparación?

Ella sacudió su cabeza en negación.

—Nada en absoluto.

Los ojos penetrantes del inspector se desviaron, detectando un cuenco de porcelana en la entrada. Estaba lleno de llaves y un control remoto.

Justo entonces, se oyó el resonar de los pasos apresurados de Ramos y el otro agente. Llegaron al rellano, jadeando ligeramente.

—Todo despejado en las escaleras. Juro que la próxima vez voy en el ascensor —comentó Ramos con un deje de humor.

—Estoy realmente preocupada —intervino la señora, con voz temblorosa—. ¿Qué sucede con Pascual? ¿Por qué todas estas preguntas? Tengo derecho a una explicación.

—Necesitamos que nos haga un favor. Llame de inmediato a su marido.

Robles intervino, intentando ser calmado y reconfortante.

—No hay motivo para alarmarse, señora. Solo necesitamos hablar con él.

—Claro... —respondió y sacó un teléfono móvil del bolsillo del pantalón. Buscó el número y se colocó el aparato en la oreja—. El teléfono da tono, pero no contesta. Es probable que esté conduciendo. Le tengo prohibido que hable mientras está en la carretera.

—¿Dónde estaciona su coche, señora?

—En el garaje del edificio —respondió, señalando al elevador—. ¿Por qué?

—¿Qué vehículo tiene?

—Un Mercedes azul marino.

—¿Tiene la matrícula en mente?

—¡No recuerdo esos detalles!

—Sería útil.

—Por el amor de Dios...

—Por favor, si es tan amble, denos la llave para acceder al garaje —solicitó el inspector—. Será una simple comprobación.

Visiblemente inquieta, la mujer cedió las llaves.

—Esto es muy extraño. Por favor, díganme que está bien.

Robles, con una pizca más de humanidad que sus colegas, intentó ser tranquilizador.

—No podemos darle detalles, pero queremos asegurarnos de que a su esposo no le ha pasado nada.

—Eso no me ayuda, señor agente...

—Trate de relajarse, señora —aconsejó Ramos y le pidió a otro agente que permaneciera con ella. Su angustia iba en aumento, sintiéndose desprotegida ante lo desconocido.

El trío de policías se dirigió al ascensor. La atmósfera era tan tensa, que se sentía casi tangible.

—¿Cuántos Mercedes azules habrá en ese garaje? —bromeó Robles, tratando de aligerar el ambiente, aunque su humor cayó en saco roto.

Rojo, con decisión en su mirada, les dio instrucciones.

—Vosotros dos, por la puerta principal. Yo usaré el elevador. Nos encontramos abajo.

—¿Estás seguro?

—Sí. Hay que cubrir todas las salidas.

Los tres asintieron juntos, preparados para cualquier contratiempo.

El ascensor se detuvo al nivel de la calle. Cuando las puertas se abrieron, los agentes avanzaron hacia la salida del edificio.

—Antes de continuar... —indicó el inspector, sosteniendo en la mano la llave que le daría acceso al nivel del garaje—. Necesitamos que nos dé información. Maruenda precisa nombres, no cadáveres.

Los oficiales confirmaron con un gesto, acelerando el paso hacia el exterior. El ascensor retomó su trayecto, descendiendo hacia el aparcamiento subterráneo. Una sensación eléctrica lo recorrió, como si estuviera siendo atraído hacia su presa. Con decisión, desenfundó su arma y tomó un profundo aliento. El peso en su pecho, la tensión en cada músculo, eran cada vez más notables. Esa era la esencia del peligro, una razón que mantenía a muchos a pie del cañón: la necesidad de esa intensa descarga de adrenalina para sentirse vivos. En situaciones como esta, confiaba en su experiencia, dejándose guiar por su instinto pulido tras años de servicio. Pero eso tampoco le aseguraba el futuro.

Al llegar al estacionamiento, echó una rápida mirada en el reflejo del metal de la puerta y después la empujó, liberando el aroma característico de neumático de coche, cemento y combustible. Antes de entrar al área de los vehículos, una puerta metálica se interponía, como barrera entre dos mundos.

Una sonrisa sutil se formó en sus labios. No lo había compartido todo con sus colegas. En el fondo sabía que, si las cosas se torcían, no dudaría en hacer lo necesario, incluso si eso significaba enfrentar al criminal de la manera más cruel.

26

Al adentrarse, lo primero que captó su atención fue un robusto pilar de cemento marcado con líneas alternas de rojo y blanco, junto al cual estaba fijado un extintor. La oscuridad reinaba, limitando su visión. Con tacto, exploró la superficie fría del muro en busca de un interruptor. Al hallarlo y apretarlo, una serie de luces tubulares cobraron vida en el techo, aunque algunas, al borde de su vida útil, parpadeaban erráticamente.

—Perfecto... —susurró sarcásticamente, empuñando su arma en actitud defensiva.

Desde su posición, examinó el mosaico de plazas de garaje, algunas vacías, otras ocupadas por vehículos de diferentes modelos. El espacio era más amplio de lo que inicialmente había estimado. Reflexionando sobre su interacción con la esposa de Pascual, Rojo meditó su teoría sobre los ataques del asesino. Las medidas de seguridad del edificio complicaban una posible acción de entrar y salir sin ser detectado, por lo que no podría actuar en el domicilio de la víctima. Por un ligero instante, se cuestionó la probabilidad de su error, poniendo a prueba su confianza. Por suerte, el tóxico pensamiento se desvaneció tan pronto como se sumergió en la mente del asesino, planteándose cómo abordaría al exdirectivo, pasando desapercibido. Pensó que ese aparcamiento, era un escenario idóneo para la emboscada: simplemente debía elegir un espacio, aguardar la llegada de Pascual y actuar. Pero Rojo también contempló otro escenario donde él era una pieza clave, algo que el asesino, astuto como era, habría anticipado.

Esta posibilidad aumentó su nivel de alerta.

Caminó entre las plazas, palpando el capó de los coches para sentir cualquier rastro de calor reciente. Sus colegas no habían hecho acto de presencia aún y se cuestionó el motivo del retraso. A pesar de su minucioso chequeo, el Mercedes de Alonso Pascual brillaba por su ausencia.

Mientras se encaminaba hacia la rampa de salida, un sutil destello despertó su atención. Girándose hacia el origen del brillo, se encontró con un Renault Clio negro aparcado en una esquina solitaria, con el piloto de la alarma centelleando.

Con paso cauteloso y arma en mano, se acercó al coche. Aunque no le pareció haber nada extraño allí, se aseguró de ello. Después se inclinó para mirar a través de la ventana del acompañante, pero la luminosidad de las luces del techo, combinada con la sombra del rincón, oscurecía la vista del interior, dejando un misterioso bulto oculto en la penumbra.

—Mierda... —murmuró, intentando activar la linterna de su móvil, pero al instante se percató de que no tenía señal en aquel lugar.

El aire se llenó de un marcado aroma a tabaco, que se entremezclaba con la familiar fragancia del escape de los vehículos. Una sombra que proyectaba una amenazadora silueta se perfiló

sobre el cristal y antes de poder reaccionar, un brazo le rodeó la garganta, ejerciendo una presión letal con un preciso mataleón. Atrapado por sorpresa, Rojo peleó por liberarse. El garaje se sumió en la oscuridad por unos instantes debido al temporizador. El tiempo apremiaba; a medida que pasaban los segundos, la consciencia de Rojo estaba en peligro. Dejando caer su arma, trató de liberarse, pero sus piernas flaquearon y su visión se tornó borrosa.

Repentinamente, la luminosidad volvió al garaje. La presión en su cuello cesó y una figura se esfumó hacia la salida. Un Mercedes irrumpió en la escena, deteniéndose abruptamente frente al aturdido inspector. Sus dos colegas se precipitaron hacia él. Robles fue el primero en llegar, mientras Ramos le indicaba a Pascual que saliera del coche.

—Inspector, ¿está bien?

Rojo, con el rostro enrojecido, tratando de recuperar el aliento, tartamudeó:

—Era él... Estoy seguro... Se ha esfumado...

—¿Hacia dónde?

—Por esas malditas escaleras... —Robles le ayudó a erguirse. Cuando el subinspector hizo ademán de seguir al fugitivo, Rojo le detuvo—. Espera, no vayas...

—¿Lo has visto? ¿Tienes detalles de su aspecto?

—No, pero esto hará que se confíe... pensando que ha logrado despistarnos... —dijo Rojo, observando el vehículo junto a él. Luego notó una colilla aplastada en el suelo y reconoció la marca a la que pertenecían—. Está cometiendo errores... Sabe que lo tenemos cerca...

—Sí, ya veo. ¡Casi te mata!

Alonso Pascual, con una apariencia pulcra, los observaba con desconcierto.

—Agentes, ¿qué ocurre? ¿Qué es todo esto? Mi esposa está inquieta, dice que mi vida está en peligro...

Ramos le lanzó una mirada incisiva.

—Señor Pascual, por su seguridad, necesitamos que venga con nosotros y haga lo que le pidamos.

El hombre parpadeó, desconcertado.

—¿Acaso he infringido alguna ley?

La respuesta fue un silencio elocuente de los agentes. Suspirando, Pascual sacó su móvil.

—Antes de ir a ninguna parte, necesito llamar a mi abogada... No sería la primera vez que me hacen una encerrona.

Rojo se adelantó y le impidió que llamara, con un agarre firme en su antebrazo.

—Su abogada no responderá.

Pascual frunció el ceño. No parecía conocer las últimas noticias.

—Seguro que sí. Ella siempre atiende mis llamadas —dijo y se apartó de su mano con brusquedad—. Permítame el derecho, inspector.

—No lo hará en esta ocasión... La señora Bosch fue asesinada anoche —reveló Rojo, observando cómo el interlocutor se desvanecía ante la noticia—. Creemos que el asesino ha intentado atacarle a usted también. Si no hubiéramos intervenido, podría haberse convertido en su próxima víctima.

El individuo tragó saliva, visiblemente afectado.

—Dios...

—Por el bien de su esposa, colabore con nosotros.

27

Durante todo el trayecto, Alonso Pascual se había mantenido en un sepulcral silencio. Parecía consumido por la angustia tras el fatídico destino de Bosch, y su rostro revelaba un miedo palpable de que él pudiera ser el siguiente. Rojo aún estaba bajo el impacto del reciente ataque y lamentaba, de algún modo, haber dejado escapar a su agresor. Una fragancia densa, la combinación de nicotina y una colonia intensamente masculina, eso era lo que perseguía, un aroma vagamente reconocible. Para su suerte, el desencuentro no había sido un desastre del todo y, entre las sombras de la adversidad, emergieron algunas certezas: poseían un perfil del sospechoso, datos del vehículo, la confirmación de sus teorías y un respiro temporal ante la presión mediática y la de Maruenda. En ese momento, su enfoque se centraba en rastrear y capturar al culpable. El aire en la oficina estaba cargado de tensión, pero Rojo sentía, en su fuero interno, que estaban en el camino correcto.

Ramos extendió un vaso de agua a Pascual y tomó asiento, listo para anotar cualquier detalle revelador. Aunque no era un interrogatorio oficial, cada fragmento de información contaba. Robles se colocó casualmente contra la pared mientras Rojo se sentaba en la silla opuesta.

Alonso Pascual, con un rostro marcado por las profundas arrugas, parecía estar absorto en sus pensamientos, fijando su vista en el agua que le habían ofrecido. Luego, con voz quebrada, preguntó:

—¿De qué manera murió ella?

—Es mejor que no lo sepa y así se ahorrará una imagen desagradable en su mente —respondió Rojo con suavidad—. ¿Reconoció ese coche en el aparcamiento o tal vez a quien lo manejaba?

—No —dijo Pascual, tomando un trago del agua con unas manos que apenas podían contener el temblor—. Algunos alquilan plazas allí, no son solo para residentes. Ni siquiera sé quién aparca a mi lado...

Rojo asintió ligeramente y, sin necesidad de instrucciones, Robles salió apresuradamente para indagar más sobre ese detalle.

—Escuche, señor Alonso —comenzó el inspector, intentando ganarse su confianza—. Creemos que el agresor conocía su rutina, es posible que le haya estado observando desde cerca.

—¿Qué? No es posible... Lo habría notado.

—¿No ha observado comportamientos inusuales últimamente? Alguien que se acerque a usted para pedirle ayuda, algún tropiezo casual... Cualquier clase de detalle nos será de ayuda.

—No, nada fuera de lo común... Desde el incidente del juicio, mantengo un perfil bajo y procuro no buscarme más enemigos de los que ya tengo. Hay días en los que no es fácil ser uno mismo.

—Se refiere al caso de las mujeres que fallecieron debido a los medicamentos que su...

Pascual lo interrumpió, sus ojos destellando con fervor y su rostro tensándose.

—La medicina es una disciplina compleja. Los laboratorios cumplimos con las reglas que nos imponen los gobiernos y las regulaciones europeas... Yo sólo era un directivo, un tipo que daba órdenes a sus empleados, nada más... Aquellas personas firmaron acuerdos, conocían los riesgos. El cuerpo humano es una entidad sorprendente, tanto en sus virtudes como en sus carencias...

—Disculpe si me he perdido, pero...

—Inspector —intervino Alonso con un tono más elaborado—, aquel medicamento pasó rigurosamente todos los controles y fue aprobado. Que esas damas contrajeran cáncer no implica que fuera por culpa del fármaco o del tratamiento establecido. Sospecho que solo intentaron aprovecharse de la situación.

Un silencio momentáneo surgió entre Rojo y Ramos. Este último intuyó que el relato de Pascual sería más una autojustificación que un testimonio útil.

El orgullo seguía latente en el hombre.

«Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja a que un rico entre en el Reino de Dios».

—Cuéntenos sobre las fallecidas. Eran dos señoras, ¿cierto?

—Así es.

—Después del veredicto, ¿tuvo altercados con algún familiar de ellas?

—No... nada significativo... Comprendí la impotencia de los familiares, pero no lo tomé como algo personal, aunque ellos volcaran su odio en mí... —respondió Alonso, desviando la mirada, como si estuviera reviviendo un viejo recuerdo—. Aunque... sí recuerdo a un hombre, el esposo de una de ellas. Su mirada ardía en llamas, como si hubiera encarnado al mismísimo Lucifer. ¿Entienden lo que quiero decir?

—¿Puede recordar su nombre?

—No... Gracias a Dios, mi mente ha bloqueado gran parte de aquel capítulo. Pero sí recuerdo aquella figura, fumando silenciosamente fuera del tribunal, maldiciéndome con la mirada, deseándome lo peor. Uno sabe cuándo están maldiciendo a su santa madre y ese hombre no tenía buenas palabras para mí. Tal vez estaba justificado en su dolor, pero yo no era el responsable.

Ramos echó un vistazo significativo a Rojo y anotó en silencio.

—¿Puede describirnos al individuo?

Alonso esbozó una sonrisa irónica.

—Era de baja estatura, ojos claros, y caminaba con esa rigidez tan característica de ustedes, los uniformados.

Rojo frunció ligeramente el ceño.

—La señorita Bosch fue su defensora legal...

—Correcto, aunque absolver mi nombre no tuvo mucho efecto. Durante el juicio, se solicitó mi renuncia. Tiene gracia, ni siquiera me dejaron que defendiera mi inocencia públicamente... Aprendí quiénes eran realmente mis amigos.

—¿Cómo describiría su relación con la abogada?

—Estrictamente profesional. Ella no formaba parte de mi círculo privado. Habíamos colaborado anteriormente, si es lo que insinúa.

—¿Alguna conexión en común?

Con un gesto de incredulidad, Alonso respondió:

—Cuando te enfrentabas a un gran problema legal, acudías a ella. Era, sin duda, una de las letradas más prestigiosas de Alicante. Era mejor que estuviese a tu lado, que al otro extremo del banquillo.

Rojo asintió lentamente.

—El asesino debía tener algún tipo de relación con ella, si logró que le permitiera entrar en su hogar...

—Lo que ocurrió entre ellos no tiene que ver conmigo, ya se lo he dicho. Yo solo mantuve vínculos profesionales con ella.

De forma meticulosa, Rojo extrajo de una carpeta una fotografía de Lara, la primera víctima, obtenida de sus memorias personales.

—¿Reconoce al sujeto de la izquierda?

Alonso examinó la imagen y su semblante se alteró visiblemente.

—Es él —afirmó, señalando al desconocido que aparecía con Lara—. El hombre con barba y gorra, a la derecha. Es el esposo de la víctima del que le hablaba.

Rojo analizó detenidamente la fotografía una vez más, como si buscara algún detalle previamente pasado por alto.

—¿Está absolutamente seguro? —inquirió Ramos, insistiendo en la confirmación—. Es importante que lo esté. Podría determinar muchas cosas.

Alonso suspiró, un tanto exasperado.

—No es un rostro que se olvide fácilmente. Así que sí, estoy seguro. Pero... ¿qué relación tiene esto con lo que está pasando ahora?

—El que acompaña a ese hombre es José Luis Lara, un fotógrafo que prestaba sus servicios a Bosch y otros clientes. Era especialista en desenterrar secretos ocultos para inclinar la balanza en los juicios a su favor.

Alonso arqueó una ceja.

—¿En serio?

—No parece particularmente impactado.

Alonso esbozó una leve sonrisa.

—Bosch siempre se aseguró de que su estrategia estuviera un paso por delante. Ganar, sin importar los medios, era su lema. Si tenía que usar a alguien para descubrir información comprometedora, lo haría. Está claro que, para ella, el fin justificaba los medios.

La conferencia llegó a su fin con más incertidumbres que respuestas. La dupla de inspectores coincidió en que Alonso Pascual había agotado su utilidad en este caso. Se le garantizó protección y se le instó a mantener el silencio. No estaban seguros de cuánto tiempo sería factible mantener ambas promesas. No podían desplegar un guardia en la puerta de cada posible objetivo. Aunque Maruenda rechazaría tal propuesta, requerían tiempo. Necesitaban adelantarse al asesino antes de que volviera a actuar.

Al volver a la comisaría, procesaron rápidamente la información recabada. Por fin, algunas pistas comenzaban a esclarecerse y su foco se dirigía hacia el individuo de la fotografía. Eso les alimentó los ánimos, ayudando a que la esperanza creciera. Durante el interrogatorio a Alonso, Robles había avanzado en paralelo, obteniendo más detalles del caso. Por desgracia, un revés los esperaba: las placas del Clio eran robadas, provenientes de un auto en desuso destinado a ser chatarra. No obstante, no todo era un callejón sin salida. Revisaron el fallo del juicio anterior y encontraron detalles sobre las dos mujeres fallecidas. La información sobre una era escasa, pero la otra estaba casada.

—Aquí dice, Miguel Fuertes Rodríguez —anunció Ramos, su voz sonando cansada mientras escudriñaba montones de documentos—. Al parecer, volvió a Málaga y contrajo nupcias por segunda vez.

—¿Podemos ver una foto?

—Voy a buscarla, pero puede tardar...

—Búscalo en línea, quizá en alguna plataforma social —sugirió Rojo, acertadamente.

En un portal profesional encontraron dos perfiles que coincidían. Sin embargo, solo uno tenía conexiones con Málaga. Aunque el currículum encajaba, el rostro de Miguel Fuertes no concordaba con la descripción proporcionada por Alonso. No se asemejaba en lo más mínimo al individuo que aparecía junto al fotógrafo. Rojo descartó esa pista.

—Debemos contactar a la familia de la víctima —decidió—. Ellos nos proporcionarán el nombre que buscamos. Una vez que lo tengamos, estará en nuestras manos.

Un oficial se acercó con una expresión apresurada.

—Inspector, el comisario Maruenda lo espera en su oficina.

—Gracias —asintió Rojo.

Se puso de pie, agarrando la foto en cuestión. Dirigiéndose a su equipo, declaró:

—Ganaré tiempo. Mientras me peleo con el jefe, descubrid la identidad de ese hombre. Con suerte, esta pesadilla terminará antes del fin de semana.

28

Con paso firme y determinado, Rojo avanzó hacia el despacho de Maruenda. Esta vez, no iba sin pruebas. Su objetivo era claro: conseguir el respaldo del comisario para movilizar un operativo especial y localizar al sospechoso. Era crucial contar con el apoyo de todas las comisarías, incluso de la policía municipal, para intensificar la vigilancia en la ciudad. Aunque había alcanzado al sospechoso en una situación vulnerable, Rojo sabía que el peligro no había pasado. Si el asesino intentaba acercarse a la casa de Alonso Pascual, sería su perdición. Solo necesitaba tiempo y un golpe de suerte, un verdadero milagro. En ese momento, todo dependía de la cooperación de la familia de la víctima.

Hizo una pausa, inhalando profundamente, antes de tocar a la puerta. La respuesta de Maruenda sonó tensa y distante, anticipando una atmósfera cargada. Al abrir la puerta, Rojo encontró al comisario mirándolo fijamente, con la luminosidad del ordenador resaltando sus rasgos rígidos.

—Comisario.

Maruenda, sin mediar palabra, le instó a revisar las últimas noticias en su terminal móvil. Y cuando Rojo lo hizo, una ola de inquietud lo embargó.

El titular del periódico Información reveló un panorama desolador.

«Pánico en Alicante tras dos asesinatos en menos de 72 horas».

En menos de 72 horas, dos personas han sido víctimas de unos siniestros crímenes que han puesto en jaque la seguridad de la ciudad. Las víctimas, un varón jubilado y una conocida abogada de la capital levantina, sufrieron el mismo ataque en sus domicilios, por lo que, los crímenes parecen haber sido perpetrados por el mismo homicida. La policía ha abierto diferentes líneas de investigación posibles, con el fin de encontrar al autor lo antes posible. Aunque las fuentes oficiales se niegan a hablar de ello, varias fuentes han confirmado la visita de Cascales a la Comisaría Provincial, lo que podría ser un indicio de su relación en el caso. La investigación, a cargo de la Brigada de Homicidios de Alicante, trabaja arduamente en encontrar al autor de los macabros asesinatos, mientras que la oposición en el Ayuntamiento exige que se ordene el toque de queda en la ciudad hasta que haya un detenido. El alcalde pide calma a los ciudadanos y confianza en la eficacia del Cuerpo Nacional de la Policía. El caso está comandado por el inspector Rojo, conocido por su implicación en el caso del Carnicero de Monóvar, un trágico episodio que conmocionó a la provincia hace unos años y que terminó con la detención y muerte del asesino en serie Miguel Díaz.

La presión estaba al máximo. La ciudad clamaba por justicia y respuestas y Rojo era consciente de que el tiempo se le agotaba.

La noticia seguía, pero Rojo ya había captado la esencia. Estaba escrita por esa periodista ambiciosa y sensacionalista de la cadena local.

—¿Qué significa esto? Necesito respuestas, no vacilaciones, porque mi paciencia está al límite.

Maruenda siempre había estado sensible a las críticas y al escrutinio público, especialmente cuando procedían de las esferas políticas. Rojo lamentó el revuelo, consciente de que solo proporcionaría un velo de impunidad al asesino. Intuyó que Robles, llevado por las manipulaciones de la periodista, había sido la fuente de la filtración. A pesar de su frustración, comprendió que la culpa última recaía en él por haber permitido esa interacción.

—Hemos identificado a un posible principal sospechoso —comenzó Rojo, cambiando la atmósfera en la habitación—. Un hombre, cuarentón, ojos claros, con barba y siempre con una gorra azul.

—¿Y su nombre?

—Estamos en ello. Lo que sí sabemos es que ha intentado atacar a Alonso Pascual, el exdirector de...

—Estoy familiarizado con Pascual debido a la polémica de su juicio. Bosch fue su abogada. Cuéntame más.

Rojo tomó aliento.

—Pascual ha identificado al sospechoso en una foto. Cree que es la pareja de una de las víctimas del caso en cuestión. No obstante, dado que no estaban casados, no hay registros formales. Estamos en proceso de contactar a la familia.

—¿Confías en esta pista? La prensa apunta a Cascales.

—¿Confía en lo que dicen los medios o en nuestra línea de investigación?

—¿Sabes qué? Me da igual. Serás tú quien informe a los medios.

—¿Informar?

—Por supuesto. Debes preparar una rueda de prensa. La gente necesita saber qué está pasando.

La respuesta le dio un vuelco a sus intenciones e ideó un segundo plan.

—Cascales está bajo vigilancia, pendiente de su posible encarcelamiento. Ahora, sin su abogada, tendrá más dificultades para defenderse. Si mantenemos el foco mediático en él, nos dará algo de respiro para encontrar al verdadero sospechoso.

El comisario frunció el ceño.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—Me sorprende por tu parte, inspector. No es ético usar a alguien como chivo expiatorio.

—No vivimos en un mundo ideal, comisario. Y lo que ha hecho Cascales con esas jóvenes no es precisamente ético.

—Mide tus palabras, Rojo. Su culpabilidad aún está en el aire. Hasta entonces, ese hombre es inocente.

—¿Cuántas pruebas hacen falta para demostrar que es culpable? Encontraron pornografía digital en su ordenador personal... He estado cara a cara con él. Es un depredador y espero que

pague por ello.

Maruenda esbozó un gesto de desaprobación.

—Hagamos como que no escuché eso —dijo y dio una palmada al aire—. ¿Cuál es el siguiente paso? Tengo que rendir cuentas al alcalde y a la Jefatura.

—Vemos un patrón entre Lara, Bosch y Pascual. La conexión es más que evidente, así que seguiremos esa vía. Creemos que Bosch encargó a Lara que recopilara información comprometida sobre las víctimas para usarla como herramienta de chantaje. Y Pascual, a su vez, contrató a Bosch como su defensor.

—Entonces todo se reduce al mismo caso. Todo está interconectado.

—Es lo que pienso. Pareciera que estamos ante alguien que busca venganza por lo sucedido a su pareja, y pretende saldar cuentas con todos los involucrados. Pero también sé que hay alo más. Dentro de todo este baño de sangre, hay una persona con ansias de enviar un mensaje y dar una lección al sistema.

Los dos hombres se quedaron en un silencio cargado, como si palabras no dichas cruzaran la habitación.

—Demonios...

—¿Recuerda a alguien más que estuviera involucrado en el polémico juicio?

—Sí, Laura Lozano. Recuerdo su nombre... Fue la fiscal que ignoró los informes médicos de la acusación.

—La fiscal... —repitió Rojo, recordando que el asesino no había dejado ninguna referencia sobre ella.

—¡Anda, no te quedes ahí!

—Sí, claro... La protegeremos, por lo que pueda pasar. Te tendré al tanto... —dijo, rápidamente, saliendo de la oficina, todavía asimilando el giro. Al volver a la sala principal, encontró a Robles y Ramos inmersos en su trabajo.

—Debemos actuar rápido. Hay otra posible víctima.

—¿Otra? —preguntó Ramos, levantándose de su asiento con decisión—. Esto es una locura.

—Laura Lozano. Buscadla, es la fiscal del caso. ¿Tenéis su dirección?

—Sí, un momento... —Ramos buscó rápidamente en la base de datos—. Avenida Javier Soler, 6.

—¿Dónde queda eso?

—Cerca del centro comercial Gran Vía.

—Genial... —musitó Rojo, calculando el tiempo que tomaría llegar hasta allí—. Pues ya sabéis, echando leches.

Pero notó que Robles no se levantaba, ensimismado en la pantalla de su móvil.

—Robles, deja eso para después —le urgió, pero el subinspector parecía absorto—. Tendrás tiempo de ponerte al día.

—¿Vamos o qué? —Ramos insistió, pero viendo que Robles no reaccionaba, agregó—. Nos vemos allí, Rojo.

Robles, finalmente levantó la mirada, con una expresión abatida guardó su teléfono y siguió al superior.

Al salir, dividieron el equipo en dos vehículos.

Rojo tomó el volante de uno y Robles se acomodó a su lado, con una expresión preocupada.

El inspector no necesitaba ser un genio para adivinar qué rondaba por la mente de Robles.

—Te lo dije. En este trabajo, no puedes confiar en periodistas con agendas ocultas.

—Fui un imbécil.

—Todos cometemos errores. Aprenderás a esquivarlos.

—Pero...

—¿No lo viste venir? Olvídalo. Cometiste un error, pero nadie lo sabe. Aprende la lección y no vuelvas a meter la pata de esa manera.

—Lo siento.

—Ahora no es momento para lamentaciones. Concéntrate en el caso y olvida el resto. ¿Entendido?

—Claro como el cristal.

—Vamos allá...

Con determinación, Rojo encendió el motor del vehículo y se adentró en el tráfico de la ciudad.

29

Atravesaron la ciudad, envueltos en un silencio cargado de tensiones y reflexiones. Rojo conducía el vehículo, inmerso en las complejidades del caso, sintiendo que algo no encajaba en sus deducciones. A pesar de que el sol aún se mantenía en el cielo y no había pasado un día desde el último incidente, sabía que proteger a la fiscal era prioritario. Ella había sido una pieza clave y, con suerte, su conexión con el caso les ofrecería una pista esencial. Robles, por otro lado, se debatía entre el remordimiento y la decepción, consciente de haber caído en el juego manipulador de la periodista.

El distrito del centro comercial Gran Vía destilaba una atmósfera distinta al bullicioso centro, quizás por su ubicación más alejada o por la notoria falta de turistas extranjeros, que preferían quedarse cerca de la costa. A ambos lados, modernos edificios, testigos de recientes décadas de urbanización, acogían a familias jóvenes con aspiraciones de futuro. Durante un tiempo, esa área fue la más codiciada. Para Rojo, sin embargo, solo representaba otra parte de la ciudad que, con el paso del tiempo, perdería su encanto inicial.

Estacionaron cerca de un pub de estética irlandesa, desde donde podían visualizar la residencia de la fiscal.

A escasos metros del coche, junto al pub, Ramos los esperaba, con semblante preocupado, acompañado de otro agente.

—No hay respuesta —informó al verlos acercarse—. No parece haber nadie en el domicilio. He intentado llamar varias veces.

El desconcierto se dibujó en el rostro del inspector, quien intentó contactar al comisario, solo para encontrarse con la línea ocupada. Consultó su reloj, notando cómo el día comenzaba a dar lugar a la noche.

—¿Cuál es el siguiente paso?

—Maruenda parece inaccesible —dijo, mirando pensativo el edificio—. Si la fiscal está en riesgo, necesitamos vigilar este sitio.

—Pero no está aquí —replicó Robles—. El peligro acecha por toda la ciudad.

—No seas tan listo, subinspector.

—A menos que alguien vigile las veinticuatro horas...

Rojo y Ramos intercambiaron miradas significativas.

Al darse cuenta de lo que estaban insinuando, Robles exclamó:

—¡Espera, espera! No me miréis así.

A continuación, con una sonrisa astuta, inclinó la cabeza hacia Robles.

Este, por su parte, no dijo nada.

Rojo le extendió las llaves del coche.

—El tiempo apremia. El inspector Ramos y yo regresaremos a la comisaría —indicó, mientras el tercero recibía las llaves con resignación—. Mantente aquí con Martínez. Si ves algo sospechoso o surge algún inconveniente, avísanos inmediatamente.

Tras asentir, Ramos se dirigió hacia el coche y Rojo, por su parte, se volvió hacia Robles.

—¿Estás preparado para esto? Puedes manejarlo.

—Absolutamente.

—Bien... Investiga todo lo que puedas. Y mantente alerta.

***

El inspector se despidió con una mirada breve de la pareja de agentes y se acomodó en el asiento del copiloto. Ramos arrancó y tomaron dirección hacia la comisaría central. El silencio dominó el ambiente hasta que Ramos decidió romperlo.

—Ha sido él, ¿no? El que ha soplado el artículo del periódico...

Rojo alzó una ceja.

—No tengo idea de a qué te refieres.

—Claro que no.

Una sonrisa sarcástica asomó en los labios de Ramos, pero optó por guardar silencio, conociendo la personalidad cerrada del compañero.

—Si hablas de ese reportaje, fue una estratagema para desviar al asesino —explicó Rojo, tratando de ser claro—. Es crucial desviar no sólo la atención del público, sino también la del homicida. Si cometió un error, debemos saber aprovecharlo.

Ramos arrugó el ceño.

—¿Confías realmente en Robles para manejar esto? Tengo mis reservas sobre su capacidad para manejar la situación. Estamos al límite, Rojo.

—No tengo opción. Ni siquiera yo estoy en plenas facultades para manejar esto...

—En eso estoy de acuerdo.

—Y tú, ¿qué? Mírate, parece que no hayas roto un plato.

—Intento dormir ocho horas, como dicen los médicos.

—En fin... Es mejor que Robles esté a cargo. Si yo estuviera cerca del asesino, me reconocería al instante. Pero, en este caso, no creo que haya visto sus rostros.

—Ni nosotros el suyo —respondió Ramos con un tono jocoso, aunque Rojo no pareció encontrarlo gracioso.

—Ahora podría estar desesperado y, aunque es lamentable, es una ventaja para nosotros. Le hemos arruinado la función y debe de estar bastante jodido por ello...

—Sí, una pena. No ha descuartizado a nadie, ni se ha fumado el cigarrillo de marras... antes de dejarnos otro versículo de los cojones...

—No seas ceporro. Si actúa impulsivamente, nos da la oportunidad.

Ramos asintió.

—¿Y cuándo crees que lo hará? —preguntó, intrigado—. Ahora no tenemos ningún señuelo que nos lleve al siguiente cadáver.

—De eso se trata, ¿no? De destrozarle la agenda.

—No sé, Rojo... Al menos, prefiero pensar que Cascales, Alonso y esa fiscal están protegidos.

—Tengo la sensación de que no será esta noche, pero debemos aprovecharnos del repliegue y ponernos las pilas, sin bajar la guardia. —Justo en ese momento, el móvil de Ramos sonó. Mientras esperaban en un semáforo, Rojo echó un vistazo—. ¿Qué dicen?

—Es de la central. El padre de la chica está en la comisaría.

—Genial. Podría tener información valiosa. —Rojo desvió su mirada hacia los bares exteriores, anhelando una cerveza fresca y algo para picar—. Aún tenemos que visitar a esa vecina. Nos hemos olvidado de Lara.

Ramos suspiró.

—Debería existir un límite para tanto testigo...

—¿Y la familia de la víctima?

—Robles está al tanto.

—Cojonudo —respondió Rojo, esta vez con un tono cargado de ironía.

Al llegar a la comisaría, se bajaron rápidamente, con el firme propósito de hablar con el padre de la joven atropellada. En ese momento, Rojo se detuvo en seco al reconocer una figura en las escaleras: una mujer con una mirada enigmática, que llevaba unos vaqueros ajustados. Aunque no había pasado mucho tiempo desde el último encuentro, estaba claro que ella sí había pensado en él.

—Laura... —murmulló, sencillo y directo, sin recurrir a formalidades.

Ramos, curioso, se detuvo unos momentos, observando a la pareja.

—Solo venía a hacer un trámite y he preguntado por ti. Me dijeron que estabas por llegar.

Rojo asintió, algo incómodo.

—Ramos, ¿puedes encargarte de ese hombre? Te alcanzo en un momento.

Con una sonrisa cómplice hacia Laura, Ramos asintió y desapareció dentro del edificio.

El inspector sabía que no podía dedicarle mucho tiempo, pero después de la noche compartida, le debía al menos un gesto amable. Miró hacia el bar que aún estaba abierto, frente a la comisaría.

—¿Una cerveza?

30

Para Rojo, el bar era territorio familiar. Reconocía a los habituales que entraban y salían, la mayoría policías. Pero en esa ocasión, la visita tenía un contexto diferente. Evitando las mesas, escogió un lugar en la barra y pidió un par de cervezas. Desde donde estaba, podía observar la calle, mientras que ella quedaba de espaldas al televisor.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien —respondió ella, dando un sorbo a su cerveza y echando una mirada fugaz a la televisión—. Atareada, como siempre.

—Hospitales...

—Creí que me contactarías...

Una risa irónica escapó de sus labios.

—Lo tenía en mente, pero no eres la única que tiene problemas. El trabajo me ha absorbido estas últimas horas.

—Lo sé. No necesitas justificarte. He visto las noticias —contestó ella y una sombra de preocupación cruzó su rostro—. Mencionan tu apellido con frecuencia. ¿Por qué no me lo comentaste?

Rojo la miró profundamente, su mirada contenía respeto y una pizca de inquietud.

—No acostumbro a compartir cada detalle de mi vida con alguien que acabo de conocer en un bar.

—Yo sí que compartí algunos de mi vida contigo.

—Teníamos que romper el hielo. Si te hablo sobre lo que hago, la cita no llega al postre.

—¿Era una cita?

—Es igual. Es diferente.

—¿Cómo que diferente?

—Déjalo —suspiró, sintiendo cómo la conversación tomaba un rumbo complicado—. No importa.

—No estás ayudando.

—Lo sé.

Pero Laura no parecía dispuesta a ceder.

—Ese asesino al que buscáis... —comenzó, atrayendo miradas curiosas de algunos presentes —. Ahora que lo pienso, ya sé de qué me suena tu historia...

—Por favor, Laura. Déjalo estar.

—Eres el mismo inspector que detuvo a aquel joven hace unos años... El que terminó quitándose la vida, ¿verdad?

—¿Podemos hablar de otra cosa? Al menos, hasta que me termine la cerveza. Después, regresaré a la comisaría.

—No. Quiero que me lo cuentes.

—Así es. Estuve allí.

—Entonces, no puede ser él.

—¿Qué? No, espero que no.

—Lo que sucede es espantoso... jamás me alegraría de la muerte de alguien, pero...

La frase captó la atención del policía.

—Pero ¿qué?

—La abogada Bosch... Para ella, parecía que el fin justificaba los medios.

—He oído esa frase recientemente.

—Es una frase muy manida.

—Bueno, ¿no es eso lo que la gente busca en un abogado?

—La ética importa.

—Ah, la eterna discusión sobre la ética...

—Quizás sea una impresión personal, pero siento que no era una persona íntegra. Las víctimas no merecían eso... Siendo mujer, qué poca empatía tuvo hacia ellas...

Rojo aspiró profundamente, manteniendo el aire unos segundos, permitiendo que Laura expresara sus pensamientos. A pesar de escucharla, una parte de él se desconectaba, como una habilidad que había perfeccionado con el tiempo, asintiendo y manteniendo el contacto visual sin estar realmente presente.

No sentía remordimientos por haberla invitado, después de todo, él no la había citado a las puertas de la comisaría. Pero tampoco tenía el corazón tan duro como para rechazarla. Mientras algunos podían aislar las preocupaciones del trabajo y disfrutar tranquilamente de una cerveza, él no era uno de ellos. Sencillamente, no era el día para relajarse. No mientras el asesino estuviera suelto. Para Rojo, lo que Bosch hubiera hecho en el pasado estaba precisamente allí, en el pasado. Podría haber encontrado su fin de manera natural, dejando atrás una estela de decisiones cuestionables. Pero Rojo siempre había creído en la reciprocidad del destino. A veces, tus acciones vuelven a ti de manera insospechada. Bosch había aprendido eso de la forma más dura.

—¿Qué opinas? —preguntó ella, tras exponer su punto de vista sobre la situación.

—Lo que ha pasado con Bosch, en este momento, ya no cambia nada —respondió, sacándola de su reflexión—. Nuestra labor es proteger a los vivos. Las leyes deberían ser la herramienta para mejorar el mundo, pero a menudo, quienes las escriben no parecen estar a la altura.

Ella lo miró, algo sorprendida, como si no esperara que un policía cuestionara el sistema. Intuyendo que la charla había llegado a su punto de cierre, ella se adelantó a pagar las bebidas.

Ya fuera, encendieron cigarrillos en un intento de prolongar la despedida.

—Ha sido bueno verte —dijo ella—, aunque intuyo que no he escogido el mejor momento.

—Lo lamento, este caso me tiene sumergido.

—Lo entiendo —respondió acercándose, buscando un momento de intimidad.

La sonrisa que él le brindó fue tenue, pero sincera. Ella le acarició la mejilla y lo besó. A pesar del día que llevaba, ese gesto logró reconfortarle.

—Un beso tiene el poder de aliviar casi todo —dijo Rojo, recibiéndola en un nuevo besuqueo.

—Perdona si fui insistente con el tema de Bosch —empezó ella, separándose un poco—, pero hay algo que no te dije. Una de las víctimas fue mi paciente.

Rojo retrocedió ligeramente, observándola con una nueva perspectiva.

—¿Cómo?

—Una paciente de Aspe... Marina Beltrán. Recuerdo vívidamente su sonrisa, pero también el temor que reflejaban sus ojos. En esos días, yo trabajaba en el hospital de Elda.

—¿Qué sucedió? —preguntó, tomando una calada de su cigarrillo.

—Marina estaba a punto de casarse, su prometido tenía estabilidad laboral y ella estaba feliz en Aspe. Pero entonces, el cáncer se cruzó en su camino y todo cambió su vida.

—¿Has dicho Aspe?

—Sí... En teoría, no debería haber optado por ese tratamiento. Pero temía que, si no podía tener hijos, él la mirara de un modo diferente. Estaba perdidamente enamorada de él y supongo que tener una familia era un sueño compartido. Tú debes de saber de lo que hablo, ya que tienes tu propia historia al respecto.

—La tengo, pero es un camino distinto al de ella.

La oncóloga lo miró pensativa.

—Sabes, hay algo en ti que me recuerda a él. Quizá porque también eres reservado, de pocas palabras, educado, pero con un toque sarcástico en la mirada.

—No sé cómo tomármelo, si como un elogio o como una ofensa.

—No seas bobo, él era un buen tipo... ¿A qué se dedicaba? ¿Era oficial o...? Ay, los títulos me confunden. Tenía un puesto relacionado con la seguridad del Estado, si no me equivoco.

Rojo sintió un vuelco en el estómago. No esperaba el detalle de que un compañero estuviera, de algún modo, relacionado con el juicio.

—¿Puedes decirme más sobre él?

—Lo recuerdo junto a ella en sus últimos momentos. El cáncer fue implacable y la consumió rápidamente.

—¿Su nombre?

—Rafael.

Rojo frunció el ceño.

—¿Algo más que puedas añadir?

—Lo siento, Rojo. Él no era mi paciente. Pero tenía un aspecto peculiar. Piel clara, cabello oscuro con algunos mechones grises, ojos claros y una estatura promedio. Recuerdo que lucía una barba, no muy espesa.

—¿Lo has vuelto a ver?

—No.

Él se debatió sobre si mostrarle la foto de Lara y el individuo, pero recordó que no la tenía en ese momento. La descripción coincidía con el hombre de la foto que había visto antes. De ser así, junto al testimonio de Alonso Pascual, tendrían una pista que seguir. Sintiendo un renovado sentido de urgencia, se separó de ella.

—Debo irme.

—Entiendo —dijo ella, tomando su rostro entre sus manos—. Pero prométeme que llamarás cuando todo esto termine.

«Descuida, Rojo. Esto avanza demasiado rápido».

—Por supuesto.

Se fundieron en un abrazo y un corto beso. Al separarse, ella le susurró:

—Por favor, cuídate.

Mientras se alejaba de su centro de trabajo, Rojo la observó. Había algo en Laura que lo intrigaba, algo más allá del caso. Pero sabía que la vida tenía maneras extrañas de entrelazar destinos en los momentos más inoportunos.

31

Al volver al departamento, Rojo fue interceptado por un agente.

—El inspector Ramos solicita su presencia. Parece ser un asunto urgente...

Siguiendo al agente, Rojo entró en la sala de interrogatorios. Dentro, Ramos conversaba con el padre de la joven asesinada años antes. Con un leve asentimiento, Rojo saludó al hombre y con una mirada interrogativa hacia Ramos, buscó entender el porqué de la situación. La evidencia en la mesa, especialmente la fotografía que previamente había entregado a Ramos y un cuaderno lleno de anotaciones, le indicó que el interrogatorio había sido fructífero.

Ramos habló primero.

—El señor Jiménez reconoce al hombre de la fotografía.

—¿Se refiere a Lara? —preguntó Rojo, con una chispa de esperanza en los ojos.

—No, al hombre que acompaña a Lara en la fotografía.

Rojo se inclinó hacia delante, las manos entrelazadas, mientras se dirigía al sujeto.

—¿Cómo conoció a ese hombre?

Ramos hizo un gesto para que Jiménez hablara. Visiblemente nervioso, este comenzó:

—Hace unos meses, se me acercó por la calle, presentándose como un detective privado... Dijo que representaba a un cliente empeñado en hacer justicia por las víctimas de la red de fotografías ilícitas de menores. Primero hubo una llamada, después nos encontramos en un café en el centro. A pesar de su serenidad y cortesía, algo en él me inquietaba. Aunque se mostró dispuesto a retirarse si decidía no colaborar, pronto comenzó a hacerme preguntas sobre mi hija, sobre si ella había mencionado alguna vez a ese hombre...

—Ahora está hablando de Cascales.

Las palabras del individuo se quebraron, revelando el dolor latente por su pérdida.

—No sabía nada, ni siquiera lo sospechaba...

—¿El qué no sospechaba?

El hombre se frotó los ojos, aguantando las lágrimas.

—Que mi hija se prestaba a ese tipo de fotografías.

Rojo intentó ocultar la sorpresa. Hasta ese momento, no tenía ninguna noción al respecto.

—¿Alguna vez descubrió que fue Lara?

Jiménez miró a Ramos, como buscando respuestas, antes de responder.

—Cuéntele a mi compañero lo que me ha dicho antes —insistió Ramos.

El hombre pareció herido, como si el comentario previo hubiera sido ignorado.

—Yo no lo sabía, hasta que comencé a oír los rumores de otros padres... y a ver cómo mi hija compraba cosas con dinero que yo no le daba. Cuando le pregunté de dónde salía ese dinero, me dijo que se lo había ganado de modelo. En ese momento, me pareció extraño y temí que se aprovecharan de ella. Ya conocen las historias que se dicen... Era una menor.

—Presuponemos que Lara extorsionó a Lorena para que se hiciera más fotos... Las mismas que acabaron en el ordenador del señor Cascales.

—Así fue, pero eso lo descubrimos recientemente, en el juicio. —De pronto, rompió en una expresión de desesperación—. ¿Qué tiene que ver esto con la muerte de mi hija?

—Cálmese, señor Jiménez.

—Profundicemos más sobre el hombre que se acercó a hablarle —instó Rojo—. ¿Qué más le reveló ese individuo?

Ramos le dio una palmada en el hombro y le ofreció una botella de agua.

—Me habló de un cliente influyente y cómo, sin la información que yo podía proporcionar, Cascales quedaría libre de culpa. Me comentó que muchos de sus crímenes no habían salido a la luz, gracias a su abogada, la señora Bosch. Intentó convencerme de la importancia de mi colaboración, para que las familias de las víctimas encontraran justicia y los culpables pagaran por sus acciones. Insistió mucho en que debían «pagar sus deudas». Después, detalló las tácticas de la abogada para ganar casos y cómo había recurrido al chantaje. La historia me sonaba, era lo mismo que habíamos sufrido en mi familia. En esos esquemas, un fotógrafo, aliado de la abogada, influía en decisiones judiciales.

—¿Qué lo llevó finalmente a cooperar con él? ¿Le ofreció dinero?

El hombre esquivó la mirada, claramente avergonzado.

—No necesitaba dinero... Me movió el deseo de justicia, de ver a esos criminales recibir su merecido. Me sedujo con palabras y promesas. Fui ingenuo. Me hizo percibir que mi colaboración era esencial. Era carismático, te hacía sentir valorado. Y parecía genuinamente interesado en buscar justicia para mi hija y para todas las niñas que habían sufrido el abuso de ese fotógrafo. Caí en su juego... Ayudé sin querer a que ese ser despreciable avanzara en sus planes. Rojo respondió con empatía:

—Fue manipulado en un momento de vulnerabilidad. No se culpe. ¿Le dio un nombre? Con una expresión resignada, el hombre tomó la fotografía, con una sonrisa triste en su rostro.

—No podría olvidarlo. Dijo que se llamaba Rafael... Rafael Maqueda. —Colocó la foto sobre la mesa y se recostó, cruzando los brazos, encarando a los policías—. Él es quien está matándolos a todos. Lo sé, yo habría hecho lo mismo por mi hija, si no me quedara nada más por lo que luchar.

Al escuchar ese nombre, el mundo de Rojo se separó en dos mitades y las pulsaciones cambiaron de ritmo. La fuerte jaqueca que arrastraba se convirtió en un mareo y tuvo que apoyarse en la pared para evitar desmayarse allí delante. Antes de que se recuperara del primer vaivén emocional, sintió un segundo torbellino de emociones que lo dejaba sin respiración y una urgencia apremiante de salir de la sala. A pesar de que había albergado sospechas ocultas en su subconsciente, no había deseado revelarlas hasta el momento. El informe no oficial que acababa de leer conectó los puntos dispersos de un misterio que lo había atormentado por años.

El sargento Maqueda, el astuto y enigmático Rafael Maqueda, era el arquitecto de la reciente serie de crímenes. Y Rojo no pudo evitar preguntarse si también estaba detrás de los casos que

Robles había descifrado.

En esos momentos estaba claro su motivo: la venganza por la pérdida de la que podría haber sido su futura esposa. Un dolor irrecuperable, pensó, aunque jamás imaginó que le afectaría tanto.

«Tan aferrado a sus creencias, a la religión, pero todo era una pura fachada».

Lo peor de todo, se dijo, era que su adversario no era un delincuente común; atrapar al gendarme requeriría una táctica nueva y audaz. Y había que hacerlo rápido.

Estaba seguro de una cosa: Maqueda atacaría de nuevo. No sólo para continuar su venganza, sino también para sumergir la ciudad en el caos y desafiar a la policía a su máximo nivel.

Con el caminar pesado, aunque decidido, Rojo se levantó, asintiendo en agradecimiento al padre de la víctima. Luego, se dirigió rápidamente hacia las escaleras, buscando al comisario Maruenda. El juego había cambiado, ya que sabían que su adversario era uno de los suyos, un maestro del procedimiento, siempre adelante en el juego. Pero la pregunta que atormentaba a Rojo era: ¿por qué él? ¿Por qué Maqueda lo había seleccionado como su rival en este siniestro juego? Resolver ese misterio era la clave para descifrar la motivación detrás del rastro de violencia.

Al llegar al despacho del comisario, tocó con fuerza y al entrar, encontró a Maruenda esperándolo.

—Comisario, es imperativo que hablemos. La situación ha tomado un giro inesperado.

Maruenda levantó la mirada, su expresión era tremendamente grave.

—No tienes idea de cuánto.

32

La tensión había alcanzado su cúspide y era hora de esclarecer la situación. El notable despliegue policial en los domicilios de Lozano y Cascales había despertado la curiosidad del público y, pronto, los medios locales se hicieron eco de la situación. La fiscal, involucrada también en el caso Cascales, había avivado un alud de teorías infundadas que surgían como hongos en las redes sociales. Para el inspector Rojo, este era solo el inicio de una tormenta que le desbordaría con una cascada de eventos inesperados.

No tardó en correr el rumor que resquebrajó la tranquilidad de la ciudad, llegando a los oídos de las élites y permeando en las conversaciones callejeras. Grupos opositores y facciones con agendas ocultas, que buscaban alterar el orden y el atractivo turístico de la región, avivaban las llamas mediáticas, inflamando aún más la situación. Los medios, a su vez, trazaban conexiones entre los crímenes y un supuesto entramado corrupto que salpicaba a la ciudad y a sus víctimas. Una atmósfera de miedo se apoderaba de la ciudadanía, temiendo ser la próxima presa de un asesino que parecía jugar al gato y al ratón con la policía. No obstante, había quienes, en una reacción contraria, veían en el asesino a un vigilante, un paladín que imponía justicia.

La exposición detallada de Rojo, llena de pruebas, suposiciones y evidencias apuntando a Maqueda, apenas sirvió para mostrar el caos que se estaba produciendo. Al informar al comisario Maruenda sobre todas las pistas y el perfil psicológico del gendarme, recibió una respuesta que no esperaba. El comisario, mostrando una profunda preocupación por la integridad de su equipo y por el dilema al que se enfrentaban, le instó a oficiar una rueda de prensa para esclarecer el avance de la investigación y presentar públicamente al principal sospechoso. En su opinión, tal acción les proporcionaría el respiro necesario para continuar con la operación, siempre y cuando apresaran al maleante antes de que causara más estragos.

No obstante, Rojo se oponía a esa idea. Aunque a Maruenda le sorprendió descubrir que Maqueda había sido miembro de la Guardia Civil, no le dio gran importancia al detalle, un gesto que puso al inspector de los nervios, pues para él era un dato esencial que definía lo peligroso que era el caso. No sólo por la formación y las habilidades que el exsargento pudo haber adquirido durante su tiempo en el Cuerpo, sino por su dominio táctico y en el manejo de armamento.

Después de todo, el exsargento no era un neófito. La experiencia en la UCO le ayudaba a entender mejor la psicología criminal y las trampas de la ley y Rojo sospechaba que, a lo largo de los años, Maqueda había usado esa destreza en su favor. Lo que se le exigía en esos

momentos iba más allá de cualquier demanda razonable, pero las circunstancias les habían arrinconado.

—No puedo salir ahí fuera y desinformar a la ciudadanía. Nos crucificarán al primer desliz.

—No es mi decisión, Rojo. Es una orden del Ayuntamiento y de la Jefatura. La ciudad está asustada. No podemos decepcionarlos.

«Por *podemos* te refieres a *puedes*, ¿verdad?».

—Revelar quién es Maqueda es un error de novato. No pasará mucho antes de que me vinculen con él, con el caso de Pinoso... y los medios desaten el pánico. Eso solo empoderará al sospechoso y pondrá a la población contra nosotros.

—¿No es eso lo que queremos? Que baje la guardia.

—Maqueda no es un criminal cualquiera. Está movido por una sed de venganza personal, jugando con nosotros en el proceso.

Maruenda se removió inquieto y lo observó con una mirada penetrante.

—¿Has reflexionado sobre el porqué de su obsesión contigo?

Recordando su visita a la Guardia Civil, Rojo se preguntó si Belmonte habría ocultado algo crucial. Quizás ahí radicara el núcleo de todo este tormento.

—Está desequilibrado. Las personas con trastornos mentales actúan por impulsos.

—Me refiero a por qué te ha elegido a ti como blanco. Claramente, hay un matiz personal en su desquite.

Rojo se quedó sin palabras, ese ángulo no había cruzado su mente.

—Puede ser cualquier cosa... La inestabilidad no le permite pensar con claridad.

—Parece mentira, después de ver lo que hace...

—Hay que pararle los pies, comisario, pero no por fuerza bruta.

—Sea como fuere —continuó el comisario—, confío en tu criterio y espero que estés en lo correcto. Por eso, anunciarás esta rueda de prensa hoy mismo.

—Pero...

—No quiero que en la capital nos miren con arrogancia, como si fuéramos una comisaría de segunda. Tenemos una reputación que mantener...

—Entiendo.

—Haré lo posible para expedir una orden de captura en menos de veinticuatro horas. Su rostro se verá en todos los medios y también me encargaré de que empapelen todas las oficinas públicas.

—Respeto su postura, pero...

—No flaquees ahora, Rojo. Es nuestra ocasión para defender el decoro de esta institución.

A pesar de la frustración que burbujeaba en su interior, Rojo se mantuvo ecuánime frente a Maruenda. Había ocasiones en que la prudencia demandaba reprimir el propio orgullo y aceptar los caprichos de la jerarquía. Estaba convencido de que Maruenda estaba yendo por el camino equivocado y temía las consecuencias que pagaría él. Necesitaba idear una estrategia rápidamente. De no ser así, el asesino tendría el campo libre para actuar.

33

La conferencia de prensa estaba fijada para dentro de dos horas. Rojo intentaba esbozar una estrategia para distraer a la prensa, tranquilizar a la opinión pública y, simultáneamente, anticipar el siguiente movimiento de Maqueda. Su plan no era intrincado, pero podría ser suficiente para desbaratar las intenciones del exsargento. Su táctica implicaba señalar directamente a Cascales, el sospechoso del caso de pedofilia, atrayendo de este modo la mirada mediática hacia él y generando una disputa entre Cascales y la fuerza policial. Aunque existía una relación entre las dos primeras víctimas y Cascales, descartaba la posibilidad de que Maqueda quisiera hacerle daño. Sin la abogada por medio, el pedófilo no tendría manera de defenderse como lo había hecho antes y su imagen no haría más que empeorar. Al mismo tiempo, el movimiento confundiría al exsargento, al ver que la atención ya no estaba puesta en él. Era consciente de que estaba a punto de ejecutar una maniobra peligrosa, pero con un golpe de suerte, podría funcionar en poco tiempo.

En cuanto a lo personal, Rojo intuía que Maqueda ansiaba protagonismo y, en particular, quería entrar en el radar del inspector, especialmente tras hablar con el comisario. Las razones podían ser varias y no tenía la mínima idea de por dónde empezar. Más allá de un deseo de venganza personal, Maqueda intentaba, de alguna forma, aleccionar o retar a Rojo. Aunque desconocía sus motivaciones exactas, el inspector estaba decidido: cuando se enfrentara a Maqueda, no vacilaría en detenerlo y entregarlo, vivo o muerto. No estaba dispuesto a ceder ante criminales, por mucho que hubiera sido su compañero en el pasado. En situaciones extremas, era esencial demostrar fortaleza y una postura de autoridad, aunque esta fuera meramente un espejismo. Por su seguridad, Cascales estaría custodiado por varios agentes y un perímetro policial se establecería alrededor de su distrito, esperando que Maqueda cayera en la trampa. Si el asesino intentaba hacer algún movimiento contra Cascales, sería detenido. Si intentaba acercarse al empresario o a la fiscal, el cordón policial lo frenaría. Era un plan arriesgado y a la vez ingenioso, pero era su mejor jugada en ese momento.

Por otro lado, comenzaron a llegar a tener algunos avances en el departamento. Pérez informó que los carretes fotográficos que habían encontrado en el apartamento de Lara estaban de camino a la oficina por mensajería. Respecto al coche, el inspector Ramos había rastreado el origen del vehículo que habían descubierto. Lamentablemente, carecía de seguro vigente y el último registro en la DGT pertenecía a un propietario ya fallecido. El último domicilio registrado de Maqueda estaba en el municipio de Aspe, a escasos cuarenta minutos de la ciudad, lugar de procedencia de su última pareja. Rojo ordenó que un equipo policial inspeccionara la residencia

y estableciera un perímetro de seguridad. El despliegue de efectivos comenzaba a ser más y más grande. Aunque sabía que era poco probable encontrar a Maqueda allí, consideró que cerrar esa opción podría agitar al asesino y llevarlo a cometer un error. Su instinto le decía que Maqueda ya habría abandonado el lugar y no dejaría rastro alguno.

Después de haber frustrado el asesinato en el estacionamiento de Alonso Pascual, Rojo dedujo que el exsargento ya no contaba con un medio de transporte propio. El haber distribuido su imagen por todas las comisarías y emitido una alerta policial, restringiría sus movimientos y aumentaría su cautela. Esta táctica, pensó Rojo, era esencial para mantenerlo dentro de los límites de la ciudad.

Regresó a la sala de juntas y se acercó al tablero donde previamente había escrito los nombres de las víctimas y sus conexiones. La incógnita ya estaba despejada, pero ahora debía entender cómo se había relacionado con ellos.

«Primero fue Lara, después contactó con esa abogada y el resto es historia».

No obstante, sentía que se le escapaba algo.

El cansancio comenzaba a golpearle de nuevo en la cabeza. Buscó en su escritorio una caja de aspirinas e ingirió dos para calmar los dolores. Después regresó al tablero. Se sentía débil, llevaba horas sin pegar bocado y los pensamientos comenzaban a volverse lentos y pesados en su cabeza. Así y todo, no había manera de detenerlos. Se acercó a un mapa de la ciudad que había en un corcho colgado de la pared y estudió las posibles salidas que tomaría Maqueda.

Ramos se acercó para entender qué tramaba.

—Si está pensando en atacar, no puede haberse marchado —explicó, señalando las diferentes salidas—. Hay controles en cada una de las salidas que conectan con las secundarias y con la autovía.

—En ese caso, debe de esconderse en alguna parte.

—Sí. —Se rascó la cabeza, sospechando que, hasta ese momento, Maqueda había utilizado la confusión de los crímenes para replegar—. El inconveniente es que, si decide actuar, no tendrá a dónde dirigirse.

—¿Qué propones?

—Prende un bidón de gasolina en una alcantarilla y tendrás a cientos de ratas corriendo desesperadas.

Al concluir su turno de vigilancia, Robles se dirigió a la comisaría para unirse al equipo. Poco antes de la conferencia de prensa, se identificó una residencia en Alicante ligada a la pareja de Maqueda.

—Procederemos como con la casa en Aspe —indicó Rojo—. Necesito que alguien inspeccione ese lugar y mantenga una vigilancia constante. La idea es acorralarlo, que no tenga por dónde escapar.

—Me ocuparé personalmente —replicó Ramos, decidido—. No podemos dar lugar a...

—No —interrumpió Rojo, contemplando la posibilidad de que Maqueda pudiese estar tendiéndoles una trampa—. Te quiero aquí, respaldando a Robles. Si las cosas se complican, después de la conferencia nos desplazaremos juntos. Y no hace falta que nadie más esté al tanto.

—Pero... ¿y si actúa antes de que podamos intervenir?

—Si todo marcha correctamente, tendremos el tiempo y la ventaja necesarios para hostigar a Maqueda. Y recuerda, tres mentes son más efectivas que una.

—¿Y si no resulta como esperamos?

—No podemos permitirnos un fallo, Robles.

Un oficial entró apresuradamente en la sala.

—Inspector, la prensa ya está lista...

—Diles que esperen un momento.

Robles y Ramos observaron en silencio a Rojo mientras salía de la sala. Aunque el inspector no había redactado previamente ningún discurso, confiaba en su habilidad para improvisar. Una vez revelada la noticia, el pandemonio se desataría en la ciudad. Al fin y al cabo, eso era lo que Maqueda deseaba y los tres policías eran conscientes de ello.

Con lo que no contaba, era que Rojo estaba listo para darle una dosis de su propio veneno.

34

El salón destinado para la rueda de prensa estaba abarrotado. La convocatoria a los medios se había extendido tanto en la provincia como a nivel nacional, lo que permitió que el lugar estuviera lleno de cámaras y equipos para transmitir en directo a las redes sociales. En el pasillo contiguo, Rojo aguardaba la llegada de Maruenda para acompañarle. A pesar de la insistencia de su superior, había optado por mantener a sus compañeros alejados del foco principal. No quería eclipsarles, pero tampoco deseaba que sus rostros se convirtiesen en el blanco de todas las cámaras del país.

Desde su posición, el murmullo y la agitación del salón eran palpables. El calor lo sofocaba y la fatiga se apoderaba de su claridad mental; días sin descanso y la creciente presión estaban dejando huella en su salud física. Sin embargo, sabía que debía mantenerse firme, afrontar esta situación y, posteriormente, dejarla atrás.

—¿Estás listo? —le preguntó el comisario, emergiendo desde un extremo del pasillo.

—Después de ti —respondió Rojo y ambos hicieron su entrada. Al instante, un frenesí de cámaras se desencadenó, con destellos iluminando la sala como un espectáculo de luces y el sonido constante de los disparadores fotográficos. Rojo estaba al lado del comisario y junto a él estaba la jefa de prensa del Cuerpo Nacional de la Policía de Alicante, quien abrió la conferencia. Mientras se sucedían las intervenciones, Rojo detectó un rostro familiar en el mar de periodistas. Carla Moliner, la reportera de Mediterráneo TV, siempre dispuesta a destacar, le lanzó un guiño audaz. Aunque él optó por ignorarla, sabía que ella intentaría obtener una exclusiva de él.

El comisario Maruenda esbozó la investigación de manera general, elogiando el empeño de la brigada en localizar al sospechoso. Avanzaba con un tono sombrío, siguiendo el guion establecido, dejando que la tensión y el interés se acumulasen en la sala. Aportó pequeños detalles sobre el exsargento, sin adentrarse en lo específico y, finalmente, cedió la palabra a Rojo, quien tomaría las riendas para esclarecer la situación al público.

Con movimientos deliberados, Rojo tomó una de las botellas de agua que estaban frente a él y bebió un sorbo prolongado para humedecer su garganta.

—Buenas noches y gracias a todos por estar aquí —comenzó, sabiendo que estaba a punto de desafiar lo establecido previamente—. Agradezco la presencia del comisario y su inquebrantable apoyo durante esta compleja investigación. Como bien ha indicado, nos hallamos ante un individuo peligroso que ha alterado la tranquilidad de esta ciudad y de toda la provincia... No obstante, debo informarles que hemos tenido un giro significativo de última hora en el caso.

Maruenda carraspeó forzosamente, provocando una pausa y él se preguntó si lo estaba advirtiendo de algo. Después, prosiguió: —Nuevas evidencias vinculan los crímenes de Lara y Bosch con un sospechoso que, inicialmente, habíamos descartado y que ahora se perfila como principal implicado. Esta revelación ha reorientado nuestras líneas de investigación. Deseo aportar un mensaje de confianza a la población: trabajamos con esfuerzo y confiamos en solucionar esta situación en las próximas veinticuatro horas, esperando que no haya más víctimas y que pronto tengamos al responsable, tras las investigaciones. Por la sensibilidad del caso, no se abrirá un turno de preguntas. Una vez finalizado, ofreceremos una rueda de prensa exhaustiva. Gracias por su comprensión. Cuando se puso en pie, el micrófono se acopló, provocando un zumbido por los altavoces. La intervención de Rojo desató un torbellino de preguntas por parte de los periodistas presentes, ávidos por obtener más información. Pero el inspector permaneció inmutable. Al mirar de reojo, pudo percibir la mirada atónita y el rostro descompuesto del comisario Maruenda, claramente afectado por las declaraciones. Aunque contenía su furia, era evidente que no tardaría en hacerla sentir. Rojo se abrió paso entre la multitud de reporteros antes de que lo alcanzaran con más preguntas.

—¡Rojo! —vociferó el comisario desde la distancia—. ¡Alto, es una orden! Sin detenerse, el inspector, simplemente, señaló la salida.

—He actuado conforme a mi deber.

—Eso no era lo previsto. Teníamos un acuerdo.

—Este caso no ha sido lo previsto desde el principio... Maqueda es un psicópata muy peligroso y hay que actuar como él. Maruenda respiró hondo y le clavó una mirada determinante, antes de responder con un tono cargado de advertencia:

—Por tu bien y el de los que trabajan contigo, espero que todo salga como has dicho.

35

Bajo el manto de la noche, las luces de la ciudad proyectaban sombras cambiantes que acentuaban la atmósfera cargada. Las calles, normalmente llenas de vida y bullicio, estaban silenciosas, interrumpidas únicamente por el distante sonido de sirenas y el eco de los pasos de los transeúntes que aún se aventuraban a salir. Pero a medida que el coche patrulla atravesaba el barrio de Las Carolinas, las voces y murmullos se intensificaban, dando testimonio del nerviosismo que se había apoderado de los residentes.

En los balcones, las cortinas se movían sutilmente, evidencia de los ojos curiosos que intentaban echar un vistazo al vehículo que se desplazaba lentamente. Las miradas, algunas con miedo, otras con morbo, convergían hacia Rojo. El tenso ambiente se agudizaba con cada metro que avanzaban, como si la proximidad del inspector sirviera de recordatorio constante del peligro que se ocultaba sobre la ciudad.

El edificio que albergaba el refugio de Maqueda se levantaba como una reliquia del pasado, con sus paredes gastadas por el tiempo y los balcones de hierro forjado. Se podía sentir la historia en cada ladrillo, en cada rincón, un testimonio silencioso de las vidas que había albergado y de los secretos que aún guardaba. Los tubos parpadeantes del pasillo de la entrada creaban un juego de luces y sombras, mientras Rojo y su equipo se abrían paso por el estrecho corredor, acompañados del eco de sus pasos y el murmullo constante que emanaba de las otras viviendas.

Ante la puerta del piso, los dos agentes esperaban con sus posturas rígidas y formales, reflejando la seriedad del asunto en cuestión. Sus ojos seguían cada movimiento de Rojo, esperando instrucciones y preparándose para lo que pudiera desvelarse en el interior del piso.

—Que nadie toque nada —ordenó Rojo—. Y que alguien contacte a Pérez. Necesito que esté aquí, ya.

Al entrar, Rojo sintió una sorpresa disonante. A pesar de sus expectativas, el interior revelaba un espacio que guardaba la esencia de un hogar de época, impecable y ordenado. La imagen de la cafetera moka sobre el fregadero, junto al cenicero lleno y un paquete vacío de L&M lights, le trajo recuerdos fugaces. Maqueda, a diferencia de Rojo, nunca abandonó el hábito de fumar. El aroma familiar de tabaco le evocó imágenes siniestras de pasados casos, una tormenta de recuerdos que amenazaba con atraparlo.

Sacudiendo la cabeza, desvió su atención hacia el salón. Las paredes estaban adornadas con fotografías que mostraban momentos más felices: Maqueda y su ex, ambos luciendo jóvenes y

optimistas. Una foto en particular le llamó la atención: Maqueda en uniforme de la Guardia Civil, al lado de su pareja, con un paisaje portuario de fondo, que bien podría ser Galicia.

—Es como si nuestras carreras hubieran estado corriendo en paralelo, desde mucho antes de que nos encontráramos —susurró para sí.

—¡Rojo! —La voz del otro inspector le sacó de sus pensamientos—. Tienes que ver esto.

Siguiendo a Ramos, llegó a una habitación apartada. Al abrir la puerta, su expresión cambió de sorpresa a horror.

—¡Dios mío... qué asco! —exclamó, incapaz de hallar palabras que pudieran describir la escena que tenía frente a él.

El aire en la habitación estaba cargado, casi espeso, con un olor penetrante que recordaba a la humedad mezclada con algo más acre, quizás el rancio olor de la cerveza derramada y el sudor. Las sombras se dispersaron cuando Rojo encendió la luz, revelando paredes descoloridas y una ventana cubierta por cortinas manchadas que apenas dejaban pasar la luz de la calle. El colchón, que había visto días mejores, parecía ser el epicentro del caos: manchas oscuras lo salpicaban y el material se había deshilachado en varias áreas. Alrededor de él, latas de cerveza aplastadas y algunas aún por terminar estaban esparcidas, algunas dentro de una bolsa que ya no podía contener más. La ropa, de varios tamaños y estilos, estaba dispersa de manera caótica, como si alguien hubiera estado buscando algo con desesperación.

Hacia un lado de la habitación, una mesa improvisada sostenía la colección de recortes de periódicos, impresiones borrosas de artículos en línea y carpetas que parecían contener informes policiales. El desgaste en los bordes de los papeles indicaba que habían sido revisados repetidamente. Las notas adhesivas, algunas con esquinas dobladas y tinta corrida, estaban pegadas con desorden, formando un collage caótico que contaba la obsesión de alguien. Las fotografías, algunas en blanco y negro y otras en color, mostraban a Lara, Bosch, Pascual y la fiscal en diferentes momentos y situaciones, algunas claramente tomadas sin que se dieran cuenta. Rojo sintió un escalofrío al pensar en el nivel de vigilancia que esto implicaba.

El silencio de la habitación era perturbador, interrumpido solo por el lejano murmullo de la ciudad. Mientras Rojo se movía lentamente, examinando cada detalle, no podía evitar sentir que había algo más, algo que aún no había descubierto, escondido en ese núcleo de caos y decadencia.

Robles, desde el umbral de la puerta, apuntó hacia el cuarto y dijo:

—Aquí es donde se ha estado escondiendo. Y todas estas evidencias muestran que sabemos cuáles son sus planes.

Pero Rojo, sumido en una profunda reflexión, apenas escuchó las palabras de su colega.

***

Se acercó decididamente al escritorio, apartando con firmeza la basura acumulada y las páginas amarillentas, parcialmente quemadas por la ceniza de los cigarrillos. Deslizando la mano por los cajones, descubrió un conjunto de fotografías antiguas, similares a las que había visto en casa de Lara, y varios calendarios adornados con imágenes religiosas, semejantes a los que el asesino colocaba sobre sus víctimas, acompañándolos de las frases que dejaría junto a sus cadáveres.

«El que justifica al malvado y el que condena al justo, ambos son igualmente abominables a los ojos del Señor», leyó en la frase asignada a una estampita que representaba a Poncio Pilato lavándose las manos, junto al rostro de la fiscal. A su lado, pegada al rostro de Cascales, había otra cita bíblica que decía:

«Pero al que haga tropezar a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgaran al cuello una piedra de molino de esas que mueve un asno y lo arrojaran al mar». En esta ocasión, observó una ilustración del sacrificio de Isaac, donde Abraham estaba a punto de sacrificar a su hijo.

Estudió las imágenes detenidamente, intentando hallar algún patrón o conexión en los rostros, pero aparentemente carecían de relación con los designios vengativos del asesino:

—Algo falla en todo esto... —murmuró en voz alta mientras afilaba la mente—. Maqueda utiliza estos mensajes como acertijos antes de matarlos, no como justificación por sus crímenes. Pero, falta un sujeto...

Su mirada volvió a los recortes pegados en la pared, donde los rostros de las víctimas le devolvían la mirada. A pesar del evidente patrón, sentía que la imagen aún estaba incompleta.

Dirigió su atención a una estantería cercana, mientras los agentes intercambiaban miradas cargadas de escepticismo. Se preguntaban si realmente era prudente que Rojo estuviera tocándolo todo, dejando sus huellas en la escena. Pero a Rojo poco le importaban sus críticas silenciosas. El tic-tac del reloj le recordaba la urgencia de su misión: el asesino estaba listo para el siguiente movimiento y él debía adelantarse.

En un arranque de intuición, extrajo un voluminoso archivador, cubierto de una capa de polvo, de la estantería. Al abrirlo, descubrió múltiples informes, tanto oficiales como confidenciales, todos relacionados con las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado. En ese preciso instante, no necesitaba entender cómo había obtenido Maqueda aquellos documentos, solo necesitaba descifrar sus próximos pasos.

—Inspector —llamó Robles desde el umbral de la puerta. Rojo, sumergido en sus hallazgos, no respondió. El peso de la revelación era abrumador: muchos de esos historiales estaban vinculados a casos en los que él había trabajado. No solo el caso de Miguel Díaz, sino muchos más que había olvidado. En ellos, también aparecía Gutiérrez y parecían haber sido escritos y firmados por otros compañeros, en los que había llegado a confiar. Por desgracia, se había equivocado con ellos. Algunos de los expedientes extraoficiales sacaban a la luz la mala praxis que Gutiérrez y él habían llevado a cabo para resolver los casos de los que se responsabilizaban. La realidad golpeó a Rojo con fuerza: Maqueda había estado observándolo, acechándolo desde las sombras durante años.

—¿Pero por qué? —murmuró, más para sí mismo que para cualquier otro, olvidando momentáneamente la presencia de sus colegas.

—Rojo —llamó el subinspector con un tono más urgente.

—¿Sí? —respondió Rojo, volviéndose hacia él.

—Hemos hallado algo en el baño.

Sin esperar más, dejó el voluminoso archivador sobre el escritorio y siguió al subinspector. Al entrar, lo primero que observó, fue su rostro en el reflejo del espejo y se percató de lo demacrado que estaba por culpa del agotamiento. Después vio a Ramos y a otro agente

examinando la cisterna desmontada del inodoro. Ramos levantó un pequeño cuaderno envuelto en una funda hermética, de las que se usan para congelar alimentos.

—Lo hemos encontrado ahí —señaló Ramos, extendiendo el cuaderno a Rojo.

Este, con un gesto ágil, deslizó el cierre hermético y extrajo el cuaderno de tapa dura con líneas horizontales. Al abrirlo, el contenido le dejó boquiabierto.

De nuevo, un montón de frases torcidas que no tenían sentido alguno.

—Esto ya lo he visto antes... —dijo, levantando el cuaderno a la altura de sus ojos—. No es de ninguna utilidad.

—Espera, no te muevas... Ahora, gírate —dijo Robles, sujetándolo por los hombros para que se pusiera de espaldas al espejo—. Está espejado.

—¿Cómo?

El inspector se puso frente al espejo y volteó el cuaderno, con las páginas hacia él. No entendía cómo no había caído en ese gesto, ahora tan importante para la investigación. Los tres leyeron el contenido de las líneas, que era de lo más esclarecedor.

Maqueda había registrado meticulosamente cada uno de sus pasos. Aunque el cuaderno iniciaba apenas unos meses atrás, Rojo intuyó que podría haber otros similares. Con dedos ágiles, pasó las páginas hasta encontrar la fecha relacionada con el asesinato de Lara.

«Las piezas están en su lugar. Ese desgraciado será el detonante», leyó en voz alta. Volvió páginas anteriores y encontró más entradas.

«Adquirir traje. Cita en la peluquería a las 13h. La abogada está en mi red».

«Cascales es puntual. Mejor por la noche. Recoger llaves y hacer la transferencia».

«Vigilancia en el pub. La fiscal regresa cerca de las 22h. Los jueves pide sushi».

Siguió hojeando, intentando llegar al comienzo de todo, pero estaba ya en la primera página.

—Maldición.

—¿Qué sucede?

—Está jugando con nosotros. Hay otro cuaderno como este, está en mi apartamento y es el que encontramos en el domicilio de Lara... —dijo Rojo, pasando el diario a Ramos—. Estoy seguro de que tiene más. ¡Rastread cada rincón!

Ramos asintió y salió del baño para coordinar la búsqueda. Robles se quedó, observándolo con una mirada de preocupación.

—¿Estás bien?

—¿A qué viene eso?

—No es el momento, lo sé... —dijo, cerrando parcialmente la puerta del baño—, pero siento que esto te está afectando más de lo que admites.

—No sé a qué te refieres. Estamos cerca, Robles. ¿No lo ves?

—Claro que lo veo —respondió Robles con suavidad—, pero también veo a un superior y líder cansado y superado por la situación. Y me preocupa.

—Preocúpate por tus asuntos, ¿entendido?

Rojo se mordió el labio, desconectándose del mundo exterior. No quería adentrarse más en aquel diálogo. La realidad cruda del caso ya le pesaba desde el comienzo y, a esas alturas, poco le importaba si las cosas se volvían aún más oscuras. Pero una sensación de vacío lo atormentaba, como si hubiera pasado por alto un detalle crucial. Se preguntó si cada descubrimiento era simplemente otro movimiento estratégico de Maqueda.

—Espera... —susurró abruptamente, alejándose y golpeando la pared con firmeza. La acción confundió al subinspector, que observaba con incredulidad.

—Necesito un martillo —demandó Rojo, sin apartar la mirada de la pared.

—Entendido.

En su soledad momentánea, Rojo meditaba. Estaba convencido de que Maqueda había predicho su llegada. «Conozco tu juego», pensó, «no eres lo suficientemente sutil como para confiarte así... Estás apostando conmigo, pero yo tendré la última palabra». Examinó cada rincón, palpando meticulosamente en busca de algún hueco revelador.

Robles regresó, extendiendo el mango de un martillo hacia él. Rojo lo miró, preguntándose si su presencia allí era mera coincidencia.

—Quiero que todo el mundo abandone el apartamento —ordenó, con una determinación glacial en sus ojos.

—¿Por qué?

—¡Hazlo! —insistió Rojo, con una autoridad que no dejaba lugar a dudas.

Robles obedeció sin chistar, advirtiendo la gravedad del tono de su superior. Una vez solo, el inspector comenzó a golpear la pared con furia. El sonido retumbante atrajo las miradas atónitas de su equipo. Su primer intento fue en vano, pero Rojo no se rindió. Con meticulosidad, examinó cada habitación, golpeando y escuchando. Aunque parecía haber perdido el juicio, en realidad, estaba intentando proteger a su equipo de un posible peligro.

Los recuerdos de los crímenes pasados lo asaltaron. Lara en el baño, Bosch en su habitación... en cada escena, siempre había un indicio, una pista que apuntaba al siguiente acto. Cada detalle contaba una historia, cada mensaje era una pieza del rompecabezas. Rojo sabía que Maqueda quería transmitir algo más, tal vez una pista final.

Con cautela, exploró la casa, que parecía no haber sido alterada, excepto por el cuarto de invitados, cuya atmósfera densa y nauseabunda llenaba el aire. Volvió a la habitación, buscando la clave que uniría todo el macabro puzzle de Maqueda, pensando que, si ese era su escondite, allí encontraría la respuesta que buscaba.

Con un gesto decidido, Rojo apartó el colchón de la cama, esperando descubrir algún secreto oculto debajo. Luego, sus ojos se dirigieron hacia la pared, tapizada de recortes periodísticos, fotografías y anotaciones. Cascales, Pascual, Bosch y Lara... Sus miradas lo acosaban desde el papel, recordándole la compleja red de conexiones que el asesino había tejido. A través del profesor, había llegado al cartero y juntos habían señalado el camino hacia la abogada. Bosch, el nexo crucial, los había vinculado al exdirectivo y a la fiscal, los blancos que habían logrado esquivar el destino fatal... hasta ahora. Un eslabón perdido nublaba su mente y la intensa presión dificultaba su capacidad para ver el cuadro completo.

—Inspector...

—¡Silencio!

Pero la voz angustiada de Ramos lo sacó de sus cavilaciones.

—¡Rojo, joder! —gritó, haciendo que este se congelara en el acto—. Es Cascales... ha sido asesinado.

36

El camino hacia la casa de Cascales fue difícil. Una nube de derrota se cernía sobre el equipo. El inspector Rojo, sumido en sus pensamientos, revivía cada paso de la investigación, buscando la equivocación que se le había escapado. Maqueda había logrado anticiparse nuevamente, desbaratando cualquier expectativa. En su mente, Rojo lamentaba haber subestimado al exgendarme en público, creyendo que lo tenía acorralado con su trampa. Al repasar los diarios, quedó claro que Maqueda estaba al tanto hasta de las más mínimas rutinas de sus objetivos y no descartó que también lo estuviera de la policía. El fallo de Rojo había sido centrarse en la conexión entre Cascales y Lara, cuando la clave radicaba en el vínculo entre Maqueda y Cascales. Y ahora, no importaba cuánta seguridad rodeara la vivienda, el asesino había demostrado que podía actuar sin siquiera salir de casa.

Al llegar, un aire lúgubre envolvía la escena. No solo por la muerte que se había cobrado el lugar, sino también por la palpable desolación de los agentes presentes.

Una vez que cruzaron la entrada, Rojo fue recibido por un aroma ya conocido, ese penetrante almizcle, que había comenzado a ser sinónimo de muerte y peligro. Y luego, el rastro de tabaco confirmó sus sospechas.

Tras él, Robles avanzó como un eco silencioso, seguido por Ramos.

—Dios Santo... —susurró Robles, visiblemente afectado, al divisar el cuerpo de Cascales en el sofá. El hombre yacía con el cuello cruelmente rebanado y la cabeza inclinada hacia atrás en un macabro reposo. De inmediato, Rojo escudriñó la estancia, encontrando frente al difunto una bandeja de sushi y unos palillos de madera. A un lado, un vaso de cerveza con una colilla flotando. El inspector se aproximó para examinar más detenidamente el cuerpo y concluyó que, probablemente, la víctima no había padecido un largo tormento físico antes del fatal corte. Este patrón le sugirió que Maqueda habría mantenido a Cascales a raya con un arma, un modo de actuar que se repetía cruelmente con cada una de sus víctimas.

Esperaba encontrar una imagen y un enigma. Pero a pesar de sus intentos, no vio nada revelador en la escena. Cascales, en su rutinaria predictibilidad, había solicitado comida a domicilio, un detalle que Rojo había descubierto en los diarios. En ocasiones, la complacencia y rutina de las personas las tornaban vulnerables. El pedófilo, confiado en su inocencia, nunca imaginó que su vida se cruzaría con la de un asesino sediento de venganza.

Pérez entró abruptamente al salón, portando su equipo. Saludó brevemente antes de comentar:

—Qué panorama.

—Justo a tiempo, Pérez —dijo Rojo, haciendo un gesto para que se aproximara—. Te necesito.

Pérez levantó una ceja.

—¿Qué se te ofrece?

—Ponte los guantes.

—¿Y eso?

—Observa la boca —indicó Rojo—. Parece tener algo ahí.

Pérez miró a Rojo con cierto descontento. No era el momento para titubear. La mirada inquisitiva de los otros agentes presionaba el momento.

—No es mi labor.

—Ya lo sabemos, pero que no te frene a hacerlo—aseguró Rojo, lanzando una mirada significativa a los presentes—. Quedará entre nosotros, ¿correcto?

Ramos se encogió de hombros, fingiendo desconocer el asunto.

—No tengo idea de lo que hablas.

—Vamos, Pérez.

—Dios, no me pagan lo suficiente por jugarme tantas cosas... —murmuró Pérez mientras se ponía los guantes. Con delicadeza, se inclinó sobre el cuerpo y abrió la boca de la víctima. El rigor mortis había asentado la mandíbula, haciéndola rígida. Robles, incapaz de soportar la escena, se giró, evitando la vista. Al final, Pérez extrajo de entre los dientes de Cascales un pedazo de cartón humedecido y lo resguardó en una bolsa de evidencia.

La expresión en el rostro de Pérez decía más que mil palabras.

Cuando Rojo tomó la bolsa y vio la fotografía en su interior, un escalofrío le recorrió la espalda.

Era una representación del apóstol Tomás tocando la herida en el costado de Jesús, simbolizando la necesidad de pruebas tangibles, la misma que había encontrado en el cuaderno, junto al dado trucado entre las páginas. En el reverso, había una frase escrita que decía:

«¿Aceptará el Señor balanzas falsas y medidas falsificadas?».

37

A pesar de la alta seguridad, la forma en que Maqueda había penetrado en el hogar de Cascales seguía siendo un misterio, aunque Rojo tenía sus teorías. Sin embargo, lo que realmente lo sorprendió fue la velocidad con la que la prensa se enteró del suceso. A su regreso a la comisaría, una densa marea de reporteros se extendía frente a él, más numerosa de lo que jamás había presenciado. El resplandor de las cámaras, con sus luces deslumbrantes, parpadeaba constantemente, creando un mosaico de luces y sombras que bailaban en el crepúsculo. Las interrogantes, suscitadas con desesperación y ansiedad, se intensificaban desde todas las direcciones, generando un coro de voces que buscaban ser escuchadas por encima de los demás.

Con pasos firmes, descendió del vehículo, sintiendo cómo las miradas lo atravesaban, cómo las lentes de las cámaras se centraban en cada uno de sus movimientos. El ruido de la multitud, con las voces entrecortadas de los periodistas y el murmullo constante, se convirtió en un zumbido ensordecedor que lo rodeaba, amenazando con engullirlo. Cada paso que daba era una lucha, como si caminara contra una corriente interminable. Siguiendo de cerca a Robles y Ramos, hizo camino hacia la imponente entrada de la Comisaría Provincial, consciente de que, lo que lo esperaba adentro no sería un alivio.

Una voz insistente lo detuvo y, aunque había cultivado un endurecimiento mental para manejar tales interacciones, el cansancio y el estrés lo llevaron al límite. Los comentarios provocadores se multiplicaban.

—¡Inspector! ¿El asesino está burlándose de ustedes? ¿Es verdad que es un exmilitar?

—¡Inspector! Se rumorea que su unidad se siente derrotada y que Madrid tomará el caso. ¿Puede confirmarlo?

—Para Local TV. Inspector, ¿es cierto que...?

La paciencia de Rojo estalló. En un arrebato de frustración, arrebató el micrófono de un periodista y lanzó una cámara al suelo, causando un revuelo entre los del gremio. Era consciente de que su arrebato tendría consecuencias, pero en ese momento no le importó. Robles trató de tranquilizarlo, poniendo una mano en su hombro.

—Inspector, no les des el gusto. Estamos juntos en esto.

Rojo se zafó del contacto.

—Ahora no, Robles.

El comisario Maruenda, con la gravedad pintada en su rostro, emergió de la comisaría, flanqueado por dos individuos de apariencia importante. Aunque no los reconoció de inmediato, Rojo sabía que eran figuras influyentes. Después de un breve saludo, el comisario lo llamó:

—¡Inspector Rojo, en mi oficina! ¡Ahora!

***

Durante un breve segundo, un déjà vu lo inundó, como si ese enfrentamiento hubiera sido ya predestinado. Las noticias que se emitían eran desafortunadas y la muerte de Cascales había sido la última admisión, agravando la ya desvanecida confianza que Maruenda tenía en Rojo. Esta metedura de pata no había sido menor; había cuestionado su competencia y reputación.

—Debes retirarte del caso. Madrid tomará el relevo.

—Comisario, eso sería un grave error.

—El error, Rojo, fue socavar a tus superiores y desinformar a la prensa, arriesgando así a cientos de efectivos por una simple intuición. ¿Realmente piensas que soy tan ingenuo?

—Deme unas horas, comisario. Estamos cerca, hemos localizado su refugio y sabemos hacia dónde se dirige...

—Eso es exactamente lo que me has dicho hace unas horas, antes de esa fatídica conferencia de prensa. Has apuntado al sospechoso equivocado que, irónicamente, ha sido asesinado por el verdadero asesino —dijo Maruenda, con su voz cargada de desdén—. ¿Tienes idea del compromiso en el que nos ha colocado eso? ¿De la situación en la que me has puesto al frente de este desastre?

—Maqueda no es un homicida ordinario. Es un exsargento de la UCO, meticuloso y estratégico. Hemos logrado frustrar dos asesinatos. ¿Cuántas veces voy a repetirlo?

—Deja las excusas. Debí hacerte caso y asignarle este asunto a alguien estable. Fui un tonto al darte la oportunidad, lo reconozco, especialmente cuando pediste no estar en él...

—Si hubiera sido así, aún estaríamos cazando fantasmas.

—Basta, ¿me oyes?

La frustración hervía en Rojo y no pudo reprimir un gruñido de desdén.

—No, me niego.

La respuesta agudizó el aire ya cargado de tensión.

—¿Qué has dicho, inspector?

—Que no dejaré este caso de manera voluntaria. Tres personas están muertas y es probable que haya más víctimas. No voy a deshacer todo el trabajo del equipo solo para que unos trajeados de Madrid nos instruyan.

—Primero, es una orden directa. Segundo, no es tu decisión, y tercero, esos trajeados son tus superiores, así que muestra un poco de respeto. Si no sigues mis indicaciones y no sales de aquí de inmediato, Asuntos Internos te interrogará antes de que puedas siquiera pestañear.

Pero las amenazas de Maruenda no hicieron mella en él, quien, lejos de retroceder, en un acto impulsivo de desafío, sacó la placa y la pistola y las dejó con un golpe en el escritorio.

—¿Qué edad tienes, inspector, acaso, dieciséis?

—Dimito.

—Tus tácticas no funcionarán conmigo. No cederé ante tal chantaje. ¿Te crees insustituible?

—O me deja seguir con el caso, o me marcho.

—Estoy mostrando más paciencia de la que mereces, debido al estima que te tengo. Pero si cruzas esa puerta, lamentarás esta decisión por el resto de tu vida.

A pesar de las palabras del superior, Rojo sabía que no lograría hacerle cambiar de parecer. Atrapado entre la espada y la pared, decidió que, al menos, sin él en medio, Maqueda se detendría.

—El tiempo nos dará la razón. Buena suerte, comisario.

38

Con la ciudad alborotada, Rojo se encontraba sumido en sus pensamientos, sintiendo la sed de un buen trago y el anhelo de una conversación auténtica. Aunque había enfrentado a Maruenda y tomado una decisión contundente, el ardor de su misión no se apagaba. A pesar de carecer de un plan inmediato, Rojo confiaba en que la sorpresa sería su mejor aliado contra Maqueda. Mientras más indagaba en el caso, más se adentraba en los complicados recovecos de la mente del asesino, intentando descifrar su obsesión con él. «¿Por qué me ha elegido a mí?».

La glorieta de Alfonso X El Sabio estaba bañada por los últimos destellos dorados del día. Allí, en la terraza del Duke, Laura lo esperaba. La suave brisa jugaba con sus cabellos mientras ella fumaba un cigarrillo, sus piernas elegantemente cruzadas. Sus dedos danzaban con nerviosismo sobre la pantalla de su móvil y sus ojos, llenos de incertidumbre, se perdían entre la multitud. La gravedad del encuentro no se le escapaba: estaba por encontrarse con un hombre que había abandonado su cruzada personal.

Rojo se acercó, sintiendo el murmullo de la ciudad amortiguando sus pasos.

—Perdona por el retraso, Laura —murmuró con cierta timidez.

Al verlo, ella se levantó y, en ese encuentro, hubo un titubeo, una vacilación, antes de decidir cómo saludarse. A pesar de conocerse, ellos dos aún navegaban en aguas inciertas. Rojo, aprovechando su imponente estatura, llamó al camarero con un gesto firme y pidió un botellín de cerveza.

—¿Cómo estás?

—Jodido, bien jodido.

—Eso ya me lo has dicho por teléfono... Parece que no tengas más vocabulario.

—Has escuchado bien. Estoy jodido porque he renunciado al caso —sus palabras sonaban a resignación.

Ella asintió y tomó su vaso de refresco.

—Los medios no dejan de mencionar el asunto, no logran esclarecer nada...

—Es verano, no tienen otra cosa que hacer.

El camarero le sirvió la cerveza, a la que el inspector le dio un largo trago, para despejar el malestar provocado por la mala suerte que le acompañaba.

—Deberías descansar o te dará algo.

—No estoy en posición de elegir nada.

—Tu cuerpo lo hará por ti, Rojo. Mira qué cara tienes, me preocupa tu salud...

Con un gesto insólito en él, Rojo tomó la mano de Laura, intentando transmitirle seguridad. Sus ojos, cargados de una intensidad poco común, la sondaron.

—Necesito que pienses en la paciente de la que me hablaste, la que luchó contra el cáncer tras el tratamiento de fertilidad. Necesito saber más sobre ella, sobre su vida... y sobre su pareja, el hombre del que me has hablado antes...

El ceño de Laura se frunció en preocupación y confusión.

—¿Rafael? —susurró—. ¿Qué hay del derecho a la privacidad?

Rojo asintió con cierto alivio.

—En ese momento no hubo nada que pudieras hacer por salvar su vida, pero ahora puedes salvar otras que están en peligro.

—Rojo, no me pidas esto...

—Necesito que confíes en mí, Laura. Es vital que me ayudes.

Ella lo miró fijamente, tras escuchar sus palabras de desesperación. En el aire flotaba una tensión palpable, un silencio opresivo que se cernía sobre ambos. A medida que transcurría el tiempo, la realidad del peligro y la magnitud de los eventos se iban sedimentando en la mente de Laura.

—Necesito saber algo, pero exijo sinceridad —comentó ella.

Rojo la miró, sus ojos mostrando el peso de mil secretos.

—No puedo garantizarte eso.

—Por favor, Rojo...

—Habla.

—¿Es él la mente que está detrás de los crímenes?

Con mesura, Rojo levantó su botella y bebió un sorbo profundo de la cerveza. Sin pedir permiso, tomó el paquete de cigarrillos de Laura y encendió uno. Mientras el humo se elevaba en espirales, parecía perderse en un abismo de pensamientos. No era desconfianza hacia Laura lo que lo retenía, sino el conocimiento profundo de lo inestables que pueden ser los seres humanos bajo presión. Finalmente, después de soltar el humo en un suspiro lento, dijo:

—Es mucho más complejo de lo que te imaginas.

***

La respuesta no hizo más que aumentar la ansiedad evidente en Laura, que se retorcía las manos nerviosamente. Así y todo, Rojo insistía en que compartiera más, pese a la distancia temporal del evento. Para Laura, la idea de Rafael Maqueda como el asesino que tenía a la ciudad en vilo era inconcebible.

—Siempre me pareció un hombre de buen carácter, calmado, a menudo pendiente de su esposa. Es difícil imaginar que podría ser él, me cuesta creerlo... Planeaban un futuro juntos y su mayor preocupación siempre fue el bienestar de su mujer... Se desvivía por ella y nunca le permitió que viera alguna señal de dolor o desesperación en él.

—¿Notaste algo inusual en él durante aquel tiempo? ¿Alguna clase de transformación cuando las noticias comenzaron a no ser tan buenas?

—No, en absoluto. Puedo distinguir a las personas con buenas intenciones y a las que mantienen la esperanza. Él rezaba por ella cuando ella no lo veía. Confiaba en que se recuperaría,

pero también que Dios la protegería, allá donde fuera.

—Vaya. ¿Conversaste alguna vez con él sobre esto?

—Lo básico —dijo, tratando de recobrar esos recuerdos—. Yo no soy creyente, al menos, no a ese nivel. Por supuesto que tengo mis creencias, mi manera de entender el mundo... Es complicado, soy médico y he visto muchas cosas como para dejarlo todo en manos de la fe...

—Laura...

—Perdón... Rafael estaba siempre presente, preocupado por los detalles del tratamiento, pero nunca interfería en la relación médico-paciente. Eso era un detalle de agradecer, pues no todos los familiares tienen una actitud similar. Siempre solía decir que, una vez terminado el tratamiento, se tomarían unas vacaciones para reconectar. Realmente es triste que esto suceda, pero aún más triste que les ocurra a las personas que desprenden bondad.

«Cualquiera lo diría».

—Y después del fallecimiento de ella, ¿qué ocurrió? Algo tuvo que cambiar en él para siempre, de lo contrario, no habría actuado así...

La mirada de Laura se tornó oscura y se notó el dolor al recordar ese momento.

—Fue devastador, incluso para mí —suspiró profundamente, reteniendo las lágrimas—. Hubo demandas contra la farmacéutica y el hospital se convirtió en un hervidero de rumores. Sentí que tenía que hacer algo, aunque mis manos estuvieran atadas. Así que asistí al juicio, para estar con ellos, para ofrecerles un hombro, mi apoyo, lo que fuera...

—¿Y él estaba allí?

—Sí... Para entonces, había pasado algo de tiempo y no había vuelto a verlo... Apareció con una barba descuidada, más delgado, su aspecto reflejaba el desgaste emocional. No le di mucha importancia, ya que todos parecían desencajados por el dolor y el cansancio —comentó, luego tomó un cigarrillo, lo encendió, exhaló el humo y miró al horizonte—. Pero, ahora que lo mencionas, su apariencia era realmente lamentable.

—¿Habló con las víctimas durante el juicio?

—No directamente. Siempre estuvo al fondo de la sala, silencioso, aunque su presencia era innegable. Lo encontré afuera, en un receso, y solo pude expresarle mis condolencias. Su actitud había cambiado y también su semblante. Se mostraba distante y frío, como si ya no tuviera alma... Te juro que me hizo sentir un poco de miedo cuando me dijo aquella frase... ¿Cómo era? No logro recordar... Luego me agradeció todo que había hecho por ellos y se alejó. Fue la última vez que cruzamos unas palabras.

Rojo exhaló profundamente, su desazón era palpable. Se acercó a ella de nuevo y le cogió la mano a modo de insistir.

—Haz un esfuerzo... ¿Era importante?

Ella lo miró de reojo y se concentró.

—Creo que dijo... que no nos preocupáramos porque estaba escrito así. Suya era la venganza, y el Señor pagaría...

—Ajaa...

—Eso fue lo que dijo. Ni siquiera sé lo que significa o por qué lo recuerdo, pero me dejó sin aliento.

El relato de Laura no proporcionaba pruebas contundentes, pero esclarecía el tormento que había carcomido a Maqueda durante esos meses. El juicio había brindado a Maqueda una

perspectiva directa de quienes consideraba ser los verdugos de su esposa. Sin la ley de su lado, eligió ser juez y verdugo.

—Mencionaste que ella te confesaba cosas en las sesiones.

Laura lo observó con tristeza, como si estuviera faltando a su palabra.

—Era su manera de evadir el dolor que sentían ambos, de centrarse en el amor que los unía.

—¿Qué tipo de cosas te contaba?

—Pequeñas intimidades, anécdotas de pareja... —Laura sonrió con cierta melancolía, su mirada iba divagando antes de volver a encontrar la de Rojo—. Pero, no sé si puedes entenderlo. No todos hemos tenido una historia así.

—¿Él tenía detalles especiales con ella?

—Le gustaba crear enigmas, acertijos, juegos mentales... Lo sé porque ella estaba fascinada intentando descifrarlos. A veces, era una nota, otras veces lo hacía con una adivinanza... En fin, era una forma original de distraerla del dolor, de darle algo en qué pensar. ¿Si era detallista? Bien, a su modo de ver, siempre tenía en mente a su esposa.

—Cuando todo acabó, ¿nunca volviste a saber de él?

—Nunca.

Rojo se frotó la sien con exasperación. La cerveza no ayudaba a despejar sus ideas y el alcohol, sumado al calor y al cansancio, comenzaba a provocarle una marejada de jaquecas.

—Piensa, Laura. Debe haber algo más, algún detalle, alguna pista, algo que te resultase extraño.

—¡Ya te he dicho todo lo que sé! —Laura se irritó, evidenciando su incomodidad—. ¡No me presiones más, por favor! ¿Por qué no me cuentas de una vez qué es lo que buscas?

—No puedo decírtelo, no aún.

Ella frunció el ceño, frustrada.

—Conversar contigo es como vagar en un laberinto sin salida.

Fue esa frase la que desató una epifanía en Rojo.

«Un jodido laberinto sin salida, a eso juega el sargento».

Sin saber muy bien cómo, ató los cabos que le faltaban. Maqueda había actuado por tercera vez, quitándole la vida a Cascales y poniendo al inspector bajo la sombra. En una aparente venganza, su intención no era otra que la de poner a prueba al inspector hasta arrinconarlo en la desesperación. Pensó que, tal vez, quisiera que perdiera los nervios como él, que supiera lo que era vivir en el anonimato, fuera del Cuerpo, y no como había hecho.

«Es demasiado obsesivo para alguien como Maqueda».

Los pensamientos lo llevaron a otro escenario donde surgía la posibilidad de que él fuera el único rival que estaba a la altura de sus acertijos, después de la pérdida de su mujer. Sin embargo, tanta sangre derramada era un auténtico despropósito. Debía de existir una razón para provocar semejante sufrimiento.

De manera abrupta, aplastó su cigarrillo en el cenicero, bebió la cerveza y se levantó rápidamente. Sacó la cartera y dejó un billete sobre la mesa.

—Hazte cargo de esto, por favor. Debo irme de inmediato.

Laura lo miró con la incredulidad marcando sus rasgos.

—¿Así, de repente? ¿Me dejas aquí? ¿Después de esta pantomima?

—No tengo tiempo para explicar. Te llamaré luego.

Ella se encrespó.
—¡Ni te atrevas! Me has utilizado a tu antojo...
—¡Laura!
—¡Vete a la mierda y olvídame!
Rojo se detuvo y la miró con severidad.
—Laura. Si te encuentras con él de nuevo, no lo pienses, huye.

39

Aunque la conversación con Laura no había arrojado mucha luz, una simple oración reavivó la determinación de Rojo. «Un laberinto sin salida». Era la trampa que Maqueda había diseñado para él. Se reprochó por no haber visto antes el significado oculto detrás de los enigmáticos dibujos dejados junto a las víctimas. La vida de Rojo, con sus complejidades, había sido un rompecabezas en manos de alguien más. En ese instante, comprendió la esencia irremplazable de su pareja en su existencia y el abismo que su ausencia había creado.

Mientras se dirigía al pub irlandés para encontrarse con Pérez, la reflexión en torno a las palabras de Laura ocupaba su mente. A pesar de la oscuridad nocturna y la tensión que se cernía sobre la ciudad, las calles estaban repletas de vida y energía. A Rojo le sorprendía cómo la gente podía actuar con tal despreocupación, con un asesino suelto. Avanzando entre la multitud, consideró que quizás no necesitaba descender a un mundo subterráneo para encontrar el infierno: ahí estaba, en esa sociedad apática, inmersa en su autocomplacencia, ajena al peligro que se escondía en las sombras.

Al entrar al pub, Rojo escudriñó rápidamente el lugar buscando a su colega de la Unidad Científica. Aunque estaba suspendido, sabía que Pérez era su mejor opción para continuar con la investigación. La caza de Maqueda se había convertido en algo más que un caso profesional; era una cruzada personal. Era consciente de que Maruenda podría estar vigilando cada movimiento suyo y del equipo, pero no le daría el placer de verle vencido.

No pasó mucho tiempo antes de que Pérez franqueara la entrada. El ambiente del pub estaba cargado, con personas buscando refugio del calor estival. A pesar del estruendo del rock proveniente de los altavoces, un televisor mostraba las noticias. En lugar de los habituales vídeos musicales, la pantalla proyectaba un especial sobre los recientes asesinatos, con la presentadora de Mediterráneo TV captando la atención de los presentes.

—Vaya noche nos espera... —susurró Rojo en voz alta, sin notar la presencia del camarero cerca.

—Dios quiera que atrapen pronto a ese hijo de puta —comentó el camarero, apoyándose en el grifo de cerveza, olvidando momentáneamente la orden del inspector—. Dicen que lleva tres víctimas, que se sepa oficialmente. Parece que han traído un equipo especial desde Madrid. Supongo que no estaban contentos con quién dirigía la investigación aquí...

Rojo contuvo su irritación.

—¿Piensas servirme esa cerveza? —inquirió, con un tono más cortante de lo común. Su comentario no pasó desapercibido y el camarero se sintió ligeramente reprendido.

Antes de que la situación escalara, una mano amiga tocó suavemente el hombro de Rojo.

Se giró y encontró a Pérez, quien tomó asiento en el taburete contiguo.

—Dos cervezas, por favor —pidió el compañero, con una nota de cortesía forzada. Luego, inclinándose hacia Rojo, susurró—: ¿Qué demonios te pasa? ¿No ha sido suficiente el día de hoy?

Rojo exhaló profundamente. No quería perder la paciencia con uno de sus pocos aliados.

—He abandonado el caso. Maruenda me ha suspendido.

—¿Estás bromeando?

—Ojalá lo hiciera. No he tenido alternativa.

—Entonces, ¿quién ha sido el primero en sacar pecho?

—¿Realmente importa? —Rojo suspiró mientras el camarero dejaba dos jarras de cerveza frente a ellos—. O dejaba el caso o me humillaba ante los jefazos de Madrid.

—Ya. Estoy al tanto de eso...

—¿Qué hay de la escena del crimen de Cascales?

—Rojo, no debería discutirlo contigo...

—¿Me tomas el pelo?

—No —dijo y bebió, evitando su cara—. No estás bien y puedes cometer una tontería.

—No empieces, Pérez...

—Mira, durante años he analizado a asesinos, sus perfiles... Este tipo... es de los peores.

—Ilústrame, anda. ¿Acaso no están todos los asesinos desequilibrados?

—Es más complejo que eso —dijo Pérez con una mirada penetrante hacia Rojo—. Los humanos tenemos múltiples motivaciones para matar, pero también tenemos muchas para abstenernos. Nuestro instinto básico es la supervivencia. Podemos matar a un mosquito para protegernos, o incluso a otros animales, por nuestra seguridad o dominio. Pero a diferencia de otras especies, los seres humanos no deberían matar por mero placer. Eso rompe la norma...

—La norma se rompió hace miles de años. Ahórrame el sermón del National Geographic...

—Maqueda es una amenaza real y peligrosa.

—Lo sé mejor que nadie aquí. Ahora, más que nunca, tengo las pruebas que nos llevarán a él.

—Te estás confundiendo, Rojo. Ya no estás a cargo del caso. ¿Qué buscas realmente?

—Necesito que estés de mi lado. Tengo información sensible que nos puede ayudar.

Pérez suspiró, pasando una mano por su frente y continuó bebiendo un trago de su cerveza. El ambiente abrumador del pub dejaba un brillo de sudor en su cara.

—Estás pisando terreno delicado.

—Aún no hemos visto lo peor —afirmó Rojo, bebiendo de su vaso—. Maqueda lleva años en esto, refinando su técnica. Probablemente, se detuvo cuando sintió que podrían atraparlo y su relación lo mantuvo camuflado. Pero, a esos jóvenes... les lavó el cerebro.

—Entiendo.

Si alguien podía comprender la complejidad del asunto, ese era Pérez, el cerebro que estaba detrás del informe que había sido descartado en la investigación oficial.

—Los de Madrid están a ciegas respecto a Maqueda. Carecen de evidencia concreta y conexiones claras. Él me eligió precisamente porque busca un oponente digno, alguien que se sumerja en esta partida de ajedrez psicológico con él...

—Espera, ¿estás diciendo que es un juego para él?

—Maqueda siempre ha sido insaciablemente curioso, necesita constantes desafíos. Antes de cruzarse con su futura esposa, es probable que cometiera esos asesinatos, por el simple deseo de retar, de encontrar a alguien que le hiciera frente. Su rutina en la Guardia Civil no le ofrecía los retos que anhelaba, así que construyó su propio rompecabezas...

—Y vaya rompecabezas que creó...

—Después, su esposa se convirtió en su distracción. Debió ser alguien excepcionalmente astuta para mantenerlo ocupado y controlado durante un tiempo, lo que explicaría la ausencia de crímenes en ese período. Cada mente, especialmente la suya, busca nuevos acertijos y la monotonía hace que esos desafíos se vuelvan adictivos...

—Y cuando perdió a su esposa, todo su mundo interno se desmoronó. Era como si a un adicto le quitaran su droga.

—Exacto. Y por eso me escogió.

—¿Y por qué a ti en particular?

—Fui el último con quien trabajó estrechamente y representaba una apuesta. Percibía cierta rivalidad en cómo abordaba los casos y, de alguna manera, debí hacerle sentir menos capaz. Los psicópatas a menudo albergan resentimientos hacia aquellos que logran lo que ellos no pueden...

—Aunque resolvisteis ese caso juntos.

—Sí, pero a mi modo... creo. Ya no estoy convencido de ello.

—Esto suena muy mal. Si el equipo de Madrid está al mando ahora, ¿qué crees que sucederá con la investigación?

—Si tenemos suerte, lanzarán una orden de búsqueda cuando finalmente lo vinculen, aunque, para entonces, él ya estará lejos... Desenterrarán cada pista, tomará tiempo, quizá meses, pero cuando empiecen a juntar las piezas, se preguntarán por los informes desaparecidos, historiales que alguien quiso enterrar. Y en ese momento, con tanto en juego, tendrán que decidir si destapan todo el escándalo, si abren el maldito melón...

—Estás llevando esto al extremo. Lo primero es lo primero.

—Escucha, Pérez. Sé que Maruenda hará lo que sea necesario para proteger su imagen. Se apegará a su versión hasta el final. Y si se ve forzado a abandonar el barco, no dudará en arrastrar a otros consigo, incluido tú.

—Es muy reconfortante lo que dices.

—Mi carrera puede estar en las últimas, pero la tuya tampoco tiene un horizonte muy claro.

La melodía de una canción de Oasis inundó el espacio. Los clientes del pub se movían a su alrededor, indiferentes a la conversación, mientras la presentadora de Mediterráneo TV seguía en la pantalla. Rojo esperó, el silencio entre ellos lleno de tensión. Pérez, tras acabar su cerveza de un sorbo y pedir otra, finalmente se enfrentó a Rojo.

—Sé que la he cagado, pero también sé los pasos que hay que dar para atrapar a ese cabrón. El único inconveniente es que no puedo hacerlo solo.

Pérez terminó la cerveza y pidió otra ronda para los dos.

—Está bien, hablemos.

40

El alba aún no rompía el horizonte cuando el inspector Rojo abandonó la ciudad. Se adentró en la carretera que acariciaba la serena costa en dirección a Urbanova, un lugar donde el tiempo parecía detenerse, donde los recuerdos golpeaban con fuerza. No había llevado a nadie allí desde aquel triste día en que Gutiérrez desapareció de su vida, una pérdida que atribuía a aquella misteriosa mujer.

Mientras su coche avanzaba, la suave voz de un locutor de Radio Nacional de España llenaba el interior del vehículo. El boletín informativo anticipaba la rueda de prensa que el alcalde y altos mandos de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado ofrecerían pronto. Rojo sintió una punzada de nostalgia; no hacía mucho que él había estado en ese mismo sitio, siendo el centro de atención de los periodistas hambrientos de noticias. Sin embargo, en la volátil memoria colectiva, ya pertenecía al pasado. Habían transcurrido apenas unas horas desde su último encuentro con los medios, no obstante, el inspector Rojo ya era un recuerdo insalvable para la unidad de Homicidios y el escrutinio público.

«A rey muerto, rey puesto», musitó para sí mismo. Sabía que, como en muchas otras esferas de la vida, los medios rápidamente reemplazaban a una figura con otra. Aunque había sido un personaje destacado en el escenario de la justicia, siempre había rehuido de los focos, pero las circunstancias no siempre le habían otorgado ese lujo.

La penumbra matutina lentamente daba paso a las primeras luces del día, tiñendo el cielo de tonos pastel mientras Rojo avanzaba. Tomó un desvío hacia un camino de tierra, que se ondulaba entre piedras y matorrales áridos. Finalmente, se detuvo ante una puerta de hierro que protegía un garaje antiguo, lo suficientemente grande como para albergar una pequeña nave industrial. Con los faros del coche aún iluminando la escena, bajó y liberó con destreza los cerrojos de la pesada cadena. Con un esfuerzo contenido, abrió las puertas de hierro, revelando la oscuridad del interior. Luego pulsó un interruptor y, tras unos segundos de demora, una luz fluorescente bañó el espacio. Al inspirar profundamente, una sonrisa cruzó su rostro. El inconfundible olor a lejía todavía impregnaba el aire, transportándolo a tiempos que ya parecían lejanos.

El tiempo había dejado su huella en el garaje. Una fina capa de polvo cubría los antiguos muebles apilados en un rincón. La cercanía del mar había esculpido trazas de oxidación en las estanterías de acero donde reposaban herramientas que no había usado en años. Una vieja silla acolchada, de esas que parecían pertenecer a otra época, reposaba en medio de la sala. Al lado, una mancha oscura en el suelo, posiblemente de aceite, pensó, era testigo mudo de lo que allí acontecía.

Los recuerdos lo asaltaron con la fuerza de un vendaval: interrogatorios clandestinos, técnicas no sancionadas, testimonios que nunca encontraron su camino a los registros oficiales. Ese había sido su modo de trabajar junto a Gutiérrez, primero en Cartagena y luego en Alicante, hasta que todo se desmoronó. Juró no regresar a ese lugar, al menos no con el propósito original. Pero allí, frente a esa silla que había sido testigo de lágrimas y temores, comprendió la fragilidad de las promesas.

Se pasó la mano por la barba descuidada, sintiendo la aspereza del vello áspero y rebelde. Después se dirigió hacia un escritorio de madera bajo la ventana, donde un cajón ocultaba recuerdos y herramientas. Entre ellas, encontró la vieja STAR PK28, una reliquia vasca adquirida en circunstancias cuestionables, tan similar a la que había portado en sus días en Cartagena. Comparada con las modernas Glock del Cuerpo, parecía un artefacto obsoleto, pero su esencia seguía intacta: un arma era un arma.

Con habilidad, la desmontó pieza por pieza y la limpió meticulosamente. Cada movimiento evocaba viejas memorias de días más simples. Una vez limpia y lubricada, la ensambló de nuevo, asegurándose de su funcionalidad antes de guardarla nuevamente en su refugio.

Cuando acabó con el arma, sus ojos se posaron sobre la pared, donde un collage de documentos y fotografías contaba historias pasadas, rostros y momentos compartidos con Gutiérrez. Uno por uno, los desgarró, deshaciéndose del pasado tangible, dejando que existieran solo en los recovecos de su mente. Aquel lugar había sido un cofre de secretos y Rojo estaba decidido a mantenerlos así.

Tras despojarse de los papeles, los amasó con fuerza y los arrojó dentro de un viejo y oxidado cubo de hojalata, que servía de refugio habitual de las goteras. Encendiéndose un cigarrillo, rebuscó hasta hallar un bidón pequeño de gasolina y empapó con esmero los documentos. A continuación, con una chispa, los hizo arder. El fuego danzó ante sus ojos mientras, entre bocanadas de humo, reflexionaba. Llegó a la conclusión de que, para atrapar a Maqueda, necesitaba reinventar su enfoque.

Echó un vistazo a su reloj de muñeca, anticipando la llegada de una visita. Caminó hacia un sencillo lavabo que había al otro extremo de la nave y se fijó en el hombre que veía en el reflejo del espejo. A su cabeza llegaron varias ideas, pero la más dura fue la de reconocer que se parecía cada vez más a su contrincante. En ese momento, un pensamiento olvidado le llegó como un relámpago. Se acercó al coche y abrió la puerta. Del lateral, sacó el cuaderno que había cogido de la casa de la primera víctima y del que no se había separado. Finalmente, se acercó al espejo y lo abrió con temor a lo que podía encontrar.

«Maldito bastardo...», pensó al descubrir que el cuaderno, como el que habían visto anteriormente, también estaba espejado. El insulto no iba dirigido a su verdugo, sino a él, que había sido incapaz de darse cuenta de ello. Antes de proceder, puso el cuaderno a salvo y vertiendo agua de una botella, intentó deshacerse del olor acre de la gasolina. Luego secó sus manos en un trapo desgastado para no correr la tinta de las páginas y procedió a leer el diario.

Al reflejar las páginas en el espejo, se revelaban mensajes y notas ocultas. Frases codificadas, ubicaciones, nombres y transacciones que aparecían claramente, separadas por páginas en blanco. Uno de los mensajes incluía el versículo «Miqueas 6:11» y una referencia a «balanzas falsas», con un símbolo de la justicia dibujado al final de la frase. En otra página, volvió a ver el

dibujo a mano y detallado del dado trucado, junto con anotaciones sobre cómo manipular una escena del crimen.

La revelación más alarmante para Rojo fue un esquema detallado de cómo plantar y ocultar pruebas en las escenas de los crímenes, guiando a la policía hacia la siguiente víctima, asegurándose de que el sospechoso deseado fuera el inculpado, mientras que el verdadero culpable permanecía libre.

Maqueda era un genio del arte del crimen y, a lo largo de su trayectoria, había desarrollado un manual para librarse de los ojos de los investigadores.

A ojos del inspector, el cuaderno espejado era la personificación de sus procedimientos más corruptos, una herramienta que utilizaba para distorsionar la verdad a su antojo y, al igual que su contenido, solo revelaba su verdadera naturaleza cuando se reflejaba en el espejo.

Cuando cerró el cuaderno, sintió un vacío enorme en su interior, que se transformó en una culpa inevitable por haber tenido la solución del caso desde el principio y por no haber sido capaz de salvar la vida de esas personas.

«Has caído en su juego como un bobo... y te ha llevado al borde de la locura».

Con los ánimos por los suelos, pero con la paz de haber tocado fondo, dejó el cuaderno a un lado, sobre una estantería metálica donde descansaba un hornillo eléctrico. Abrió un bote amarillo de Cola-Cao lleno de café que aún conservaba su aroma embriagador. Luego llenó su fiel cafetera Moka y la colocó sobre el hornillo.

El murmullo del café al hervir le brindó unos momentos de respiro. Colocó la silla mirando al oeste para que enfrentara la entrada y alzó el arma recién limpiada. Cuando la moka silbó, sirvió el café humeante en una taza de publicidad y probó el líquido oscuro. La calidez le reconfortó por un instante. Ya no tenía miedo, ni nada que perder. Se sentó en su silla, sosteniendo la taza con una mano, mientras la otra empuñaba el arma dirigida hacia la puerta. Todo estaba listo. Solo quedaba esperar.

***

Cuando estaba a punto de dejarse abrazar por el agotamiento, el ronco ruido de un motor lo devolvió a la realidad. Aunque su cuerpo clamaba calma, su mente permanecía alerta. Dejó con cuidado la taza en el suelo y se levantó con una elegancia calculada. El motor murió, siendo reemplazado por el susurro de pisadas en la tierra seca. Con el pulso firme, arma en mano, se aproximó a la entrada y entreabrió ligeramente la puerta para discernir la identidad de los recién llegados. Satisfecho, miró su reloj y, lentamente, alzó la persiana.

Bañados por la luz incipiente del amanecer, delante de él se encontraban Pérez y los dos compañeros, Ramos y Robles. Sus rostros reflejaban una mezcla de confusión y agotamiento, como si el mero paraje les hubiera despojado de su certeza. La luminosidad exterior formaba un vivo contraste con el oscuro y misterioso ambiente del garaje, aunque los primeros rayos solares intentaban infiltrarse a través de las ventanas superiores.

Rojo les estudió desde su sombrío refugio, una sonrisa leve curvando sus labios al interpretar sus expresiones. Jamás habría apostado por su llegada y mucho menos por su cooperación. Sin embargo, ahí estaban, en un acto casi rebelde, dispuestos a desafiar protocolos y jerarquías en su obsesiva caza.

—¿Habéis conseguido dormir algo? —preguntó con un matiz irónico.

—¿Esto es algún tipo de chiste? No tienes idea del caos que has desatado... —replicó Ramos con su voz cargada de frustración.

Rojo soltó una risa corta, sacudiendo su cabeza con divertida incredulidad.

—Adelante —les invitó, extendiendo su mano hacia el interior—. El reloj no se detiene.

41

Pérez maniobró el coche hasta quedar oculto en la penumbra del garaje, en un intento por mantener el encuentro en el más estricto secreto. A pesar de la avalancha de interrogantes que burbujeaban en la atmósfera, el inspector subrayó la urgencia de su situación. Rápidamente, despejaron una mesa y la posicionaron en el centro del recinto, buscando un espacio de trabajo adecuado. Después encendieron una lámpara que proyectaba un haz de luz sobre la superficie, mientras Pérez se ocupaba de la cafetera.

—Lo primero de todo, quiero que sepáis que valoro profundamente que estéis aquí —comenzó, haciendo contacto visual con cada uno—. Vuestra presencia habla de lealtad, especialmente con la tempestad que se avecina en la comisaría.

—La elección era clara, Rojo —interrumpió Ramos—. O veníamos, o nos quedábamos a merced de la nueva unidad.

—Debiste pensar en las repercusiones, inspector.

—Lo único que tengo en mente es hacer justicia.

Rojo asintió con gravedad, evidenciando que las palabras sobraban.

—¿Y tú, Robles? —cuestionó, observando la inseguridad en el rostro del más joven—. No te sientas comprometido.

—No podía ser el ausente —respondió, con un ligero titubeo.

—Aún eres un novato, con una larga carrera por delante. Admiro tu solidaridad, pero todavía puedes marcharte sin resentimientos. Sé que no estoy en plenas facultades...

Los otros dos inspectores se voltearon hacia él, expectantes.

Robles inhaló profundamente, cuadrando los hombros.

—Este es mi lugar, esté el cielo despejado o en plena tormenta...

Un atisbo de sonrisa cruzó el rostro de Rojo, quien, con un gesto desenfadado zanjó la discusión.

—Imagino que Pérez os ha puesto al corriente de lo que he averiguado por mi cuenta —comenzó y dio un trago a su café, luego se puso un cigarrillo entre los labios—. Lo que pueda pasar con mi carrera es secundario ahora... Maruenda quería que cediera ante la nueva administración, así que abandoné mi puesto. No iba a dejar que otros echaran por tierra toda nuestra investigación, para que después cargáramos con sus errores. Lo he visto en otras ocasiones y no estaba dispuesto a pasar por ello. Pero si hubiera renunciado realmente a mi deber, no estaríamos aquí... Dicho esto, en poco tiempo, Maqueda recibirá las noticias, si es que

no las sabe ya, y se regodeará de mi aparente derrota... Sin embargo, eso no impedirá que intente dar un jaque.

—El dispositivo de vigilancia en torno a la fiscal se mantiene —indicó Robles—. De hecho, han pedido que se refuerce.

—¿Qué hay de Alonso Pascual? —cuestionó Robles, ávido—. Falló una vez. Podría intentarlo otra vez.

—Alonso no es una prioridad para él. Estoy convencido.

Robles frunció el ceño, claramente disgustado.

—Siempre hay ciudadanos de primera y de segunda...

—Sin embargo, Rojo, el asesino ha demostrado que es capaz de franquear cualquier tipo de seguridad —agregó Robles, con cierta inseguridad—. Todo apunta a que actuará de nuevo y Maruenda está haciendo todo lo posible por llevarse el mérito.

—A pesar de las medidas incrementadas con Cascales, observa lo que pasó... —intervino Ramos—. Maqueda no sólo conoce la rutina de sus presas, sino también sus vulnerabilidades y miedos más profundos. Es imposible mantener una vigilancia constante, a menos que la víctima consienta y coopere plenamente. En algún momento, habrá un descuido, ya sea involuntario o debido a una oportunidad que Maqueda haya identificado. Ahí es cuando él hará su movimiento y después se desvanecerá en el viento, volviéndose prácticamente inalcanzable.

—No lo hará. No volverá a atacar a las víctimas, por el momento.

El equipo se quedó expectante a una explicación más detallada.

—¿Cuál es tu propuesta, entonces?

—Si habéis entendido la explicación de Pérez, sabréis que su juego no busca una venganza, sino mantener la expectación constantemente... Nadie va a retirar la protección de la fiscal, ni del empresario. Maqueda no es idiota y esperará a que bajen la guardia, lo cual no significa que se quede quieto.

—¿Entonces?

—Olvidáis que el comisario tiene un especial interés por el desarrollo de la operación, por lo que debéis actuar con extrema precaución. Uno de vosotros debe quedarse en la comisaría, sirviendo de enlace y garantizando que la nueva unidad no cruza nuestros caminos.

—Yo lo haré —se adelantó Robles, con determinación—. Me encargaré de ser la sombra de esa gente.

Ramos, sin embargo, intervino rápidamente.

—Mejor que sea yo. Tú todavía tienes más agilidad moviéndote entre los despachos.

El brillo de valentía en los ojos de Robles palideció un poco con la intervención de Ramos.

—Está decidido entonces —intervino Rojo, dándole una oportunidad al más joven—. Estarás acompañado por otros oficiales, por lo que el riesgo será mínimo. Pero, Ramos, al ser tú, llamaría demasiado la atención tu ausencia.

—¿Qué hay de Pérez? —cuestionó Ramos, curioso.

El de la Científica soltó una risa ligera y les pidió paciencia por un segundo. Caminó hacia el coche, abrió el maletero y sacó un grueso archivo que luego soltó sobre la mesa, desplazando una nube de polvo.

—He recopilado todos y cada uno de los informes relacionados con las acciones de Maqueda —explicó, señalando la voluminosa pila—. Cualquier individuo metódico opera según ciertos

patrones. Estos patrones, aunque repetitivos, nunca son infalibles. Es como el software de una computadora: tiene sus fortalezas, pero también sus vulnerabilidades. Maqueda puede haber refinado su modus operandi, pero eso no significa que no tenga puntos débiles. En el caso de Alonso Pascual, rompió su patrón habitual y casi le cuesta su libertad...

Rojo se quedó en silencio por unos segundos. Lo que ahora tenía que aportar acerca del procedimiento, sólo acarrearía más malestar. No quería echar el trabajo de Pérez por tierra.

—¿Por qué estás tan seguro de que no se quedará quieto? —le preguntó Robles al inspector —. ¿Acaso tiene otra opción que la de esconderse?

Llenó los pulmones y lo miró a los ojos.

—Piensa en la reacción que obtienes al agitar un avispero. Impulsadas por sus instintos de supervivencia, las avispas te atacarán ferozmente, sin medir la superioridad del adversario —explicó Pérez, usando una analogía—. Maqueda, un depredador nato, opera con un pensamiento distinto al común. Si bien posee un lado racional, la auténtica motivación del que mata por revancha radica en la satisfacción de descifrar un enigma. Para él, cada víctima es un rompecabezas, pero no un rompecabezas que compone para él solo, sino que ensambla con cuidado para que otra persona, con una mente a la altura de la suya, logre resolverlo... Para ello, el asesino se infiltra sigilosamente en las vidas de las víctimas que selecciona con premeditación, las analiza meticulosamente, las acecha sin rozarlas y, cuando llega el momento, las asesina con precisión quirúrgica, dejando su sello característico y un escenario de juego lleno de pistas.

—Es un maestro relojero que descompone meticulosamente cada pieza —comentó Rojo—, para que nosotros la armemos hasta hacerla funcionar.

—Exactamente.

—¿Y qué hay de ti en todo esto, inspector? —quiso saber Ramos.

El superior suspiró, notando el retintín de la pregunta. Quería responder sin sonar soberbio ante su equipo.

—Los medios tienen gran parte de la culpa —declaró, aplastando la colilla en una lata oxidada—, pero no son los únicos. Primero fue mi reconocimiento interno, después el trabajo que hice con él, tratándolo con distancia... y luego la fama mediática tras resolver tantos casos. Sin una razón de peso, me ha convertido en su némesis, en alguien que justifica sus acciones... y también en su cobaya.

—Increíble...

—Sí. Ahora que lo pienso, fue él quien llegó a solicitarme personalmente para colaborar en el caso de Pinoso... No lo pude ver en ese momento y me cuesta reconocerlo ahora, pero lo cierto es que ignoraba por completo quién era el individuo que tenía a mi lado. Por entonces, su comportamiento era admirable, pulcro, así que no logré percibir que me estudiaba meticulosamente, si es que llegó a hacerlo.

—Debió causarle una gran impresión —observó Robles, con una nota de ironía.

—Si él logró descifrarte, tú tuviste la misma oportunidad para observarlo y conocer sus hábitos.

Rojo extendió sus manos, mostrando su vulnerabilidad. No tenía todas las respuestas. Muchos de aquellos recuerdos le resultaban nebulosos, como tantos otros en su carrera. Años evadiendo las penurias ajenas para sumergirse en otras.

—Si hay algo que he aprendido en mi carrera, es que un verdadero demente nunca se va sin asestar su golpe final —sentenció con firmeza—. Después de todo, siguen siendo personas con sentimientos de alguna clase. Maqueda no será la excepción y yo tampoco me rendiré hasta tenerlo bien atado. El exsargento busca ser recordado, no me cabe la menor duda de ello... y para eso, tiene que hacer más daño. Tal vez nunca imaginó que su historia culminaría de esta manera, pero está decidido a hacerlo de forma memorable... Así que, si debo ser el antagonista, te aseguro que asumiré ese papel con todas sus consecuencias.

—¿Qué quieres decir con «todas»?

—Que cuando dos bestias colisionan, sólo una puede quedar en pie.

42

La clave para que todo funcionase residía en mantenerse fieles al plan y presentar un frente unificado ante las consecuencias inminentes. Mientras tanto, Alicante cobraba vida, plagada de patrullas y vehículos de seguridad, en una vigilancia sin precedentes. Era imperativo capturar al astuto Maqueda. La nación entera estaba pendiente, con la caza del criminal dominando los titulares. Aunque Rojo aún vacilaba en su enfoque, se esforzaron en identificar los potenciales refugios del asesino en la ciudad. Se propusieron revisar meticulosamente cada escena previa en busca de algún indicio pasado por alto. Después de todo, el sospechoso no podía haberse evaporado en el aire; Alicante no era tan vasta como para esconderlo en su totalidad. Sin embargo, Maqueda contaba con el factor sorpresa. Mientras que Ramos estaría estratégicamente situado en la oficina, proporcionando actualizaciones a distancia, Robles facilitaría el acceso de Rojo a distintos lugares, eludiendo sospechas de otros oficiales. Pérez, por su parte, no tenía más opción que enviarles sus mejores deseos a la par que se estrujaba las neuronas con el fin de encontrar algún detalle olvidado.

Extendieron un desgastado mapa de la ciudad sobre la mesa, dispuestos a trazar su próximo movimiento. La luz solar se filtraba por las ventanas del recinto.

—Ramos, investiga la situación de la vivienda en Aspe y el apartamento de su compañera —instruyó Rojo, marcando varios puntos en el mapa—. Aunque dudo que haya regresado tras el incidente, puede que hayan descubierto algo relevante. Y mantente al tanto de los movimientos del equipo, especialmente de las directrices de Maruenda. No es alguien en quien podamos confiar ahora; está obsesionado con salvaguardar su posición.

—Lo tengo en cuenta.

—Diablos... Maqueda debe estar oculto en un lugar que ya inspeccionamos y no vimos...

—¿Por qué piensas así? —cuestionó Ramos.

—Es su manera de actuar. Siembra las evidencias y nos reta a localizarlas.

—Pero su apariencia es peculiar. Si alguien lo hubiera visto en la ciudad, seguramente ya habríamos recibido una llamada.

—¿Qué hay del apartamento de Lara?

—Está bajo vigilancia y la entrada está bloqueada.

—¿Y Cascales?

—La escena sigue ocupada por la policía.

Rojo murmuró algo, frustrado y casi inaudible.

—Descartemos los otros dos puntos de interés...

—Tenemos café recién hecho —interrumpió Pérez, señalando hacia la cafetera humeante. Bajo circunstancias normales, tanta cafeína podría haberles sido letal. El inspector vertió café en las tazas de Ramos y Robles, quienes parecían estar agotados. Las tazas eran insuficientes, dado que Rojo no había anticipado una estancia prolongada en ese garaje. Mientras tanto, el experto de la Científica hojeaba uno de los informes que había llevado, enfocándose en un detalle que casi se les escapa.

—Por cierto, Rojo... ¿Hablasteis con aquella vecina?

Robles y Ramos intercambiaron una mirada significativa.

—¿A cuál te refieres?

Pérez depositó el informe sobre la mesa. Su atención no estaba en lo que sostenía, sino en un pensamiento que le rondaba por la cabeza.

—Estuve revisando la escena del primer homicidio —comenzó, tomando un cigarrillo del paquete de Rojo y encendiéndolo—. Me cuesta creer que, en un edificio tan antiguo, con paredes tan gruesas, nadie escuchara nada.

—Suponemos que Lara ponía música para disimular sus movimientos.

—Sí, eso mencionasteis. No obstante, el volumen tendría que haber sido ensordecedor para que nadie se percatara. Me sorprende que ningún vecino se haya quejado.

—¿Qué sugieres?

—También me resulta curioso que nadie haya detectado el olor a descomposición durante días, con este calor. La ventana del baño da al patio interior.

Rojo revivió el encuentro con la vecina.

—No hay ningún cuarto de revelado fotográfico... —dijo Rojo, guardando rápidamente su arma en la funda—. Esa es la información que nos ha omitido... Nos ha tenido bajo su lupa desde el principio... ¡Maldición!

—¿A qué te refieres?

—Ella es la clave. La vecina ha estado aliada con Maqueda desde el inicio... Por eso hemos estado ciegos ante la verdad. Las fotos, su declaración, esa supuesta cooperación... Nada fue casualidad.

—Pausa, inspector —intervino Ramos, tratando de infundirle calma—. No podemos simplemente detenerla sin evidencia concreta, ni irrumpir en su vivienda sin justificación. Recuerda que nuestra integridad está siendo puesta en duda.

Rojo frunció el ceño.

—Tal vez tú no puedas, pero yo sí —replicó con determinación—. Me ocuparé de ella personalmente. No necesito que os compliquéis más. Estoy seguro de que es el eslabón perdido y que ha estado cobijando a Maqueda desde el comienzo.

—La verdad es que no sospechamos nada en nuestro primer encuentro.

—Estábamos obsesionados con esas fotografías y no nos detuvimos a considerar que quizás su objetivo principal era eliminar a Lara —observó Ramos.

—Me ocuparé de desenmascararla para que nos diga dónde está.

—Te acompañaré —intervino Robles, con determinación. Los otros dos lo observaron con sorpresa—. Si te ve llegar solo, se pondrá a la defensiva. Pero si voy yo también, podría subestimar nuestra llegada. Aunque tenga pinta de novato, sé cómo usarlo a mi favor.

Rojo meditó durante un instante. Era un movimiento difícil, no obstante, Robles tenía un buen punto de partida.

—De acuerdo. Es el momento de cerrar este caso.

43

Después de intercambiar deseos de buena suerte, Ramos y Pérez partieron primero, a bordo de su vehículo, dejando el garaje. Rojo, meticuloso, tomó unos momentos para asegurarse de que todo quedara exactamente como lo había encontrado, sin dejar rastro de su paso. Robles, mientras tanto, aguardaba pacientemente en el viejo Ford Focus del inspector.

Cuando finalmente abandonaron la nave, el silencio les envolvió. El sol, ya alto, prometía un día abrasador. Rojo encendió la radio buscando actualizaciones. Los periodistas, incansables, se mantenían al tanto de cada novedad del caso, informando al público en tiempo real. Las palabras del alcalde resonaron en el coche, un llamado a la calma y confianza en la fuerza policial, a pesar del estado de alarma social. Se cuestionaba la idea de un toque de queda, especialmente por los numerosos turistas que continuaban aterrizando en el aeropuerto de Elche-Alicante.

Antes de que la radio diera paso al nuevo jefe de la investigación, Rojo la apagó con un gesto abrupto.

—Ineptos... —murmuró, soltando un suspiro cargado de frustración—. Todo esto terminará de una sola forma.

—¿Cómo?

—No lo sé... pero, de todas las posibles, será la peor.

Robles, sumido en sus pensamientos, miró por la ventana el paisaje desértico y costero. El camino hacia Alicante desde Urbanova se extendía ante ellos.

El tintineo de una llamada rompió la atmósfera. Rojo contestó rápidamente, usando el sistema de manos libres del coche.

—¿Ramos?

—La situación no ha cambiado —se escuchó al inspector, con el bullicio urbano de fondo—. Han establecido dos perímetros de seguridad, uno en el centro y otro en los accesos. Maruenda está fuera de juego, pero tu sucesor parece competente.

—Que actúe como quiera... Dudo que descubra dónde se esconde Maqueda.

—Te sigo, Rojo. ¿Dónde estáis?

—De camino a visitar a la vecina sospechosa. Te mantendremos informado.

—Entendido. Y... Rojo...

—¿Qué pasa, Ramos?

—Sé discreto. No necesitamos más problemas.

—Lo tendré en cuenta. Gracias.

Finalizando la llamada, Rojo posó el teléfono en la consola central del coche. Parecía que Ramos aún quedaba impresionado por su destreza al interrogar, recordando el enfrentamiento con Cascales. Al volver la mirada a la carretera, notó a Robles especialmente taciturno, con una sombra en su habitual vivacidad. Lo observó con discreción, hallándolo ensimismado.

—¿Te preocupa algo?

—No exactamente.

—¿Qué es entonces?

—Inspector...

—Dime. Si hay algo, este es el momento.

—Cuando hablas del «final», ¿es el último caso en el que trabajaremos juntos, cierto?

Las palabras de Robles resonaron en Rojo, revelando una profundidad de sentimiento que él no había anticipado. Aunque Rojo había dejado atrás la idea de «equipo» desde la época de Gutiérrez, comprendió que sus colegas podrían verlo de manera diferente.

—No te deshagas de mí tan fácil, Robles —dijo, soltando una carcajada, contagiando a Robles con una sonrisa—. Me refería al destino de Maqueda. Ese desgraciado no debe acabar en ningún otro lugar que no sea detrás de los barrotes.

Robles asintió, fijando su vista en el camino.

—Lo estás haciendo bien, Robles, pero aún no hemos culminado —agregó Rojo, en tono serio—. No esperes de mí discursos de mierda o clichés manidos. Son un sinsentido. Lo que sí te diré es la cruda verdad: esto podría resolverse a nuestro favor o podríamos acabar en problemas. Sin importar el resultado, quédate con la certeza de haber actuado de manera honrada cuando la situación lo requería. Eso es algo que muchos no pueden afirmar.

—Entendido, inspector.

Cruzar la avenida que bordeaba el palmeral fue como abrir un libro antiguo; las hojas de los recuerdos se agitaron mientras se desvanecía el rincón de San Gabriel, llevándolos al corazón de la ciudad y, finalmente, a Las Carolinas, el escenario del primer asesinato. Bajo la claridad del día, el barrio presentaba un rostro diferente, pero a cada paso, una sensación inquietante se aferraba a ellos, como si un nuevo capítulo de horror estuviera siendo escrito. La omnipresencia policial en las rotondas y cruces principales hablaba del intento de blindar la ciudad. A medida que se adentraban hacia el conjunto residencial, esa malla de vigilancia parecía más apretada, limitando las salidas de Maqueda. Rojo apreció la estrategia del nuevo equipo, pero sabía que se enfrentaban a un adversario cuya astucia superaba a la de cualquier criminal común.

Al aproximarse al núcleo del barrio, la fuerte vigilancia se tornó esporádica. A lo lejos, apenas se veía un coche patrulla trazando una rutina de reconocimiento.

Estacionaron cerca de un bar en la esquina del edificio y la mirada del inspector se dirigió hacia una ventana, como si esta contuviera secretos. Sin perder tiempo, se dirigieron al zaguán. Al pulsar el timbre, un aroma familiar los envolvió: el característico olor de un edificio antiguo. Afortunadamente, el hedor penetrante de la muerte había sido neutralizado por el olor limpio de la lejía.

—Iré primero —propuso Robles.

—Te cubro.

Con determinación y las armas listas, optaron por usar las escaleras, evitando el ascensor y su inevitable jaleo. Al alcanzar el piso de interés, los recibió la puerta del apartamento de Lara, con

su sello policial intacto. Rojo se deslizó sigilosamente hacia un rincón, mientras Robles se posicionaba frente a la otra puerta, curioso por lo que podían encontrar detrás.

Con una señal del inspector, Robles pulsó el timbre. En la penumbra del pasillo, Rojo esperaba con su pistola, listo para un posible enfrentamiento. El silencio respondió al primer timbrazo. El compañero, con una mezcla de impaciencia y aprensión, lo intentó nuevamente.

—No parece que haya nadie dentro —murmuró, encontrando el rostro enigmático de su compañero—. ¿Qué hacemos?

—Esto no pinta bien —murmuró Rojo, indicándole a Robles con un ademán que derribaran la puerta. Inspeccionó la robustez aparente de la madera y la cerradura oxidada por el tiempo—. Yo entro, tú me proteges.

Ambos se posicionaron, tensos, y Robles se apartó a un lado. Con decisión, Rojo cargó contra la puerta, atacando el pomo con la bota. La madera resistió el primer impacto, pero cedió ante el segundo, revelando un pasillo sombrío. Sus ojos se cruzaron, llenos de comprensión mutua y una sensación desagradable que llenaba el ambiente. Pistola en mano y en alerta máxima, Rojo lideró el camino mientras Robles le cubría.

El inspector notó la ausencia de unas gafas de sol y llaves, que previamente había identificado en un cuenco de la entrada. Un escalofrío recorrió su espalda ante la posibilidad de que Maqueda y la mujer hubieran escapado. Al caminar, se sintieron atraídos por el murmullo de un televisor procedente del salón. Tras descartar el primer cuarto, continuaron avanzando, conscientes de que cada rincón podía esconder un peligro. Al llegar al salón, vieron que la imagen de la televisión parpadeando enfrentaba un sofá solitario. Sin embargo, el aroma penetrante del tabaco, junto con un cenicero repleto y una lata de cerveza vacía, confirmaron las sospechas de Rojo.

—Dios...

—Inspector, ¡aquí! —la voz urgente de Robles, que se había quedado unos pasos atrás, lo llamó desde la cocina.

El temor se manifestó ante los ojos de Rojo: el cuerpo inerte de la dama se encontraba en un charco carmesí y un martillo ensangrentado a su lado.

De repente, un movimiento en la entrada cortó su aliento y ninguno de los dos tuvo tiempo de reaccionar.

—¡Robles, abajo! —exclamó Rojo, identificando, en la distancia, la amenazante figura de Maqueda con una pistola en la mano.

El mundo se movió a cámara lenta. Rojo se lanzó al suelo justo cuando un estruendo llenó el espacio y las astillas del marco de la puerta volaron peligrosamente cerca de él. Un segundo disparo desató un eco de muerte, seguido de un silencio ensordecedor.

44

El estruendo de la detonación aún reverberaba en sus oídos, haciendo que la presión en su cabeza fuera insoportable. Al mirar hacia la puerta, el olor acre de la pólvora le asaltó y un lamento de dolor vino de la habitación contigua. Rojo se incorporó rápidamente, arma en mano, mirando hacia el pasillo vacío. La sombra amenazante había desaparecido, probablemente hacia las escaleras. Su atención, sin embargo, fue capturada por Robles que estaba en el suelo, apretando su muslo herido del que brotaba sangre.

—No te quedes ahí, ¡persíguelo!

—Estás herido...

—Ya me ocuparé... —dijo Robles con la voz entrecortada, intentando contener la hemorragia. Aunque Rojo podía decir que la bala había evitado arterias vitales, el sangrado era abundante—. ¡Corre, joder! ¡Que no sea en vano!

Sin decir una palabra, Rojo asintió, admirando el coraje inquebrantable de Robles en ese momento crucial.

—Llamaré a Ramos —anunció, antes de precipitarse al pasillo.

—Acaba con ese maldito cabrón... —fue lo último que Rojo oyó de Robles mientras se alejaba.

Con el pulso acelerado y una mezcla de furia y preocupación empañando su juicio, intentó llamar a Ramos. Pero al recibir una señal de ocupado, cambió de táctica y marcó al servicio de emergencias. Nunca imaginó que en un momento tan crítico tendría que lidiar con un procedimiento tan engorroso.

—Hay un oficial herido, ¡necesitamos una ambulancia ya!

—Comprendo, pero requiero su identificación para confirmar...

—¡Al carajo! —gritó Rojo y colgó, esperando que la breve conversación hubiera sido suficiente para enviar ayuda. Rápidamente, miró a través del rellano de las escaleras hacia la calle. Todo parecía en calma, pero un sonido metálico lo alertó y alzó la vista. Maqueda estaba escapando por la azotea del edificio.

A continuación, he mejorado el estilo del texto:

Subió los peldaños con rapidez, impulsado por la fatiga y el deseo ardiente de enfrentarse a él. Al llegar a la cima, identificó una figura que estaba de espaldas, camuflada con una gorra azul, indumentaria deportiva negra y ese perfil tan familiar que había visto junto a Lara en una foto. Maqueda no advertía su presencia, pero él tenía al asesino a la vista. Este último intentaba cruzar el muro que separaba la terraza comunitaria del bloque adyacente. Rojo, con la mira fija,

disparó. El impacto del sonido hizo que el asesino cayera al otro lado por el sobresalto, aunque la bala no le alcanzó. En respuesta, Maqueda disparó tres veces seguidas, forzando a Rojo a refugiarse detrás de una puerta. Cuando todo se calmó y Rojo volvió a asomarse, Maqueda ya había desaparecido hacia el interior del siguiente edificio.

—Mierda... —masculló Rojo y pensó en ir tras él, pero dedujo que sería más efectivo interceptarlo en la calle.

Con agilidad, descendió las escaleras, saltando de barandilla en barandilla. Al llegar al primer piso, se topó con una pareja de agentes municipales. Instintivamente, Rojo se pegó al muro, con el arma lista, esperando que se fueran.

—Ojalá no sea otra falsa alarma —comentó la agente—. Ya sería la tercera de este mes. Estoy cansada.

—Desde el caso del psicópata, las llamadas no han parado —respondió su compañero—. ¿Cuándo comprenderán que no estamos aquí solamente para eso?

Al notar que el ascensor no funcionaba, uno de ellos golpeó la puerta con frustración.

—Debe estar bloqueado. ¿Y si subimos a pie? No está tan lejos.

Rojo se replegó más en las sombras, consciente del peligro si decidían usar las escaleras.

—Ni hablar. Estoy cansada de andar —se quejó la agente.

—Yo también de esperar —replicó su compañero mientras miraba el ascensor estacionado—. Haz lo que quieras. Yo buscaré otro camino.

Mientras Rojo planeaba su siguiente jugada, se detuvo al oír a la agente.

—¡Para, mira! Ya llega el ascensor. Siempre tan impaciente...

El compañero soltó un suspiro mientras ambos entraban. Ya dentro, se oyó su voz en un susurro.

—¿Has escuchado eso? —cuestionó.

—¿El qué?

—Me pareció oír a alguien cerca... como si nos estuvieran escuchando.

Con la amenaza temporalmente neutralizada, Rojo planificó su siguiente movimiento.

Al salir a la calle, vio un Peugeot 207 deslizándose velozmente. Un fugaz cruce de miradas con el conductor le bastó para reconocerlo y decidir que no dejaría que escapara. Con rapidez, Rojo se dirigió a su Ford Focus, captando la mirada sorprendida de varios transeúntes, aún asimilando la precipitada huida del Peugeot. Encendió el motor del coche cuando su móvil empezó a vibrar. Al ver que era Ramos, contestó sin perder tiempo.

—Lo siento, estaba en medio de algo.

—Estoy al corriente —replicó Rojo mientras maniobraba el coche para incorporarse al tráfico—. Voy tras él y no pienso perderle esta vez.

—Habla claro, ¿dónde te encuentras?

—Robles está herido en el piso de esa mujer y hay una patrulla de municipales en camino. Sácalo de allí, rápido. Pronto comenzarán a hacerle preguntas...

—¿Y tú? ¿A dónde vas?

—Eso no importa. Pronto lo sabrás...

—¡Espera, Rojo!

Pero este ya había colgado, identificando en el tráfico al vehículo de Maqueda. Con discreción, se metió tras él, convencido de que, tarde o temprano, Maqueda abandonaría el coche

y cuando eso sucediera, estaría listo.

Mantuvo una distancia prudente, observando cómo el sargento rodeaba la ciudad, buscando una salida menos concurrida. Se desplazaron hacia el norte, en dirección al puente rojo. Sin embargo, al acercarse a la salida hacia la avenida de Elche, Rojo divisó un control policial. Las inspecciones se habían intensificado, especialmente en los accesos a vías secundarias. Ambos vehículos disminuyeron su velocidad, acercándose cautelosamente a los patrulleros que inspeccionaban a los conductores.

—Estás acorralado —musitó Rojo con una sonrisa triunfal, observando a Maqueda, acorralado en la trampa que había diseñado meticulosamente. Aun así, trató de ponerse en el lugar del asesino, imaginando el torrente de adrenalina y tensión que este debía sentir. En ese punto crítico de la persecución, se cuestionó si Maqueda hubiese previsto alguna vía de escape. Sin duda, sus opciones para eludir la justicia parecían escasas. Los coches se desplazaron a paso de tortuga hacia el punto de control. Maqueda estaba a punto de enfrentar a los agentes. Señalaron a su coche para que se detuviera a un lado, dejando pasar a otros dos vehículos. A pesar de ello, en un movimiento inesperado, avanzó ligeramente, situándose en una posición más cercana a los agentes.

Rojo sintió un nudo en el estómago ante la posición fija del asesino.

Cuando un agente le ordenó apagar el motor, Rojo vio cómo el homicida apuntaba con frialdad su arma al joven policía y disparaba sin titubeos. La reacción fue inmediata: el agente cayó al suelo, desencadenando un caos general. Maqueda no esperó, disparó de nuevo, abatiendo a otro agente e hiriendo a un tercero. El pánico se apoderó del lugar. Los conductores, presas del miedo, apartaban sus coches precipitadamente. Sin perder tiempo, Maqueda dirigió el Peugeot hacia el cruce que llevaba al aeropuerto.

Rojo, en medio del tumulto y con el sonido ensordecedor de las bocinas de fondo, sacó la vieja STAR y disparó al aire, exigiendo que le dejaran el paso libre. Como por arte de magia, los vehículos se apartaron, temerosos por ser alcanzados por una bala. Las sirenas de la policía resonaban cada vez más cerca, pero Rojo estaba decidido. Pisó el pedal a fondo y persiguió el destello del coche del sargento.

En el horizonte, la figura imponente de un helicóptero se acercaba a ellos, uniéndose a la caza.

45

Con la velocidad de dos bólidos de Fórmula 1, se abrieron paso por la avenida que unía la ciudad con las carreteras costeras, bordeando acantilados y vías de ferrocarril, ahora notablemente despejadas debido a los controles policiales establecidos en cada acceso. Mientras el coche de Maqueda luchaba con un motor de baja potencia, el viejo Focus de Rojo, aún robusto tras años de persecuciones, lo alcanzaba implacable.

—Ya te tengo, cabrón... —gruñó Rojo, sujetando firmemente el volante. El estruendo del helicóptero que los sobrevolaba resonaba en sus oídos y la visión de un control policial al final del trayecto lo animaba. Planeaba arrinconar a Maqueda, llevarlo a ese callejón sin salida que él mismo se había trazado. Esperaba que, al no ceder, el homicida encontrara un trágico fin bajo el fuego cruzado de la policía.

Al aproximarse a la pendiente cerca de San Gabriel, el exgendarme ejecutó una maniobra temeraria, intentando cambiar de sentido al saltar la mediana. Rojo, pillado por sorpresa, no pudo evitar colisionar con la trasera del coche francés y en una danza mortal, ambos vehículos se precipitaron hacia las vías del tren. Tras un golpe ensordecedor, el airbag del Focus se desplegó, golpeando a Rojo en plena cara. Una agonizante punzada le atravesó la cabeza. En ese instante, consumido por el odio, su único deseo era poner fin a Maqueda, el artífice de su tormento. Aturdido, luchó por reorientarse, incapaz de discernir si seguía entero. El frente del Focus parecía un acordeón, aplastado contra el humeante coche del otro.

En medio de la neblina del desastre, deseó, por un breve instante, que Maqueda hubiera encontrado su fin en el choque. Pero esa esperanza se desvaneció al percibir el tambaleo del asesino dentro de su vehículo. Luchando contra el dolor, Rojo intentó alcanzar su arma, pero el cinturón de seguridad le sujetaba con firmeza. Para su horror, cuando finalmente logró liberarse, se encontró cara a cara con un Maqueda ensangrentado, blandiendo una navaja afilada.

—¡No! —gritó Rojo, sintiendo el filo helado del acero que penetraba su costado. Con una ráfaga de fuerza, sujetó el brazo del atacante, pero un vértigo lo embargó al recibir un golpe en la sien y cayó hacia atrás. Tocando la herida, notó la humedad de la sangre, aunque, afortunadamente, no era un corte demasiado profundo. Con paso tambaleante, Maqueda avanzó hacia las vías, ignorando su dolor.

Rojo, reuniendo sus últimas fuerzas, liberó el cinturón y extrajo su arma. La sangre fluyendo de su herida lo debilitaba, pero, aun así, se incorporó y apuntó con la pistola vibrando en sus manos temblorosas.

—¡Alto ahí! —exigió, apenas manteniéndose en pie.

Pero el verdugo continuó, desafiante, hacia las vías.

—¡Te lo advierto, detente o dispararé!

Maqueda se detuvo en seco, con el rugido del mar a sus espaldas y las gélidas vías a sus pies. Elevó sus manos lentamente, en un gesto de sumisión. El estridente zumbido del helicóptero se intensificó mientras las sirenas de la policía se acercaban rápidamente.

—Termina con esto, inspector —lo desafió sin mirar—. Presiona ese gatillo, o te atormentará para siempre.

Rojo, con las fuerzas menguantes, sostenía el arma con decisión. La adrenalina y el agudo dolor lo desorientaban, pero una claridad emergió en su cabeza. Si apretaba el gatillo, Maqueda no enfrentaría la justicia que merecía.

—No, no permitiré que escapes así. Deberás responder por tus actos —contestó con firmeza, aunque Maqueda avanzó desafiante—. ¡No te muevas, joder!

—Nunca he herido a nadie.

—Eso depende de a quién preguntes... Todo es una cuestión de perspectiva.

—He devuelto justicia a los merecedores.

—¿Por qué, Maqueda?

—Las escrituras lo demandan.

—¿De qué estás hablando? — replicó Rojo, exasperado—. No empieces con esa mierda...

—La Biblia, inspector, el eterno conflicto entre el bien y el mal, el libro donde la fe y la moral convergen... Es donde el bien y el mal se han debatido durante siglos.

—¿Qué relación tiene eso con tus crímenes?

—Todo. El mundo ha cambiado, Rojo —se justificó—. La justicia ya no juzga a los pecadores. Dejamos que aquellos que cometen los actos más viles caminen entre nosotros, escudados por las leyes hechas por hombres imperfectos y corruptos. El pecado nace desde la propia ley, pero tú conoces bien eso...

—Sé lo que hiciste antes de que falleciera tu pareja... Sé que mataste a esas personas mientras estabas destinado en otros cuarteles...

—Vaya, hiciste tu trabajo.

—Eres un maldito sanguinario, como ellos... Cometiste un error eligiéndome a mí.

—Lo merecían y también merecían a alguien que los pusiera en su lugar... —respondió, dando un ligero suspiro, sin girarse hacia él—. Piénsalo de esta manera... Si un pastor ve que una oveja está siendo devorada por un lobo y no hace nada, ¿no es también culpable? Yo me vi obligado a actuar, porque aquellos que deberían proteger y juzgar se han vuelto complacientes, incluso corruptos.

—Dime una cosa: ¿por qué yo?

—No somos tan diferentes... Además, con tanto esfuerzo, merecía un contrincante que estuviera a mi altura. Reconozco que me costó años encontrarte, pero el caso de Miguel Díaz me confirmó que serías tú.

—Hijo de perra, no sabes el daño que has causado... Eres un demente y te has convertido en aquello que tanto detestas...

—Tal vez... Pero el mundo necesita un recordatorio. Y tú, inspector, ¿en qué te has convertido gracias a esto?

—Despídete del mundo que conoces.

Los coches de la policía rodearon a la pareja. Varios agentes salieron, apuntando a los dos con pistolas y rifles, encontrándose a unos metros de distancia de ellos. El tren de medio recorrido, que procedía de Cartagena se aproximaba a toda velocidad por el lado derecho de las vías.

—¡Al suelo, bajad las armas! —gritó uno, desde la retaguardia del vehículo.

Rojo levantó el arma, a modo de sumisión, consciente de que no podía aguantar mucho más.

Maqueda giró su rostro un instante, con el fin de observar con atención al inspector y sonrió con agrado.

—Todavía no te has dado cuenta.

—¡Las manos en alto y al suelo de una vez o abriremos fuego!

Rojo comenzó a marearse y todo se nublaba para él. Se apoyó en el suelo con una mano, mientras tenía la otra levantada, pero Maqueda permanecía de pie, junto a las vías.

—La muerte no es el final para nosotros, Rojo —dijo, con voz grave—. Sólo somos sombras en un mundo oscuro... y las sombras siempre encuentran una manera de regresar.

En un instante, el asesino se lanzó hacia las vías justo cuando los agentes descargaban una lluvia de balas sobre él. Rojo, con la vista borrosa y sin fuerzas, se desplomó en el suelo, casi desvanecido. El tren irrumpió en la escena, rugiendo a máxima velocidad, ocultando por momentos el destino final del perseguido.

Rápidamente, tres agentes se lanzaron sobre el debilitado inspector, sometiéndolo y esposando sus muñecas con brusquedad.

—¡Necesitamos una ambulancia, está sangrando mucho! —gritó uno.

Rojo, con su rostro presionado contra el frío asfalto, balbuceó con dificultad:

—Maqueda...

Esperó con la mirada desenfocada a que el tren finalmente desapareciera, sintiendo una extraña calma que no podía explicar. Cuando los agentes finalmente cruzaron las vías, sus expresiones manifestaban la confusión al observar la escena ante ellos.

Una chaqueta de chándal flotaba solitaria en el agua, acompañada por un enorme rastro de sangre.

46

Un mes y medio más tarde...

—¿Qué tipo de relación mantenían? —interrogó el agente de Asuntos Internos.

—Era una relación profesional y cordial —contestó Rojo, con la mirada firme—. Pomares era un tipo correcto.

—Ambos compartieron tiempo en Cartagena, si no me equivoco.

—Así es.

—Curiosamente, la esposa del inspector Pomares denunció su desaparición justo después de que usted y el inspector Gutiérrez fueran reasignados.

—No tengo memoria de eso.

—¿Está convencido de que no posee información relevante? —preguntó el agente con su mirada intensa, intentando penetrar la defensa de Rojo. Sobre la mesa, descansaba una fotografía de Pomares, un antiguo colega de Rojo en Cartagena. Ambos, él y Gutiérrez, lo habían condenado a las frías aguas del Mediterráneo, envuelto en una sábana de plástico.

—Absolutamente seguro. ¿Pasó algo con él?

—Cuéntenos más sobre el inspector Gutiérrez. Su desaparición también está envuelta en misterio.

—Hace años que no tengo noticias de él. ¿Se encuentra bien?

El interrogatorio culminó poco después, Rojo guardó silencio como una fortaleza inexpugnable. Estaba claro para él que Asuntos Internos no había terminado con su persecución y esta vez eran persistentes, como tiburones al olfatear sangre.

Al salir de la sala, vio a los dos investigadores perderse en el laberinto de pasillos de la comisaría. A pesar de la reciente agresión que había sufrido, Rojo se mantenía en pie, la hoja de la navaja no había dañado órganos vitales. Aunque el cadáver de Maqueda había sido localizado, sí se habían hallado prendas ensangrentadas entre las rocas costeras. Finalmente, se asumió que las corrientes marinas se habían llevado su cuerpo.

El enigmático caso del asesino más letal de la región culminó, elevando la reputación del Cuerpo Nacional de Policía y, particularmente, del equipo especial de homicidios que había tomado las riendas del caso, desde la capital. El comisario Maruenda, a pesar de las presiones y el estrés que había atravesado, sintió un profundo alivio con la resolución.

Para Rojo, sin embargo, los retos no terminaban. Además de enfrentar varias sanciones por actos de insubordinación, estaba en el punto de mira de una meticulosa investigación de Asuntos Internos, que escarbaba en su pasado en busca de irregularidades.

Rojo siempre supo que ese día llegaría, más pronto que tarde. No temía a los esqueletos de su armario; a lo largo de los años, había sido astuto en ocultarlos en otros rincones. El comisario Maruenda, a pesar de los recientes eventos, no podía darse el lujo de perder a su mejor inspector. No solo por su habilidad investigadora, sino por los secretos que compartían. En un intento por mantener el equilibrio, el comisario pasó por alto las últimas horas del caso Maqueda, instando a Rojo a reconsiderar su renuncia. Le ofreció, forzosamente, siete meses de excedencia como una especie de tregua, esperando que las tensiones en la oficina se disiparan. Si Rojo decidía hablar, Maruenda sabía que estaría en la línea de fuego. Por la seguridad del salario y un sentido de lealtad hacia lo que aún consideraba su hogar, Rojo accedió.

Al regresar a la oficina para recoger sus pertenencias, vio a Robles, quien había sido ascendido a inspector y galardonado con una medalla al mérito por su rol en el caso. Aunque caminaba con una muleta debido al disparo que había recibido, saludó a Rojo con una mirada profunda y cálida, antes de regresar a su ordenador. También se cruzó con Ramos, cuya postura firme y atlética no había cambiado. Este asintió, brevemente, con su expresión inmutable, antes de seguir su camino. Los agentes de Asuntos Internos estaban husmeando, no sólo a Rojo, sino a toda la unidad, buscando cualquier información que pudieran obtener, por lo que, era fundamental mantener las apariencias.

Rojo reunió sus objetos personales en una caja y al revisar un cajón, encontró la foto de Lara y Maqueda en el bar irlandés. Estudió el rostro del exsargento, recordando al hombre que había conocido en Pinoso, tan diferente al que enfrentaría años más tarde.

«Quizás fue él quien cambió, o quizás siempre fue así», pensó. Luego guardó la foto en la caja, cerrando esa puerta del pasado.

—Inspector —interrumpió un joven agente, asomándose desde la escalera—. Abajo hay una mujer que desea verle. Se llama Laura.

Rojo sonrió ligeramente. A pesar de todo, había aspectos de su vida que seguían brillando.

47

Dos meses más tarde...

Con el estío acercándose a su fin, el clima del norte del país seguía siendo encantador. Era el momento ideal para una escapada. A pesar de que Laura y Rojo se conocieron en situaciones adversas, ella resultó ser un refugio para su alma atormentada. La oncóloga no solo había ayudado a sanar sus heridas físicas, sino que también se convirtió en un soporte emocional para él, con su agudo sentido del humor y una profunda empatía capaz de soportar el temperamento de Rojo.

Después de un verano de rehabilitación en Alicante, ambos decidieron alejarse del bullicio urbano y de las sombras de los recientes eventos. Para el inspector era esencial distanciarse de Alicante, preferentemente en un lugar donde no fuera reconocido. El pueblo de Miño se presentó como el refugio perfecto: la historia de Maqueda había llegado a este rincón, pero pocos sabían del inspector que estuvo detrás de la investigación.

Esos días se convirtieron en un tiempo para la introspección para Rojo, una oportunidad para redescubrir el propósito y la alegría más allá de su labor policial. Las pesadillas y las migrañas disminuyeron, reemplazadas por momentos íntimos con Laura, largas sesiones de pasión bajo las sábanas y horas relajadas de risas y buenos alimentos. Incluso ambos lograron dejar el hábito de fumar, apoyándose mutuamente en cada paso. Juntos, hacían una dupla ideal, pero el inspector se preguntaba cuándo tardaría todo en irse al carajo.

En una apacible tarde, la pareja se encontraba en una playa, disfrutando del espectáculo del sol despidiéndose en el horizonte. Laura reposaba en el abrazo protector de Rojo, que la sostenía con un aire melancólico, recordando a un vaquero protegiendo lo suyo. El silencio de Rojo era elocuente; su mente vagaba por las sombras del pasado, especialmente las enigmáticas palabras del guardia civil y de su verdadero destino. Aunque reservaba esas inquietudes para sí mismo, una parte de él temía que Maqueda aún estuviese vivo.

La brisa marina les acariciaba, cuando el zumbido del móvil de Rojo rompió la tranquilidad. Ella se separó ligeramente, besándolo en la mejilla.

—Atiéndelo, quizá sea importante —sugirió—. De verdad que no me importa.

Rojo vaciló, recordando su pacto de desconexión durante el viaje, pero la insistencia de Laura y el nombre que vio en la pantalla lo hicieron ceder.

Era el inspector Robles.

Ella continuó su paseo por la orilla, dejándole espacio para atender la llamada del compañero.

—Vaya. No esperaba tu llamada. Te dije que no telefonearas. Esos cerdos pueden sacar la factura del teléfono y pedirte explicaciones...

—No importa. ¿Cómo estás?

—Vamos tirando. ¿Y tú?

—Lo llevo bien.

—¿Has vuelto a ver a esa reportera?

—No... —musitó, lamentando aún el episodio—. Moliner es historia.

—Olvídala. Desde que eres inspector, no te faltará trabajo en ningún ámbito.

Aunque no lo podía ver, notó que Robles sonreía.

—¿Dónde estás, Rojo?

—De vacaciones —dijo y preguntó, al notar la preocupación en la voz del compañero—. ¿Qué sucede?

—Es Maruenda.

—Robles, no tengo nada que hablar con él —espetó con molestia, sin perder de vista a la mujer—. Lo dejé bien claro.

—Es urgente. Hay algo que debes saber y es necesario que vengas.

Un pensamiento fugaz se cruzó por su cabeza, pero la sonrisa de ella lo eclipsó.

—No puedo.

—Este es tu sitio, inspector.

Rojo miró la silueta de Laura, que se giró para buscarlo y le animó a que siguiera su paso. En ese momento, recordó la frase que Ramos dijo sobre Robles, refiriéndose al trabajo y se dio cuenta de que estaba equivocado.

Una vez que se había alejado de la comisaría, entendió en lo que se había transformado después de tanto tiempo allí, pero que también era capaz de cambiar, de ser otra persona, quizá una mejor persona, si era capaz de cambiar su entorno.

—Lo siento, Robles —respondió y cortó la llamada, dejando al compañero con la miel en los labios. Apagó el teléfono, lo guardó en el bolsillo del pantalón y después caminó hacia ella.

—¿Va todo bien? —le preguntó, con ojos llenos de preocupación.

—Mejor que nunca... —respondió Rojo, observando el paisaje del pueblo—. Oye, Laura... ¿Qué te parecería mudarnos al norte?

Laura rio suavemente, jugando con la idea.

—No sé... Llueve bastante, pero quizás ese sea su encanto.

Rojo asintió, consciente de que, a veces, un cambio de escenario puede significar un nuevo comienzo.

—Tal vez... Todo es una cuestión de perspectiva.

Sobre el autor



Pablo Poveda (España, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como la serie Caballero, Rojo o Don. Ha vivido en Polonia durante cuatro años y ahora reside en Madrid, donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y El Misterio de la Familia Fonseca.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario en Amazon. Las reseñas mantienen vivas las novelas.

Contacto: pablo@elescritorfantasma.com
Página web: elescritorfantasma.com
Instagram: @elescritorfantasma
Facebook: facebook.com/elescritorfant

Libros



Otros libros de Pablo Poveda

Serie Gabriel Caballero

Caballero

La Isla del Silencio

La Maldición del Cangrejo

La Noche del Fuego

Los Crímenes del Misteri

Medianoche en Lisboa

El Doble

La Idea del Millón

La Dama del Museo

Los Cuatro Sellos

El Último Adiós

Muerte en el Mediterráneo

El arte del engaño

La playa de los muertos

Pack Trilogía 1-3 (Caballero, La Isla del Silencio, La Maldición del Cangrejo)

Pack Trilogía 4-6 (La Noche del Fuego, Los Crímenes del Misteri, Medianoche en Lisboa)

Pack Trilogía 7-9 (El Doble, La Idea del Millón, La Dama del Museo)

Serie Don

Odio

Don

Miedo

Furia

Silencio

Rescate

Invisible

Origen

Pack Trilogía 1-3 (Odio, Don, Miedo)

Pack Trilogía 4-6 (Furia, Silencio, Rescate)

Pack SERIE COMPLETA (8 libros)

Serie Dana Laine

Falsa Identidad

Asalto Internacional

Matar o Morir

Fuego Cruzado

Pack Trilogía 1-3 (Falsa Identidad, Asalto Internacional, Matar o Morir)

Serie Rojo

Rojo

Traición

Venganza

Desparecido

Secuestrada

El trabajo del Diablo

El juego del Diablo

Pack Rojo 1-3 (Rojo, Traición, Venganza)

Serie Javier Maldonado (Detective Privado)

Una Mentira Letal

Una Apuesta Mortal

Un Crimen Brillante

El Caso del Tarot

Una Amistad Peligrosa

El asesinato del casino

El crimen de Atocha

Pack novelas 1-3

Trilogía El Profesor

El Profesor

El Aprendiz

El Maestro

Pack trilogía El Profesor

Otros:

El secreto de la señora Avignon

¿Quién mató a Laura Coves?

El misterio de la familia Fonseca

Perseguido

Motel Malibu

Sangre de Pepperoni

La Chica de las canciones

El Círculo